



Hasta
QUE ME *pidas*

CHARLIZE CLARKE

Charlize Clarke

Hasta que me pidas

© **Todos los derechos reservados.**

Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

Título: Hasta que me pidas.

© **Charlize Clarke, 2019.**

Diseño de la portada: Fabiana Díaz.

Primera edición: Setiembre, 2019.

Corrección del texto: Ana Compañy.

Registro Safe Creative :1901129618871.

Sinopsis

Él la necesita más que al aire para respirar, ella necesita respirar...

Alice y Chris están conformes con su relación de sexo sin compromiso, pero los sentimientos reales empiezan a aflorar ante el inminente compromiso de él con otra mujer, complicándolo todo.

Posiblemente nunca será nada serio. Justamente en eso se basa lo que ambos comparten: en la libertad de no estar bajo presión y el secreto que tienen es más emocionante que una relación común. Hasta ahora, Alice, no tuvo problema con eso, pero con la aparición de la hija del nuevo socio de Chris, empieza a dudar de todo lo que había vivido hasta el momento.

Prefacio

La noche empezó diferente, besos con sabor a disculpa, es como si se estuviese despidiendo. Un ceremonioso adiós cargado de emoción. Sus fuertes brazos me levantaron arrinconándome contra la pared, aunque una de sus manos se movía rápidamente, intentando liberar mi cuerpo de la ropa que se interponía entre nosotros. Sus labios hacían todo lo contrario: recorrieron desde mi clavícula hasta mi mentón con una parsimonia digna de alguien que se jacta de controlar su placer, hasta el punto de que él mismo se empieza a desesperar.

Este es el principio del fin, pensé. Con mis piernas cruzadas en su espalda, mi falda arrugada hasta la cintura, la blusa a medio desabotonar y mi ropa interior rasgada por la fuerza de la pasión, caímos al suelo. No hubo tiempo de buscar un lugar más cómodo, el deseo fue más rápido que la razón. Torpemente, con las manos húmedas por el sudor de su espalda, le quité el cinturón y bajé la cremallera de su pantalón. Él rápidamente terminó con el resto del trabajo y con agilidad se acomodó entre mis piernas mientras besaba mis senos sobre el sujetador.

Nuestras respiraciones se aceleraron, una fina capa de sudor envolvió a nuestros cuerpos producto del dulce esfuerzo. Su lengua siguió atormentándome y mi cabeza giró produciendo un agradable mareo. Cerré los ojos intentando contener la explosión que él sin ningún esfuerzo causó; sabe que con solo mirarme me provoca placer.

—Eres hermosa, me vuelves loco —dijo antes de atacar mis labios. Colocó su pulgar sobre el punto perfecto entre mis piernas, al tiempo que me penetró lentamente, una vez, dos veces, tres veces. Mis uñas se clavaron en su espalda; sus gemidos se entremezclaron con los míos, fue casi musical hasta que los dos llegamos juntos al éxtasis. Sentí cómo su cuerpo se sacudía con suavidad mientras lanzaba un suspiro que intenté atrapar en mi garganta con un profundo y apasionado beso.

Se recostó arrastrándome sobre él, y acarició con suavidad mi espalda, yo le di el mismo trato a su pecho desnudo. El silencio nunca había sido incómodo entre nosotros; pero este tenía algo que los dos supimos reconocer como la despedida que nunca verbalizaríamos. Varios minutos después y todavía en silencio nos quedamos dormidos en esa posición.

Al día siguiente al despertar, Chris, ya no estaba. El desorden de su lado de la cama, el hueco en la almohada y su aroma que aún persistía, a pesar de su ausencia, eran testigos silenciosos de la noche anterior. Me levanté y con rabia saqué las sábanas y todo lo que podía llevar algo que me recuerde a él. Lo tiré en el lavarropas, pero sabía que, aunque logre quitar su esencia de cada rincón de mi casa, mi corazón seguirá ocupado por este sentimiento que me niego a llamar amor.

«Debes ser fuerte, Ali, como todo en la vida, esto también pasará», me repetí en varias ocasiones intentando justificar lo sucedido.

Capítulo 1

Una semana después...

El frío de la ciudad compite con el helado sentimiento de abandono clavado en el centro de mi pecho. En *leggings*, medias de lana, pantuflas y el abrigo más viejo que tengo, bajo al mercado que está frente a mi apartamento en busca de lo único que puede calmar un alma herida: kilos y kilos de chocolate. Compro provisiones para quedarme en la cama todo el fin de semana.

—¡Alice! —Escucho que me gritan cuando estoy cruzando la calle para regresar a mi claustro —, Ali..., amiga, alto ahí, Alice Diangelo. —Termino de cruzar la calle, quedándome en medio de la acera—. ¿Qué haces con esa facha de inuit vagabundo?

—Mila, no te había visto —digo, intentando esconder la montaña de dulces dentro de mi abrigo.

—*Ni ti hibia visti*, eres una tarada. Deja de regodearte en tu pena, te estoy llamando desde ayer. ¿Tienes algún problema con tu móvil? Tu madre está preocupada porque a ella tampoco le coges la llamada. —Cruza los brazos y repiquetea con el pie en el suelo.

—¿Para eso has venido? ¿Para llamarme la atención como a un crío? Esta es la razón por la cual no quiero hablar con vosotras, sois unas pesadas. —Saco las llaves del bolsillo y abro la puerta de entrada al edificio. Ella me sigue diligente y logra entrar antes de que esta se cierre en sus narices.

—Mira, señorita «la vida me engañó» —dice haciendo comillas en el aire con los dedos, mientras yo aprieto desesperadamente el botón en un vano intento de que el ascensor llegue más rápido—, siempre supiste que lo tuyo con Chris «McMierda» terminaría así, no entiendo tu actitud. Ahora vamos a subir a tu apartamento, te vas a bañar, perfumar y poner la ropa más *sexy* y sugerente que tengas en tu armario para irnos de fiesta.

—No quiero, necesito hacer el duelo. —Las puertas del ascensor se abren y entro sin fijarme en si ella me sigue.

—Está bien, entonces vamos a emborracharnos. Es mejor ahogar las penas que enterrarse bajo una montaña de chocolate. Trae eso para acá, pecadora. —Antes de que las puertas del ascensor se abran en mi piso, ella me quita la bolsa de dulces.

—Pero no pienso bañarme hasta el lunes por la mañana. —le digo, mientras la adelanto para abrir la puerta de mi apartamento. Al entrar voy directa al sillón del salón y me echo sobre él. Desbloqueo mi móvil con la ilusión de encontrar algún mensaje; pero nada nuevo bajo el sol. Me quedo mirando una foto que nos hicimos hace solo un par de semanas.

—Toma —me dice Mila y me pasa un chupito con vodka.

—Debemos comer algo. Trae los chocolates —insisto, pero ella se niega. Ya hemos bebido la mitad de la botella entre risas que se vuelven llantos y viceversa. De repente mi mente, aturdida a causa de la gran cantidad de alcohol que he ingerido, vuela hasta aquella primera noche junto a

Chris.

Anestesiada, así me siento. Chris está un poco mejor que yo. Es la primera fiesta a la que me dejan ir, bajo el cuidado de mi hermano mayor. John se ha perdido con una pelirroja; estoy sola en un rincón de la discoteca, bebiendo un dulce trago y arrepintiéndome de haber venido.

—Ali, tu hermano me pidió que te lleve a casa. ¿Vas al apartamento de John o a la casa de tus padres? —pregunta, abrazado a una chica rubia de largas piernas. Le hago señas para que se acerque y poder hablarle al oído.

—No tienes que preocuparte por mí, si me llamas un taxi puedo ir sola. Veo que estás muy ocupado y no quiero arruinar tu noche por andar de niño —hablo en voz baja para que la chica no escuche.

—Nada de eso, hermosa, tu hermano es un irresponsable, pero yo no. Voy a llevarte a dónde me digas y punto. Por la chica no te preocupes, no es ni quiere ser nada serio, solo pasamos el rato.

—Ok, prefiero ir al apartamento de John si es que no está ahí con su ligue. —Miro a los ojos de Chris. Siempre he estado enamorada de él, desde el primer día que John lo trajo a casa hace un par de años.

—En ese caso, andando; ya es tarde y esto como que es aburrido. —Tiende su mano y me ayuda a levantarme—. Lo siento, Loreley, debo llevar a la hermanita de mi amigo a su casa, pero yo te llamo en otro momento.

Y así fue cómo todo empezó entre nosotros. Claro, yo por ese entonces no era ninguna santurrón; pero mi primera experiencia con el sexo opuesto fue un fiasco, nada memorable, más bien digno de ser olvidado. Mis amigas y compañeras de colegio hablaban de su primera vez como algo mágico y se burlaban de mí. Decían que la práctica hace al maestro y si alguna vez pretendía estar con alguien como Chris tenía que practicar mucho.

Entonces se me ocurrió la maravillosa idea de tirarme a Donovan, el chico malo de la escuela. Típico don Juan sin cerebro, después de esa dramática primera vez pasó de mí. La verdad, me pareció genial, me quitó un peso de encima. Luego pasaron un par más, pero sin pena ni gloria. Aunque yo no sabía cómo era estar con Chris, siempre los estaba comparando con él, hasta el momento en que mi sueño se volvió realidad. La verdad, no hay desperdicio alguno, fue todo lo que me imaginé, pero es nuestro secreto. John jamás perdonaría tal traición: puedo estar con cualquiera, hasta con el estúpido de Marcus, pero Chris está fuera de los límites.

—Estamos borrachas, vamos a terminar esta botella de vodka. —Me codea sacándome abruptamente de mi divague interno—. ¿En qué piensas, Ali? Deja atrás el pasado, hay muchos hombres allá afuera que estarían orgullosos de estar contigo —asegura, mientras pone volumen al equipo y sirve otro chupito—. Esta es mi preferida. —«Rehab», de Amy Winehouse, suena como un estruendo por los altavoces, a la vez que ella mueve las caderas y canta—. Levanta el culo del suelo y baila, no voy a dejar que te amargues. Tenemos veinticuatro años, una carrera que acaba de empezar, un buen sueldo y no necesitamos hombres para ser felices.

—Yo no necesito hombres, necesito solo a uno. —Empiezo a llorar, y ella se acerca y me abraza.

—Querida, no merece la pena. Tienes que hacer algo que te ayude a pensar en otra cosa. ¡Ya sé! Vamos a buscar alguien mejor que él, vas a ver que ese idiota no es el último refresco del desierto. Desde el lunes voy a ponerme en campaña, vas a tener muchas citas y ¿sabes qué? Chris «McMierda» se va a dar cuenta muy tarde de lo que dejó escapar.

—Es que yo no me escapé, Mila... Él me echó de su vida..., pero lo que más rabia me da es que, mientras yo estoy lamentándome como una marrana, él ha de estar pasándolo bomba con Susana. Eso me retuerce las tripas y odio esta sensación, me enfurece sentirme así. —Me seco las lágrimas y me limpio la nariz con la manga de mi abrigo. Levanto el vaso y me bebo todo su contenido de una vez.

—La verdad, amiga, que a mí no me ha pasado nada parecido. Creo que soy de las que provocan ese tipo de sensaciones. Pero aquí estoy, no voy a dejarte sola, que siga la fiesta, ¿y si invito a un par de amigos?

—Eso suena más a afirmación que a pregunta. Invítalos, ya no me importa nada, y si son comestibles mejor. Después de siete años de monogamia, creo que probar otra cosa me haría bien.

Ella teclea algo rápido en su móvil y cuando recibe la respuesta sonríe torpemente.

—Listo, en veinte minutos estarán aquí. Ve a bañarte y cambiarte —ordena.

—No quiero, así estoy bien.

Los amigos de Mila llegaron y con ellos más bebidas y, por suerte, algo de comer. Me devoré dos hamburguesas, el chico que me presentó mi amiga me miraba con curiosidad mientras yo le daba grandes mordiscos a la comida y la empujaba bebiendo refresco para hacerla pasar por mi garganta. No sé cómo, ni cuándo terminé en el regazo del chico. La verdad, es bastante simpático; pero no puedo evitar compararlo con él. No tiene su sonrisa ni su forma de hablar o acariciarme. En serio intento concentrarme y trato de alejar esos pensamientos. De repente, en lugar de olvidar, empiezo a poner su rostro en el del chico, imagino que es él. Empieza a sonar «Don't Speak» de No Doubt. Lo beso y acaricio como si fuera Chris el que está en ese momento conmigo. Cuando la cosa se está poniendo más caliente, alguien abre la puerta y el verdadero Chris está ahí, mirándome con sorpresa por la escena que ve. Viene hasta donde estoy y me toma del brazo, empujando al chico... ni su nombre le he preguntado.

—Necesito hablar contigo —dice sin mirar a nadie más que a mí.

—No hay nada que decir; las cosas son así, aunque me cueste comprender.

—¡Ahora, Ali! No tengo tiempo para tus tonterías y dile al caballero que puede retirarse.

—Díselo tú, no voy a hacer nada de lo que me pidas. —Me siento en el sillón con los brazos cruzados, haciendo pucheros como una niña pequeña.

—Te vas ahora mismo, recoge tus cosas y fuera —ordena, señalando la puerta como si de un perro se tratara.

—Um, gra-gracias, uh... —Chasqueo los dedos como intentando recordar el nombre nunca preguntado.

—Bruno —dice el chico—, nos vemos otro día. Ya tienes mi número, simplemente llámame cuando quieras.

Chris mira la escena enojado.

—Ahora, tú y yo, vamos a hablar muy seriamente —dice Chris.

Capítulo 2

Cuando tu corazón duele de esta manera en que me duele a mí, no hay persona en el mundo que pueda hacerte entrar en razón. Mucho menos el canalla que lo destrozó. Siento como si hubiese metido su mano en mi pecho, arrancándome el órgano vital para luego lanzarlo lejos. Yo creí, en serio me convencí a mí misma de que era un revolcón. El problema es que fue el revolcón más largo de la historia; duró siete años.

Nunca celebramos un aniversario, ni cumple mes ni nada de lo que una pareja normal haría, no directamente; sin embargo, siempre había un obsequio o una salida especial en esa fecha. Lo que nunca faltaba era hacer el amor; aunque no lo llamáramos de esa manera. En todo ese tiempo, los encuentros fueron casi siempre mágicos. Creo que era por sentir ese riesgo de ser descubiertos. Esa emoción ante el peligro inminente es lo que hacía tan especial esta absurda relación.

—Alice, no estás escuchando lo que te digo. —Se sienta a mi lado cogiendo mi mano y besándola.

—La verdad es que no, Chris, ni una palabra. —Retiro mi mano con rapidez cuando empiezo a sentir que quema.

—No voy a dejarte, hermosa, no así. Tu madre y tu hermano están preocupados, no les atiendes las llamadas y, como soy el que vive más cerca de ti, me pidieron que viniera a cerciorarme de que no te han secuestrado o algo así. —Vuelve a coger mi mano y con su pulgar me hace pequeños círculos en el dorso—. Sabes que la imaginación de tu madre no tiene límites. Llámala y termina con su suplicio.

—No deberías haberte preocupado, ya no soy nada tuyo; aunque en realidad nunca fuimos nada, ¿verdad? No eres tan importante como para que tome alguna decisión drástica ni atente contra mi vida. Ya viste que me estaba divirtiendo hasta que a don McMierda se le ha ocurrido hacer acto de presencia. —Me levanto para ir al baño, porque siento el estómago revuelto. Apenas llego me arrodillo frente a la taza del váter y hecho hasta la primera papilla. Por el rabillo del ojo lo veo acercarse. Me sostiene el cabello y me acaricia la espalda con suavidad.

—Ven, te voy a cuidar, no te preocupes. —Me ayuda a lavarme la cara, me enjuago la boca y él hace que quedemos frente a frente. Con suavidad acaricia mis mejillas y deposita un beso en mi frente.

—El beso de la muerte —digo y empiezo a reírme a carcajadas. Cuando salimos del baño veo a Mila en ropa interior en el pasillo—. Mila, vístete, que el amante pirata ha venido a arruinar la noche.

—Oh..., *em...* Hola, McMi... Digo, Chris. Disculpa la pinta, pero no esperábamos tan digna visita —dice girando y contoneando exageradamente las caderas para desaparecer dentro de la habitación de invitados.

—No me has dicho que Mila estaba contigo.

—No has preguntado.

—Vamos, dile a tu amiga y su compañero que pueden irse. Yo voy a quedarme esta noche.

—Esto no está bien, si tu prometida se entera te pegará tal patada que...

—Y una mierda, Alice, ese no es tu puto problema.

—Oh..., he logrado que el modosito caballero pierda los estribos. Cómo se decepcionará mi madre si escucha la mierda que sale de esa preciosa boca llena de dientes perfectos que están a punto de desaparecer si se te ocurre volver a dirigirte a mí de esa manera. —Camino a mi habitación, cerrándole la puerta en la cara—. ¡En serio, Chris! ¡Te tendrán que dar de comer yogurt con cucharita el resto de tu vida! —grito cuando lo veo entrar.

—Está bien, tienes razón. Por favor, discúlpame; pero no sé qué hacer, estoy perdido. Realmente es la primera vez en toda mi vida que no tengo ni la más puta idea de cómo reaccionar. Te extraño, Ali, desde que me levanto hasta que me acuesto, y cuándo duermo sueño contigo. — Peligrosamente se aproxima, rodea mi cintura con sus brazos y me acerca hasta que nuestras miradas se cruzan. Empieza a besarme con premura, como si quisiera tomar todo de mí.

—No es justo que aparezcas así, sabes que no puedo resistirme. —Devuelvo sus besos con la misma intensidad. Sin pensarlo ya le estoy quitando la camisa, beso y mordisqueo su cuello. Es así como todo se sale de control.

—Date la vuelta —ordena y yo miro hacia la puerta. Sé que la loca de Mila es capaz de entrar—. No te preocupes, está con seguro.

Me giro lentamente, colocando las manos sobre el pequeño escritorio. Él me acaricia empezando lentamente desde mi cabeza con las yemas de sus dedos, el cuello, baja por mis brazos mientras, con la otra mano, me quita el sujetador. Entrelaza nuestros dedos apretando con fuerza el agarre. Las piernas me tiemblan e intento darme la vuelta para mirarlo, pero él sostiene mi cadera con la mano libre.

—Solo déjame hacer esto. Extrañé cada parte de tu cuerpo, necesito sentir tu piel en mis manos. —Me quita el pantalón arrastrando con él mis bragas y medias. En el camino acaricia mis piernas hasta los tobillos, dando pequeños besos. Sin que me lo pida levanto un poco los pies para quedar completamente desnuda.

Siento que se aleja un poco y, cuando regresa, él también está desnudo. Puedo sentir cómo me quema su piel; me gusta y mucho. Me abraza desde atrás, depositando besos en mi hombro y cuello. Siento su tibia respiración en mi oído.

—Te necesito, más que el aire para respirar. —Las piernas se me doblan, pero me sostiene tan fuerte que no necesito tener los pies en suelo. Sé que ese es el problema: cuando estoy con él vuelo tan alto que la caída sé que va a destrozarme, pero no me importa. Tomaré lo que pueda hasta cuando pueda, tomaré tanto de él que me servirá de reserva para cuando ya no esté.

Me lleva hasta la cama, depositándose con suavidad. Se pone sobre mí sosteniéndose con los brazos y se le marca cada músculo por el esfuerzo. Besa mi frente, mis mejillas, mi nariz. Con mimo juega con mis pezones, que no tardan en reaccionar; los lame, los chupa. Dirige su atención a mi vientre y luego lentamente besa mi pubis y con su lengua atormenta mi clítoris, jugando con

mi sensatez. Mis piernas se relajan para luego explotar de placer. Me besa el interior de los muslos, se incorpora besándome y puedo sentir mi sabor en sus labios mientras su lengua juega con la mía. Luego me penetra quedándose quieto un momento. Levanto mis caderas buscando el placer. Él me mira y sonrío, pone su rostro muy cerca del mío mirándome a los ojos, moviéndose lentamente. Cuando siento que su miembro es más grande lo aprieto y un ronco gemido sale de sus labios; ya no podemos aguantarnos, enrolló mis piernas sobre sus nalgas y levanto las caderas.

—Ah..., me vuelves loco, quiero sentirte. —Arremete con fuerza y siento la tibieza de su placer dentro de mí, otro orgasmo más fuerte que el primero llega a arrebatarme la poca cordura que me queda.

Se coloca a mi lado, me abraza acariciando mi antebrazo y la otra mano la pone bajo su cabeza.

Nuestras respiraciones están agitadas. No quiero pensar en mañana. Me levanto y voy al baño. Me miro al espejo, buscando la dignidad que acabo de perder. Bajo la tapa del inodoro, y me siento mientras pienso en todo y en nada a la vez. De repente me ilumino; no voy a ser la otra, no voy a ser el vergonzoso secreto, no más. Yo merezco algo mejor, merezco ser el todo de alguien, no solo un buen polvo cada vez que su aburrida y sosa esposa no llene sus expectativas. Aunque me duela y sufra, voy a seguir adelante. Nadie murió de amor.

Con esta nueva determinación entro a la ducha y lavo cualquier resto de él en mi cuerpo. Cuando salgo veo que se ha quedado dormido. Suspiro pesadamente, me visto con unos bóxer y una camiseta suelta. Me acuesto a su lado, pero el sueño no llega y me remuevo como un pez fuera del agua. No puedo con mi genio y lo despierto.

—Tengo algo importante que comunicarte.

Él se pone de costado mirándome a los ojos.

—Soy todo oídos. Te escucho fuerte y claro, hermosa.

—Definitivamente, esta es nuestra última noche juntos. Necesito superarte, no quiero que vuelvas a aparecer por mi casa, ni si mi mamá te suplica. —Lo miro con seriedad—. No, no es justo, ni para mí y tampoco para Susana. —Él intenta hablar, pero no le dejo—. Ahora quiero que me escuches, Chris, creí que podría, que simplemente recogería las migajas que pretendes tirarme; pero no soy buena para ser la otra. —Hago silencio dándole espacio para que él diga algo, en vista de que no lo hace continuo—. Mantuvimos mucho tiempo esto en secreto, no te culpo. Yo tampoco quería que se supiera, no podría soportar ser la culpable de que tu amistad con mi hermano se fuera a la mierda y me tomaba eso de escondernos como un juego. Pero hasta aquí hemos llegado, ya no, es más, quiero que te vayas ahora mismo.

—Ali, deja que arregle la situación con Susana. Te prometo que voy a dejarla.

—¿En serio? Oh, por Dios que *speech* más gastado ese. Ahora con más razón quiero que te vayas. ¿Por quién me tomas? No soy idiota, Chris. Tu vida depende de ese matrimonio. Te tiene bien amarrado y tú lo sabes. Devuélveme mis llaves y vete antes de que pierda la paciencia.

—No es así, Ali, tengo la solución, solo necesito tiempo —dice colocando su mano en mi

cintura.

—Cuando lo soluciones, vuelve. Si acaso estoy disponible todavía, puede que te haga caso.

Se incorpora, sentándose en el borde de la cama de espaldas a mí, y veo cómo los músculos de su espalda se tensan. Doy media vuelta para dejar de mirarle, escucho que se viste y el ruido metálico del manajo de llaves que deja sobre la mesita de luz y por último, un portazo. Se fue, quizás para siempre.

Capítulo 3

Siempre te amaré. Es que no importa el tiempo que transcurra, tú estás grabado en mi pecho como una profunda cicatriz incapaz de borrar. Cuando amamos tan intensamente a alguien es imposible no sentir todo esto, pero creo que llegamos a acostumbrarnos, mas no olvidamos.

Han pasado dos meses desde aquella noche y no puedo engañarme a mí misma, lo sigo amando. Realmente intento continuar como si nada, pero fueron muchos años, y en el fondo de mi corazón, tenía la mínima esperanza de que un día tuviéramos el valor de sacar a la luz nuestros sentimientos.

He intentado de mil maneras dejar de pensar en él; nada ha funcionado. La tristeza de saber que ahora es ella la que recibe sus caricias y sus besos envenena mi alma. Me doy cuenta por la forma en la que trato a los demás, sobre todo a mis amigos y familiares.

En el trabajo no tengo paciencia con nadie, especialmente con un nuevo compañero que demuestra estar interesado en mí. Sé que debería darle una oportunidad, aunque no quiero usar a nadie y, a pesar del malhumor constante que somete mis actos, no me considero una mala persona. No podría dar esperanzas a alguien cuando yo no las tengo.

Mañana hay un evento en casa de mis padres y el mayor miedo que tengo es el de encontrarme con él. Bueno, en realidad con él y con su prometida. Estoy hecha una mierda, mi aspecto da lástima. Ahora mismo me encuentro sola en un bar cerca de mi trabajo, almorzando, cuando se me acerca mi nuevo compañero de trabajo.

—¿Puedo sentarme contigo? —pregunta. Lo miro entre confusa y molesta.

—Bueno —respondo sin mucho entusiasmo.

—Ali, ¿verdad? —pregunta.

—Ajá..., no sé tu nombre —digo por compromiso.

—Eso dolió, hace casi un mes que trabajo en la empresa y no sabes mi nombre. William, así me llamo, pero puedes llamarme Will.

William es un chico de tez morena, ojos y cabello negros, muy alto. Puedo decir que es sumamente agradable e interesante, muy simpático, que es algo a su favor, porque me ha sacado varias sonrisas que hace tiempo son escasas en mi vida. Tengo ganas de invitarlo al evento; creo que me ayudaría a no sentirme tan mal y evitaría todas las preguntas estúpidas de mi madre, aparte de mostrar a Chris que he seguido adelante.

—¿Qué haces mañana por la noche? —pregunto sin anestesia, directa al grano.

—No tengo nada organizado —dice mientras llama a la que atiende las mesas.

—¿Quieres acompañarme a una reunión? Nada formal, pero no quiero ir sola y tampoco quiero que me acompañe alguien conocido. —Lo miro directo a los ojos con esperanza.

—Siento que se trata de dar celos a alguien —dice levantando una ceja.

—Más bien es demostrar que he seguido con mi vida. No tienes que fingir que somos novios ni nada, solo que estamos empezando una amistad, que no es mentira. Creo que podemos llegar a ser buenos amigos.

—En ese caso acepto. ¿A qué hora paso a buscarte? —Hace la seña de pedir la cuenta a la chica que está de pie al lado de nuestra mesa.

—Mejor te paso a buscar yo si me pasas tu ubicación por teléfono, sería a eso de las ocho. — Santo cielo, ya me estoy arrepintiendo de lo que he hecho. Ni siquiera sabía su nombre hace un rato, seguro que parezco desesperada. Pero, bueno, al mal paso darle prisa, me importa una mierda por el mismo motivo. No lo conozco y no creo que llegue a conocerlo demasiado.

—En ese caso dame tú móvil. —Estira la mano esperando. Se lo doy y guarda su número.

Él paga toda la cuenta y no me da tiempo ni oportunidad de objetar. La próxima seré más rápida, si es que acaso hay alguna. Nos levantamos y nos dirigimos a la empresa en completo silencio.

El ajetreado ruido de la ciudad en hora punta llena este vacío haciéndolo más llevadero. Llegamos a las grandes puertas dobles de la entrada, que se abren de manera automática, y nos despedimos hasta mañana pues, normalmente por la cantidad de personas que trabajan aquí, no coincidimos en el horario de salida.

Hoy es el día, después de dos largos meses volveré a verlo. Tengo que arreglarme muy bien, por lo que pedí permiso para salir más temprano e ir a la peluquería y de compras. William me ha enviado su dirección y tengo que pasar por él a las ocho en punto. Anoche estuve hablando hasta tarde con Mila. Loca como es, ya quería que me tire al hombre, pero esa no es mi intención. Solo quiero que mi madre me vea con alguien que no conoce, que crea que es un posible candidato y deje de joderme con que tengo que conseguir uno. Por otra parte, está Chris que cree que voy a suicidarme o criar gatos por su culpa. Necesito que piense que ya he superado lo nuestro.

Estamos sentados todos a la mesa, cada uno en el lugar que mi madre nos ha designado, y quien está frente a mí es Chris. No puedo ver cómo demuestra cariño a esa mujer sin censura alguna, me pierdo pensando que podría haber sido yo, pero no, simplemente no tengo el dinero que puede ayudar a su empresa a salir de la crisis. Recuerdo que antes, en los eventos que se realizaban en casa cuando empezamos la relación, no perdíamos la oportunidad de encontrarnos furtivamente en cualquier rincón, saciando nuestra desenfrenada pasión.

—Y, ¿quién es el caballero que te acompaña esta noche? —Es Chris el que habla.

—Es William Roberts —digo con sequedad. «A él qué le importa con quién estoy». Odio que mi madre me haya colocado en la misma mesa que ellos.

—Es bueno verte con alguien. Tu hermano y Chris están muy preocupados porque a tu edad no hayas encontrado a un muchacho con quien sentar cabeza —ahora habla Susana. Clavo la mirada en el único culpable de que a mi edad haya perdido completamente el tiempo. Debería denunciarlo; creo que alguna vez leí que se puede hacer eso.

—Tenéis mucho tiempo libre para ir preocupándoos por la vida, significa que no tenéis algo

más interesante que hacer. Os recomiendo practicar algún deporte o apuntaros a un club de lectura —comento.

—La verdad es que, con los preparativos de la boda, apenas tengo tiempo, pero tendré en cuenta tu recomendación —añade Susana con arrogancia en la voz.

—Creo que ya no tenéis que preocuparse por la bella Ali. Es una gran mujer con un futuro prometedor; me ha hechizado desde el primer momento en que la vi. Todo en ella es perfecto. — William levanta mi mano izquierda entre las suyas, depositando un dulce beso sobre esta. Chris parece incomodarse ante ese gesto.

—Me alegra que al fin haya encontrado alguien que la soporte. Con el carácter que tiene mi hermana y lo quisquillosa que es para encontrar a un hombre que llene sus expectativas —añade John, divertido—, te deseo suerte, hombre.

—Permiso, necesito ir a preguntarle algo a mi madre. Ahora vuelvo —le digo al oído a mi acompañante. Ya hemos terminado de cenar y en un rato empezará el baile.

Estoy en la cocina tragándome canapés tras canapés, con tanta cháchara sobre mi vida sentimental, apenas he probado bocado. Cuando me pongo nerviosa me da hambre, no puedo evitarlo. Los mozos me miran con una sonrisa compasiva en sus labios, como si supieran lo que me aqueja. Pasa una chica con una bandeja con bebidas y tomo no una copa, sino dos. Bebo de golpe el líquido haciendo correr la gran cantidad de comida que he ingerido y que se quedó atrancada a la mitad de mi garganta cuando veo aparecer a Chris. Trago grueso cuando veo que se dirige a mí con decisión. Me sostiene del brazo, arrastrándome al almacén.

—Pero ¿qué te has creído? Te ordeno que me sueltes ahora mismo o empiezo a gritar. — Sacudo el brazo, deshaciendo el agarre que tiene sobre mí.

—Solo necesito estar un rato contigo, no puedo evitarlo. Me prometí a mí mismo que te dejaría, que no volvería a acercarme a ti bajo ninguna circunstancia, pero ¿acaso crees que Susana o William no se han dado cuenta que hay algo entre nosotros, algo más allá de una simple amistad? Es imposible esconder la forma en que nos miramos. —Se acerca acariciando mis hombros desnudos. Ese simple gesto hace que se nuble mi mente, su olor, sus suaves, pero firmes manos, subiéndome por mi cuello para terminar acunando mi rostro. Con la otra mano acaricia mis piernas expuestas por el corto vestido que llevo puesto. Las mete hasta llegar a mi ropa interior—. Dulce infierno, Ali, no puedo controlarme. —Con el pulgar aparta la poca, acariciando el tibio lugar entre mis piernas.

—No podemos, nuestras parejas y toda la familia está ahí afuera. —No lo toco, tengo las manos en puños al costado de mi cuerpo.

—Siente lo que produces en mí. —Toma mi mano acercándola a su dureza—. Me tienes así desde que te vi entrar.

—Estás a punto de casarte, no podemos. Y si nos descubren... Ah, por favor no sigas, oh... — Él sigue torturando ese sitio tan sensible, es que así no puedo pensar—, por favor no sigas.

—No puedo parar, no contigo cuando te ves tan adorable. Dime que no te gusta, que ese tarado

sentado ahí afuera lo hace mejor que yo. —Empieza a desabrochar su cinturón y yo, a pesar de que mi cabeza me dice a gritos que no lo haga, lo ayudo con el botón y la cremallera de su pantalón. De un tirón arranca mi ropa interior, colocándola en el bolsillo interior de la chaqueta de su traje.

—Es que no está bien, no podemos seguir con esto... —Toco su duro miembro, sintiendo como reacciona ante mi tacto. Él me acerca a su cuerpo con suavidad, cuando estoy por subir mis piernas para rodear su espalda, alguien empieza mover el picaporte con fuerza e insistencia.

—Creo que se ha atascado por dentro, jefe —grita—. Voy a ir a buscar algo para abrirla. No se preocupe, en unos minutos prepararé los próximos canapés. —Escuchamos que se aleja rápidamente.

—Tenemos que salir, esto es una locura. —Me coloco bien el vestido y abro la puerta. Me fijo que nadie esté a la vista y salgo disparada hacia nuestra mesa.

—Creo que te has cruzado con nuestra madre. Hace un rato ha estado por aquí, preguntando por ti —dice John.

—No importa, ya tendré tiempo de hablar con ella. —Observo a Chris conversando con mi padre a la distancia, fresquito como una lechuga.

—Si me disculpan, veo por ahí a mi hermoso prometido y tengo ganas de bailar. —Susana se levanta y, cuando llega junto al estúpido, le dice algo oído. Observo cómo él aparentemente se disculpa con mi padre y la lleva a la pista de baile.

—¿Quieres bailar? —pregunta William.

—¿Cómo?

—Moviendo las piernas y un poco las caderas, no sé, creo que es más o menos así —dice un poco divertido.

—Perdón, pero la noche ha terminado para mí. Prefiero irme antes de que mi mamá venga a apabullarme con preguntas incómodas. —Me levanto sosteniendo mi pequeño bolso—. Nosotros nos retiramos, que mañana William tiene una reunión muy importante a primera hora y debe descansar —miento descaradamente a mi hermano y su ligue de esta noche, que no ha abierto la boca, pero conociendo el tipo de mujeres que suele tirarse, esta no ha de tener ni una neurona capaz de sostener una conversación.

—Está bien, espero verte más seguido por aquí, sobre todo porque tu madre le ha prometido a Susana que serás una de sus damas de honor. —Una sonrisa burlona enmarca su tonta cara.

—No me gustan las bodas y mucho menos disfrazarme con el atuendo que elija una estúpida novia malcriada. —Me giro, tirando de William y arrastrándolo hasta la salida.

—Alto ahí, ¿de qué escapas? Llevamos aquí muy poco tiempo. La noche acaba de empezar y no tengo nada que hacer mañana. No soy estúpido, me he dado cuenta de la tensión entre tú y el amigo de John.

Freno en seco, dándome vuelta.

—Apenas nos conocemos, no mentí cuándo te invité y ahora no quiero hablar del tema. Estoy cansada y tengo sueño.

Me toma de las manos con sutileza.

—Debes saber que si acepté acompañarte fue a conciencia de que querías que te vieran con alguien y tal vez aparecí en el momento justo. Ali, veo tristeza en tus ojos, sobre todo cuando observas a Chris y Susana. ¿Acaso estoy equivocado?

—No es de tu incumbencia. Ahora vamos, te llevo a tu casa. —Retiro mis manos de entre las tuyas, pero cuando veo a Chris mirándonos a lo lejos me entra una rabia difícil de explicar, así que abrazo a William estampándole un beso que lo sorprende. Inexplicablemente, me agrada sentir el tibio sabor de sus labios. Me pierdo por un momento en sus brazos, sintiendo algo que solo creí sentir con una persona hasta ahora.

Capítulo 4

La confusión me ciega, es una tortura vivir recordando cómo él me tocaba. Hasta hace un tiempo pensaba en seguir como su amante, porque prefería tener una pequeña parte antes que perderlo por completo. Pero tengo un problema grave, soy muy territorial, no soporto pensar que besaré la misma boca que aquella mujer tan arrogante y desagradable. He visto cómo trata a las personas que trabajan para ella. Las denigra asquerosamente y sin vergüenza.

—Lo siento..., no debí besarte. —Me alejo de él. Miro en dirección a mi dulce tortura.

—Claro que no, pero estuvo muy bien. ¿Surtió efecto? ¿Acaso esto cambiará la decisión del hombre? —inquiere—. No te equivoques, a mí no me molesta que lo hayas hecho, solo que no puedo creer que alguien tan inteligente como tú se pierda en una relación secreta.

Chris sigue de pie, observándonos.

—Ya te dije que no quiero hablar de eso. No es lo que crees, aunque queramos, lo nuestro nunca estuvo destinado a ser —suspiro—. Desde un principio hubo demasiados secretos. Todo se acabó y ya nada importa, él va a casarse muy pronto. —Echo un último vistazo hacia Chris, pero él ya se ha ido.

—Bueno, no lo noto muy contento con eso, realmente no está cómodo. La forma en que la toca y mira es muy forzada. En cambio, cuando te mira a ti, es otro cantar.

Doy media vuelta y camino hacia el estacionamiento.

—A estas alturas eso es secundario. A pesar de estar en el siglo XXI, todavía existen matrimonios por conveniencia —digo mientras busco la llave de mi vehículo en mi bolso.

—Te ayudo, estás nerviosa. Voy a conducir yo. —Me quita las llaves y abre la puerta del acompañante para que suba.

—Gracias, en serio. —Decido callar, porque realmente no sé qué decir sin sonar tonta.

Hoy es sábado y he dormido muy poco a pesar de haber llegado temprano a casa. Sé que lo sensato es que lo olvide, pero en el corazón no se manda. Toda la noche he soñado con la boda del año, imaginándome con un tonto vestido rosa lleno de volantes, mientras gritaba: «¡Yo me opongo!» hasta quedar sin aire en los pulmones. Estoy tomando un café bien fuerte, pues a pesar de que no trabajo hoy, tengo que revisar mi correo y preparar un presupuesto que debo entregar a primera hora del lunes. El timbre de la puerta hace que me sobresalte. Arrastrando los pies voy a ver quién viene tan temprano a molestar, aunque me lo imagino.

—¡Amiga, tienes que contarme todo! —Entra quitándose las gafas de sol.

—No hay nada que contar, Mila. Solo que mi madre me ofreció como dama de honor de Susana, pero estoy casi segura de que la perra se lo insinuó y, como Helena tiene que mostrarse en sociedad como sea, cayó en su teje maneje. —Le sirvo una taza con café recién hecho.

—¿¡Qué hizo Helena!? Bueno, convengamos que ella no sabe nada de lo sucedido con Chris —

dice mientras piensa en algo.

—Yo creo que siempre lo sospeché, aunque no entiendo la razón por la que no dijo nada. Mi madre puede ser rara en ocasiones.

—Tanto como tú, de tal palo tal astilla. Amiga, en serio, siempre me he preguntado cómo podías seguir con McMierda, desde el comienzo te trató como una amante, como un secreto que no podía mostrar al mundo. ¿Acaso tan terrible hubiese sido que John se enterase de que estabais juntos?

—No lo sé, ni tampoco lo sabré nunca. Va a casarse con Susana dentro de poco. Es una locura, Mila. Pero estoy segura de que lo amo con todas mis fuerzas. —Tomo mi cabeza entre las manos, colocando los codos sobre la mesa, y cierro los ojos.

—Escuché que la boda es dentro de dos meses, podemos intentar que no se lleve a cabo —dice pensativa—. Puedo pensar en un plan genial.

—Tu último plan fue un fiasco; me hiciste salir en citas a ciegas con cada joyita. No puedo confiar en nada de lo que se te ocurra. —Levanto la mirada hasta ella.

—Es que no puedo seguir viendo cómo sufres y, según dijiste: él solo la está utilizando para no caer en quiebra. Tiene que haber otra forma. Si realmente lo amas, no puedes permitir que se case con otra.

—Amiga, si él quiere, con toda su experiencia, puede conseguir un buen empleo y ser el CEO de la mejor compañía de este país, pero es muy ambicioso. Estoy empezando a creer que es más importante el dinero que sus sentimientos hacia cualquiera. Él y mi madre en el fondo son muy parecidos.

—Realmente lo siento, pero admite que tú te lo buscaste al seguir ese juegucito tonto.

—Lo sé y por eso no digo nada, aunque no cambiará lo que siento. —Suspiro resignada—. Todo era tan genuino, no puedo creer que él no sienta lo mismo. ¿Tan rápido me ha sustituido? Hacer el amor era tan natural...

Mi teléfono empieza a sonar. Es mi mamá. Uff..., de verdad no tengo ganas de cogerlo; hace tiempo que me tortura con encontrar a un pretendiente, pero ¡por Dios, estamos en el siglo XXI...! Y ella intenta presentarme algunos. No es posible y ni siquiera es el momento apropiado, en serio, apenas estoy conociendo el mundo, pero la vida no es perfecta y tengo que hablar con mi madre.

—¡Ali, querida...! Al fin coges el teléfono. No creas que no me he dado cuenta de la compañía que trajiste anoche. ¿Acaso crees que lograrás distraer mi atención?

—¡Mamá... por favor, no estoy de humor!

—¡¿Qué?! He dejado que juegues mucho tiempo, pero es hora de que tomes en serio tu rol en esta familia. El próximo fin de semana vas a venir a casa, y no me importa nada, vas a ser lo que se necesita que seas. —Suspiro apretando los dientes, cerrando en un puño la mano libre y alejando el teléfono de mi oído para no escuchar lo que dice.

—Está bien, voy a ir —digo sin querer seguir oyendo su rechinante voz que me enferma. Corto la llamada sin despedirme.

—¿Qué te ha dicho? —pregunta Mila.

—Lo de siempre y ya no puedo seguir posponiendo lo inevitable.

—Ali..., solo síguele la corriente como a mí con las citas a ciegas y a lo mejor te consigues algún bombón para distraerte —dice colocando sus manos sobre las mías.

—No sé, es solo que simplemente por llevarle la contraria, aunque me guste lo que me proponga o sea lo correcto, no quiero hacerlo. No me gusta que sienta que ha ganado.

—Más bien creo que no te gusta perder o, mejor dicho, sentir que pierdes.

—¿Qué dices, Mila?, eso no tiene sentido —digo—. ¿Estás de su lado?, ¿qué problema tienes? Déjame en paz. —Retiro las manos, enojada.

—Jamás. Sabes que estoy cien por cien contigo, pero no te entiendo. Puedes vivir como una reina y prefieres trabajar. En mi caso es necesario, no vengo de una familia adinerada. Ahora, tu situación es diferente, ¿por qué quieres pasar necesidades? Aprovecha lo que tienes.

Ella no sabe lo que es vivir en una jaula de oro. Desde pequeña me han dicho qué comer, cómo vestir, cuándo hablar. Todo giraba en torno a lo que lo demás piensen o dejen de pensar de mí. Hasta las amistades me ha elegido mi madre y mi padre es su títere. John por ser hombre siempre tuvo más libertad, aunque fue criado para continuar con el negocio familiar y mientras solo trae mujeres sin importancia. Helena estará tranquila, porque está segura de que ella siempre tendrá la última palabra y creo que por eso mi hermano es un mujeriego.

Pero yo soy otra historia. Ella quiere que me case con alguien que pueda ayudar a acrecentar la herencia y renombre familiar y que en caso de divorcio (cosa que asegura sucederá con cualquier hombre que se interese en un futuro conmigo) me lleve una buena tajada.

—¿En serio piensas que voy a cambiar libertad por comodidad? No, y no me importa que mi mamá se enoje y me desherede, no voy a ceder. Acabo de salir de ese infierno, no pienso volver.

—Está bien, no te enfades. Yo te apoyo, siempre. —Se levanta y me abraza.

—¿Sabes? Voy a llamar a William, le diré para salir esta noche y que lleve a algún amigo. ¿Qué te parece? —digo devolviéndole el abrazo.

—Ay, amiga, yo siempre estoy dispuesta a salir y si voy a conocer a alguien, mejor. Entonces me voy a mi casa a por ropa y vuelvo para prepararnos aquí. —Se separa de mí y se despide—. Nos vemos en un rato.

William y su amigo han pasado por nosotras y, la verdad, ninguno de los dos está nada mal. Mila me da las gracias, por suerte parece que se llevarán bien, aunque cualquier hombre que sea tan guapo como este logrará domar a la bestia. Llagamos a la puerta del local y sin hacer fila nos

dejan entrar. Al parecer ya conocen a este par.

Nos dirigimos a la barra esquivando la gran cantidad de personas que llenan completamente el lugar, cuerpos contorneándose y rozándose de manera sensual, y ahí de nuevo va mi cabeza a perderse en el oscuro recuerdo que atormenta mi existencia. Nunca tuvimos la oportunidad de disfrutar libremente de este tipo de salidas, siempre entre cuatro paredes, sin testigos ni rastros que pudieran develar el deseo, amantes silenciosos y sigilosos ávidos de besos y caricias buscando satisfacer el cuerpo, pero no el corazón, cumpliendo una regla que implícitamente regía cada encuentro «sin sentimientos».

Una salida que pretendía ser una distracción se convierte en un caos, porque cuando solo intentas calmar el dolor, pero no atacas la enfermedad, esta se vuelve más fuerte, llegando a interferir en todos los aspectos de tu vida. Sobre todo ese tipo de enfermedades que no solo afectan a tu cuerpo, sino que también a tu mente y a tu alma. Entonces, ¿qué hacer? Someterse a un largo tratamiento o simplemente dejar de luchar y entregarse, dejándose morir lentamente. O, tal vez, pensar en la eutanasia en un loco intento por dejar de sufrir.

—Voy al baño un rato, ahora vuelvo. —Camino empujando a todos intentando llegar, entro y me encierro en uno de los cubículos. Escucho que alguien sale y luego como si alguien pusiera el seguro en la puerta. «Mierda, lo último que me faltaba».

Capítulo 5

Escucho la música amortiguada en el fondo y el sonido de unos tacos altos golpeando el suelo acercándose cada vez más a donde me encuentro. Es como si estuviera en una película de Hitchcock, y la puerta se abrirá revelando a un asesino con un puñal en la mano.

—Ali, sé que estás aquí. Necesito dejarte algo bien claro.

«¿Qué carajo?!», pienso. Bajo la tapa del inodoro muy lentamente y me subo encima poniéndome de cuclillas. Veo la sombra de su cuerpo por el espacio de la puerta que no llega hasta el suelo. Es obvio que va a saber que estoy aquí, si en las otras puertas dice libre en el pestillo. Sin otra opción, me bajo y salgo.

—Hola, Susana. ¿Qué quieres aclarar? —digo mientras me lavo las manos.

—Mira, niñita, lo que hubo entre tú y mi prometido se acabó. No quiero hacer nada en tu contra, pero no pruebes mis límites. La próxima vez que encuentre tu ropa interior barata en el bolsillo de su traje vas a conocer un lado de mi personalidad que no va a gustarte. —Se acerca tanto a mí que mi cabello se mueve por la respiración de vaca asmática que tiene—. No intentes mentirme diciendo que no es tuya, reconozco a mujerzuelas de tu calaña —dice, y me mira de arriba abajo, despectivamente.

—Escúchame tú a mí. Debes aprender a mantener a tu prometido contento, así no irá buscando en otros lugares. Él no me interesa en lo más mínimo, te lo regalo en la caja y con lacito. —Paso a su lado, pero cuando llego a la puerta me giro y remato antes de salir—: Que lo disfrutes, mientras dure toda esta pantomima que estáis montando.

Susana está completamente loca; encerrarse en el baño para amenazarme es lo último que puede pasarme. Estoy enojada, ofendida, iracunda y todos los adjetivos que hagan referencia a estar a un paso de romperle toda la cara al primer estúpido que se me cruce en el camino, mentira, ¡no al primero! El estúpido tiene nombre y apellido: Chris McMillin.

—¡Amiga, aquí! —Mila levanta las manos, agitándolas para que la vea. Voy hacia ellos. Por suerte han encontrado un sitio para sentarnos y tienen bebidas—. Cielos, Alice, has tardado demasiado.

—Es que había mucha gente, necesito un trago. ¿Qué has pedido? —Observo la mesa.

—Ali, ven, siéntate aquí —dice William, dando palmaditas en el asiento a su lado.

—Gracias, tengo sed. Necesito agua —añado con urgencia y pienso «Si Susana está aquí, es lógico que él también, pero ¡qué mala suerte tengo!».

—En un rato llega la comida, toma —dice pasándome una botella de agua—, ¿te gusta el lugar? Es muy exclusivo y acaba de abrir hace un par de meses —me dice William al oído para que pueda escucharlo.

Sinceramente, no me desagrada este hombre. No es de los típicos chicos lindos, tiene facciones toscas, no llega a ser hermoso, pero es atractivo. A Mila la veo muy entretenida; ni siquiera tiene

tiempo de beberse su trago. Aunque yo tampoco pierdo el tiempo, necesito adormecer mis sentidos, entregarme a una noche loca sin detenerme a pensar en las consecuencias, eso no me importa en lo más mínimo. Puede que lo haga para revelarme: contra mis padres, la sociedad y lo políticamente correcto.

—Will, ¿te parece ir a un lugar más íntimo? —digo, sin vergüenza.

—¿Tu casa o la mía? —responde.

—La tuya.

Nos despedimos de nuestros amigos. Estoy en la acera esperando a que William traiga el coche.

—Hola.

Me asusto al escuchar su voz, sabía que estaba aquí, pero no lo había visto.

—¿Qué te pasa? Me has asustado —digo sin mirarlo.

—No te vayas con él, por favor. —Toca ligeramente mi hombro y lo miro de reojo, alejándome.

—¿Por qué no? Hasta donde sé soy una mujer libre y puedo hacer lo que me venga en gana, igual que tú. —Me cruzo de brazos, mirando por donde se ha ido William.

—Porque te quiero, ni siquiera soporto la idea de que otro hombre te mire. Dame la oportunidad de arreglar todo. Te prometo que no te vas a arrepentir. —Intenta tocarme.

—¿Por qué tienes que hacerlo todo más difícil? —Quiero decirle que su prometida me ha tendido una emboscada en el baño, aunque no creo que eso sea de ayuda y sonaría a que la estoy acusando o algo así.

—Difícil será estar separados.

Veo el coche de William aproximándose y doy un paso al frente para subir apenas reduzca la marcha.

—Solo déjalo así. Justo de todo este drama es del que estuvimos escapando. —Estoy por abrir la puerta del coche y siento que me toma de la muñeca. Cuando levanto la vista William ya ha bajado y avanza hacia nosotros.

—Chris, ¿cómo has estado? —dice, ofreciéndole la mano.

—Estoy muy bien, gracias. —Con desagrado sostiene la mano de mi amigo.

—¿Qué tal los preparativos para la boda? A Susana la noté muy entusiasmada. —Se pone a mi lado, cogiéndome de la cintura con fuerza. Chris lo mira con gesto adusto.

—Eso no tiene por qué preocuparte. Si lo que pretendes es hacerme quedar mal frente a Ali, no gastes saliva ni quemes las pocas neuronas que tienes en escueta estrategia, es patético. —Ahora se dirige a mí—. Realmente espero que te des cuenta de lo que haces, antes de cometer el peor

error de tu vida. —Nos da la espalda, retirándose y dejándome ahí con todas las dudas creciendo en mi interior.

—¿Vamos? Que me van a multar si sigo aparcado aquí. —Will me abre la puerta. Dudo un poco, pero termino subiendo.

—Me vas a disculpar, pero prefiero irme a mi casa. —Me pongo el cinturón de seguridad y miro por la ventana hacia la entrada de la discoteca. Ahí está él mirándonos mientras nos alejamos. El móvil de Will empieza a sonar y él lo coge. Me mira nervioso mientras escucha lo que le dicen al otro lado.

—No te preocupes, te dije que me encargaría, está todo bien. Ok..., hablamos el lunes. —Corta la llamada, y agarra con fuerza el volante.

—¿Algún problema? —pregunto.

—Nada grave, cosas del trabajo. —Yo le creo, pues me paso el tiempo trayendo trabajo a casa. Pone música y en todo el viaje no nos dirigimos la palabra. La imagen de Chris en la puerta de la discoteca se repite una y otra vez en mi cabeza, y me doy cuenta de que no seré capaz de hacer nada con William esta noche. Maldito sea, justo ha tenido que aparecer.

Lo extraño tanto que duele. Es inevitable y me imagino mil formas de detener su boda con la bruja esa. Desde que mi amiga me dijo que planeara algo, la idea da vueltas en mi cabeza, pero sé que es una locura.

—Gracias por traerme, pero no hace falta que me acompañes. —Abro la puerta para bajar y él sostiene mi brazo. Lo miro con vergüenza.

—Voy a acompañarte hasta la puerta —dice secamente. Al parecer no le gusta ser rechazado.

—En serio que no hace falta y discúlpame, no quería que la noche terminara así. Hasta el lunes. —Me bajo rápidamente sin mirar atrás. Cuando estoy a punto de entrar escucho el sonido del motor del vehículo que arranca y se va rápidamente.

Entro a mi apartamento, tiro las llaves en un cuenco que hay sobre la mesita del recibidor, me quito los zapatos y voy a la cocina a beber un poco de agua.

Estoy sentada en una de las butacas que hay junto a la barra americana cuando escucho que alguien llama a la puerta. Supongo que tiene que ser Mila. Ya me imagino todo lo que va a decirme por haber dejado ir a Will.

—¿Qué haces...? —Abro la puerta y la persona que está al otro lado es la última que podía imaginar. Se lanza hacia mí con decisión.

Capítulo 6

Toma mi rostro y me besa con fuerza. Siento su lengua buscar la mía, rodeo su cuello con mis brazos acercándome más a él. No puedo pensar claramente, su aroma invade mis fosas nasales. Cómo lo extrañaba. Voy a cometer la locura que tenía pensada cuando salí de la discoteca, solo que no con la persona que originalmente había elegido. Lo arrincono contra la pared. Sinceramente, no estoy en mis cabales.

—Ali... —dice mientras besa y huele mi cuello lentamente. «Por Dios, qué agradable», pienso.

Me levanta en sus brazos llevándome a la habitación. La tenue luz de la luna entra por la ventana iluminando escuetamente el cuarto. Hace que me siente sobre la cama y se arrodilla frente a mí, entre mis piernas.

Su rostro está aún más hermoso en la penumbra. Empieza a besar mis muslos con delicadeza mientras sus manos van subiendo mi vestido hasta la cintura. Se endereza y se quita la camisa sin alejar sus ojos de los míos.

Yo tampoco puedo alejar mi mirada de él, estoy hechizada. Él se acerca y acaricia mi rostro, acunándolo con cariño. Me besa y puedo sentir el sabor del whisky en sus labios.

—No..., no puedo —digo contra sus labios, empujándolo con fuerza.

—Por favor..., no me rechaces. Te necesito, no aguanto más vivir así, estoy volviéndome loco. Ya no pienso con claridad; no puedo soportar la tortura de no tenerte como antes. Al final, Ali, ¿qué ha cambiado? —Me mira suplicante.

—Yo he cambiado, eso pasa. Quiero estar con alguien que no tenga vergüenza de abrazarme en público, que me coja de la mano cuando vamos por la calle. Que me diga que me quiere y que soy todo para él. —Él recuesta su cabeza en mi regazo desnudo y puedo sentir el tibio aire que expulsa al respirar.

—Eso no era lo que..., yo nunca pensé..., o sea, siempre decías que tú no querías atarte a una relación. No sabes cuántas veces quise declararte lo que sentía, pero en un principio me ataba mi situación económica. Sabía que tu familia no me aceptaría. —Siento que niega levemente con la cabeza a la vez que rodea mi cintura con sus fuertes brazos. Yo le acaricio la cabeza y siento como si me hubiese dado una patada en medio del estómago. Sus palabras me toman desprevenida.

—Es una lástima que hasta de nosotros nos escondimos, no fuimos capaces de ser sinceros. —Empiezo a llorar y con la mano libre seco el tibio líquido de mis ojos antes de que caigan sobre él. No puedo seguir hablando, porque la voz me tiembla por el esfuerzo de contener el llanto.

—Ya no me importa nada, Ali, si no puedo estar contigo. Voy a venderle mis acciones a Gerald, está decidido. Mañana mismo se lo propondré. —Se levanta, arrastrándome con él, acomodándonos en la cama, y se abraza a mi espalda.

—Mi mamá quiere presentarme a alguien. El fin de semana que viene tengo que ir a cenar para conocerlo —hablo tan despacio que pienso que no me escucha, pero siento cómo se tensa y

aprieta su abrazo.

—Entonces tengo toda la semana para arreglar mi situación. Hablé con un amigo que es dueño de una pequeña empresa que necesita un inversor y me ofreció participar en su negocio. Puedo empezar de cero, nunca le tuve miedo al trabajo. —Besa mi mejilla.

—¿Qué me estás diciendo? —pregunto.

—Que voy a romper el compromiso con Susana, que no voy a vivir torturándome toda la vida, que quiero estar contigo. —Baja su mano y acaricia mi pierna suavemente.

—¿Eso cambia algo entre nosotros? —pregunto con tristeza.

—Claro, que vamos a estar juntos, como siempre —dice entusiasmado.

—Entonces nada va a cambiar, Chis. —Intento levantarme, pero él no me deja.

Nos quedamos en el más absoluto silencio. No quiero hablar, considero que debería darse cuenta de cuáles son mis pretensiones. Es que se lo he dicho directamente y no voy a ceder. No retrocederé una pizca en la decisión que he tomado. Me giro hacia él. Lo miro, esperando escuchar algo que renueve mi esperanza en lo nuestro.

—Sí va a cambiar, porque yo también he cambiado. Este tiempo alejado de ti me ha hecho comprender muchas cosas. —Acerca su cara a la mía, haciendo que nuestras narices se toquen.

Cuando cierro los ojos puedo ver todo un mundo de posibilidades para nosotros, a pesar de que a medida que avanzamos la vida se vuelve más complicada. Ya no somos aquellos adolescentes que empezaban a despertar a la vida adulta llenos de ideales y sueños por cumplir. Ahora las responsabilidades nos ahogan, hundiéndonos bajo una montaña de compromisos.

Él parece no comprender, aunque siempre creí que era más centrado que yo. Lo veía más calculador cuando se trataba de su futuro, de su trabajo. A diferencia de John y de mí, él tuvo que esforzarse para lograr tener una posición económica y social respetable; nadie le legó o regaló nada. Desde abajo creó todo lo que tiene, siempre muy sacrificado y adicto al trabajo.

Creo que esa era una de las razones por la que le gustaba o le era cómodo seguir en una relación como la que teníamos: su esposa era el trabajo y su hogar, la empresa. Ahora que lo pienso bajo estas circunstancias, siempre tuve una rival, siempre fui la otra.

—Hermosa, si puse tanto empeño en mejorar fue por ti. Quería estar a tu altura, estaba esperando el momento apropiado para... —Suspira sin terminar la frase— Sabía que tus padres no aceptarían que estuvieras con alguien que llegó a tu vida con una mano delante y otra atrás. Hubiesen pensado que mi intención era aprovecharme de tu posición, que lo mío era interés simplemente.

—¿Y qué es? —indago curiosa.

—Es algo tan fuerte que no me permite vivir sin ti. Es un sentimiento que no puedo poner en palabras, no existe una definición para lo que siento. —Besa mi frente, luego mi rostro mientras me acaricia la espalda.

—Ay, Chris, no es tan difícil decirlo. Claro, si es verdad, no debería costarte, ni siquiera tendrías que pensarlo tanto. —Lo empujo tratando de alejarlo un poco.

—¿Qué quieres? Solo dime qué necesitas yo voy a hacer todo lo que me pidas, pero no me alejes de tu lado.

—Ahora estoy confundida. Lo único que sé es que no quiero que esto sea algo forzado para ti, necesito sentir que es auténtico. —Llevo la mano a su rostro y le doy un suave beso en los labios. Él solo se queda quieto con los ojos cerrados.

—Nunca voy a encontrar a nadie mejor que tú, quiero que te quedes conmigo para siempre. Y tú, ¿quieres?

—No... —digo

—¿Cómo que no? ¿Por qué...? —Abre muy grande los ojos.

—No, hasta que me lo pidas, Chris. —Me mira intrigado.

—Pedirte, ¿qué tengo pedirte? —dice desesperado.

—Eso debes averiguarlo por tu cuenta. Si sabes qué pedir, seré tuya para siempre. —Aprovecho que ha bajado la guardia y me levanto rápido. Voy al baño mientras él sigue pensando en lo que he dicho. Cuando regreso, sigue ahí con el ceño fruncido y las manos bajo la cabeza. Me cambio al pijama y me acuesto a su lado.

—Puedo quedarme esta noche. Te prometo que no voy a hacer nada que no quieras, solo quiero dormir a tu lado. —Me mira levantando una ceja.

—Está bien, pero date la vuelta; yo voy a abrazarte esta noche. —Le hago señas con el dedo para que se gire.

—Lo que usted diga —responde girándose. Toma mi mano y la lleva a su pecho—. ¿No vas a decirme antes de dormir qué es lo que quieres que te pida?

—No, es una prueba. Si logras dar con la respuesta, no suspendes el examen —digo en broma.

Coloco mis pies entre sus piernas y me acomodo, disfrutando de la calidez de su cuerpo. No sé qué va a ser de nosotros, pero tengo fe en que todo mejorará.

Capítulo 7

La noche pasó muy rápido. Mila no apareció, pero me imagino que lo habrá pasado mucho mejor que yo. Estoy en la cocina mientras Chris sigue durmiendo. No he querido despertarlo, quiero tenerlo aquí todo el tiempo que sea posible. Seguro que cuando despierte se irá.

Hace media hora que me he servido el café y lo estoy removiendo, mientras pienso en todo lo que me ha dicho, Chris. La realidad es amarga y fría como el líquido que tengo frente a mí. Es que los seres humanos realmente somos profesionales en complicarnos la vida. Quisiera volver a aquellas épocas dónde todo era más fácil.

Siempre fui capaz de escapar del drama; cuando algo se volvía muy difícil simplemente lo dejaba atrás sin mirar. Ahora no entiendo qué tiene él de especial para que siga queriendo estar a su lado. ¿Acaso vale la pena? Porque cuando Susana se entere de todo, creo que no va a descansar hasta por lo menos hacerme pasar vergüenza pública.

Llevo la taza al fregadero y desecho el café frío. Lo siento llegar cuando estoy levantando todo y colocando las cosas en su lugar. No sé si lo que anoche dijo fueron palabras regadas por el alcohol o si fue en serio.

—¿Me invitas a un poco de café? —dice mientras se acerca a mí y me abraza por atrás. Recuesto mi cabeza contra su pecho, disfrutando de su aroma.

—Claro, siéntate que te sirvo, pero no te mal acostumbres. —Coloco la taza con café recién hecho frente a él. Siento vergüenza por no tener ni un pedazo de pan para acompañar su desayuno, pero como a mí solo me gusta beber café por las mañanas, nunca me preocupo por eso y cuando mi amiga viene a visitarme siempre trae algo.

—¿Qué hacemos hoy? —pregunta mientras pone azúcar a su bebida.

—No tenía pensado nada, la verdad tengo trabajo que adelantar. Ese es mi plan para el domingo —digo al tiempo que me siento a su lado.

—Eso cambió. Hace un día hermoso, creo que debemos aprovecharlo, salir a caminar tomados de la mano por el parque, comer algodones de azúcar en la calle o algo así.

Lo miro con una ceja levantada en señal de «no me jodas». Creo que se da cuenta y sonrío, pícaro.

—No hace falta que seas irónico, y sí, me gustaría caminar por el parque y comer algodones de azúcar, aunque, no sé si contigo —replico enojada—. Y si ya te has tomado todo el café, puedes irte —añado retirando la taza.

—Oye, no te enfades. Era una broma, pero en serio podemos hacer lo que tú quieras. Soy todo tuyo. —Estira el brazo, agarrándome de la cintura antes de que me aleje, haciendo que me siente en su regazo, y besa mi cuello, haciéndome sentir cosquillas.

—No me enfado —miento—, pero si te vas a burlar de mí es mejor que te vayas. —Hago fuerza con el trasero contra su parte sensible y él se queja.

—Guau, cuidado con el amiguito, que está sensible y necesitado. ¿Qué te parece un mañanero para variar? —Acaricia mi vientre, metiendo las manos bajo el short de mi pijama.

—Um, suena encantador, pero no, gracias, yo paso. —Me levanto de golpe y él hace lo mismo, siguiendo mis pasos.

—No seas mala. Mientras pienso en lo que tengo que pedirte necesito una ayudita. Creo que eso despejará mi mente. —Me sostiene desde atrás, levantándose en sus brazos. Nos vamos al dormitorio y me tira en la cama. Se coloca sobre mí y empieza a besar mi mejilla, bajando a mis pechos sobre la ropa—. Si me pides que pare, lo haré —dice sosteniéndome la mirada.

—No te lo voy a pedir —digo en un susurro, mirándolo provocativamente. Subo las manos a su espalda, pasando las yemas de mis dedos suavemente sobre su piel desnuda y siento cómo se eriza ante mi toque.

—Cómo extrañaba esto. Necesito besarte, acariciarte, estar dentro de ti —dice con voz ronca mientras se quita el bóxer y de una patada lo laza al otro lado de la habitación—. No quiero apurarme, quiero hacerlo lento. —Se restriega contra mí suavemente, se acuesta boca arriba y hace que yo quede a horcajadas sobre él.

Me quita la blusa y mis pechos quedan expuestos. Los acaricia mientras levanta sus caderas, haciéndome sentir lo excitado que está. Me quito el pantaloncillo del pijama arrastrando con este mi ropa interior. Vuelvo a colocarme sobre él y me muevo lentamente de atrás hacia adelante. Él agarra mis caderas, ayudando al movimiento. Siento cómo la humedad empieza a hacerse presente, cierro los ojos y me dejo llevar. Es como estar flotando: el deseo y la pasión nos desbordan dulcemente, me inclino y beso sus labios. Un gemido sordo se desprende de los dos llenando el silencio.

Sube sus grandes y tibias manos siguiendo la línea de mi columna vertebral hasta mi nuca y hunde sus dedos en mi cabello tomándolo en un puño y acercando más nuestras bocas. Hace un movimiento y se introduce en mi interior. Se mueve lentamente, lo siento tan profundo, llenando cada rincón. Es como estar en el cielo.

Lo tomo de las manos, entrelazando nuestros dedos y colocándolas sobre su cabeza. Lo vuelvo a besar buscando su lengua con la mía y empujo con más fuerza para sentirlo con mayor profundidad. Me endezco escuchando cómo gime ante mis movimientos, coloco las manos hacia atrás, apoyándolas sobre sus muslos y sigo el movimiento que se asemeja a una danza, sutil y lenta. Suspiro y siento que empieza a temblar; se estremece excitado. Se sienta rodeándome la cintura con los brazos, provocando mayor placer.

—Te amo —dice a mi oído. Rodeo su cuello con los brazos y me muevo con más rapidez, desesperada por sentir que soy suya y que él es mío.

—También te amo —respondo y siento que su cuerpo se tensa. Respiramos agitadamente y él sigue moviéndose, despega nuestros cuerpos y siento su mano donde tanto placer sabe dar mientras sigue empujando en mi interior hasta que también me estremezco de placer.

Nos quedamos abrazados y acariciándonos un buen tiempo hasta que nos recostamos. Yo me

abrazo a él; no quiero soltarlo, no quiero que termine el día y, si me pregunta, prefiero quedarme así todo el tiempo que sea posible.

—Eres perfecta para mí, no hay nada en ti que no me guste. Desde la primera vez que te vi, cuando apenas eras una adolescente y me matabas cuando llegabas con esos chicos. Realmente nunca pensé que me harías caso. Me torturaba pensando que ellos podían tocarte, besarte. Yo quería ser el que estuviera contigo de esa forma. —Me besa con fuerza y luego me mira, esperando que diga algo.

—¿Por qué nunca me dijiste eso? —indago, queriendo saber sus motivos.

—Esa primera noche que estuvimos juntos, tú dijiste que no querías atarte a nadie. Que te gustaba así sin responsabilidad o exclusividad, pero ya era tarde para mí, porque desde el primer beso fui exclusivamente tuyo. Te volviste mi droga, de la que nunca podía tener suficiente. No quise espantarte con un compromiso que asumí no estabas preparada para aceptar.

—Te confieso que yo quería sonar interesante y madura. Siempre te veía con mujeres a las que no les llegaba ni a los talones. Parecían tan sofisticadas y maduras que pensé que tal vez solo querías jugar con una adolescente. Apenas tenía dieciocho años, era inexperta y hasta ese momento solo había tenido desilusiones cada vez que quería tener una relación con alguien.

—Es complicado esto de adivinar o suponer los sentimientos del otro. Complica las cosas, algo tan simple que puede solucionarse con una buena charla. Espero que, de ahora en adelante, seamos sinceros entre nosotros. —Me abraza y hago lo mismo, cruzando mis piernas sobre las suyas.

—Yo creía que éramos sinceros, que ese tipo de relación era la que buscábamos. Me gustaba eso de andar escondidos, como que le daba un toque de misterio a todo. También tengo que decir que desde que te vi me gustaste. Soñaba contigo, te imaginaba en todos los que estuvieron conmigo hasta que mi sueño se volvió realidad. —Acaricio su pecho con mi mejilla.

—No entiendo cómo dejé pasar todo eso, soy un idiota. Lo único que debes saber es que te amo mucho, de una manera inimaginable. Tanto que estaba dispuesto a que fueras feliz con alguien que no fuera yo, pero cuando vi al William ese cerca de ti, enloquecí. Me entraron unos celos negros que me enfurecieron; no podía dejar que te fueras sin probar una última vez mi suerte contigo.

—No creo que esto se deba a la suerte, simplemente te quiero y siempre fuste tú el único. Solo quería olvidarte, yo tampoco podía imaginarte con otra. Me dolía, pero necesitaba continuar, seguir adelante con mi vida. Tú te ibas a casar y, aunque no te olvidara, por lo menos lo disimularía. Pensé que con el tiempo tu recuerdo pesaría menos y hasta se me ocurrió ir a vivir a otro lugar para no verte con ella.

—Te hubiese ido a buscar sin siquiera pensarlo. Perdóname, Ali, soy un estúpido. Empecemos de nuevo, contémosle a todos lo que sentimos. Ya no importa qué diga John, ni tus padres, y mucho menos Susana y su padre.

—Eso me gusta, si nos comprometemos a decirnos siempre y sin restricciones todo. —Suspiro

y levanto la mirada para encontrar la suya.

—Me parece justo. Ahora, dime, ¿qué quieres hacer el resto del día? —pregunta antes de depositar un beso en mi frente.

—Um..., quiero quedarme así todo el día, hacer el amor tantas veces como se nos ocurra —digo acurrucándome en sus brazos.

—Ese es el mejor plan. Pidamos algo para almorzar, ¿o quieres que te cocine algo?

—Mejor pidamos algo, quiero comer algo rico —respondo en broma.

—Te pierdes una buena comida, pero mejor invierto ese tiempo en estar contigo. Ahora, ¿qué te parece si nos damos una ducha juntos?

Mi móvil empieza a sonar. Estiro la mano para cogerlo de la mesita de luz. Un mensaje de mi amiga: quiere saber cómo estoy y qué voy a hacer por la tarde. Le digo que estoy con alguien, que no se le ocurra aparecer, que el lunes le contaré todo. Pongo en silencio el aparato y me levanto. Chris hace lo mismo y puedo observarlo. No es exageradamente musculoso, pero no se ve nada mal. A mí me encanta, me vuelve loca.

—Lo que yo veo es mejor —dice como adivinando mis pensamientos. Rodea la cama y me abraza. Ahora es su teléfono el que nos molesta, aunque él simplemente lo ignora. Me imagino quién es y no me gusta. Me abrazo a su cintura y recuesto la cabeza en su pecho, suspirando con resignación—. No te pongas así, no quiero excusarme con palabras vacías. Mejor te lo demostraré con hechos.

Capítulo 8

Han pasado dos días, dos malditos días. Chris no ha llamado. Me siento una estúpida por haber creído que en serio iba a cambiar algo entre nosotros. No quiero hablar con nadie. Mila se huele que algo me pasa y está loca por saber qué hice el domingo, pero no pienso contarle; es humillante, me siento usada. ¡Qué carajo! Odio a este hombre. Se dice que del amor al odio hay solo un paso, bueno, estoy a punto de dar ese paso. ¡Que se muera! Maldito estúpido hijo de su santa madre. ¡Por favor! Ni siquiera puedo maldecir como se debe; pero su madre no tiene nada que ver con el grandísimo capullo que parió.

Hoy he decidido ir caminando al trabajo, porque con desesperación necesito despejar mi mente. La verdad es que estoy pensando seriamente en faltar y subir a cualquier ómnibus sin importar el destino. Quiero escapar, correr de todo y de todos. Pienso en mi madre y lo del fin de semana. Ahora no estoy con ánimos de actuar, no quiero conocer a nadie. He sacado mil veces el móvil de mi bolso con la intención de enviarle un mensaje a Chris, pero lo vuelvo a guardar. No puedo caer tan bajo. Creo que voy a escapar de todos; de mi madre, de Chris, del trabajo que últimamente no me está gustando. Tengo dinero ahorrado, puedo ir de mochilera por el mundo, tal vez a Europa.

Entro a un café y me siento junto a la ventana. La camarera se acerca con libreta en mano y el típico delantal que llevan atado a la cintura y me pregunta: «¿Qué desea?». Me quedo pensando una pregunta tan simple. ¿Acaso realmente sé lo que deseo? Mi mirada se pierde en el ventanal. Veo los vehículos y personas que andan de un lado al otro, apurados por llegar a quién sabe dónde. Será que todos ellos saben lo que desean o también se hacen esta pregunta.

—¿Señorita, se encuentra bien? —pregunta la joven.

—Estoy bien, gracias. Un café solo, por favor —digo, intentando mostrar una sonrisa.

—¿Algo para acompañar? Hoy tenemos un rico pastel de chocolate —añade la chica.

—No, gracias, solo el café —respondo, poniendo atención a una pareja que en ese momento camina por la acera. Van sonriendo, hablando y cogidos de la mano. Es como en esas películas cutres donde el desdichado y abandonado por su pareja sale a la calle y se topa con todas las parejas felices del mundo.

Justo entra una de esas parejas al café, se sientan a unas mesas de distancia de mí, colocan los codos sobre la mesa y se toman de las manos. Se miran embobados, ni a la camarera le prestan atención, y después veo cómo se dan de comer el uno al otro. La verdad es que yo no haría eso, no soy de las melosas, pero toda mujer quiere sentirse apreciada y amada. Bueno, seguro que los hombres también.

Dejo de mirarlos, porque si sigo así creerán que soy una acosadora o algo por el estilo. Bebo el último trago y pido la cuenta. Cuando la camarera se retira con el pago, me levanto y dejo una buena propina; aparte de idiota, me siento generosa. El frío me golpea al salir, me coloco bien la correa del bolso en el hombro y me abotono el abrigo hasta el cuello. Sigo caminando sin rumbo, ya han pasado treinta minutos de mi horario de entrada, pero no me importa si me despiden. Creo

que en realidad sería el puntapié que necesito para cambiar mi vida.

¿Qué hago ahora? ¿A dónde voy? De lejos puedo ver un local comercial. Es una agencia de viajes y veo una promoción para recorrer Europa. Me llama mucho la atención, así que cruzo la calle intentando no ser atropellada por un taxi que hace sonar su bocina en señal de enfado. Después de hablar mucho con la agente de viajes me decido por el tour más largo que sale pasado mañana. Antes de arrepentirme pago la transacción. Mi mamá siempre dice que soy muy impulsiva y que eso tarde o temprano va a meterme en grandes problemas. Ahora pienso que ella se puede ir al carajo, voy a hacer esto, lo voy a hacer por mí, aunque suene egoísta.

Voy a recorrer tiendas y me compro ropa y zapatos, aunque no muchos porque pienso comprarme allí lo que me haga falta. Ahora debo hablar con mi amiga para contarle mis planes. Es casi el mediodía, me parece que será una buena idea invitarla a almorzar, así que le envío un mensaje de texto que es respondido al instante. Nos encontraremos en un coqueto restaurante de comida japonesa cerca de su trabajo. Subo a un taxi, ya que las bolsas con las compras pesan y son demasiadas manzanas para ir caminando.

El lugar es muy tranquilo, todo lo contrario a lo que sucede en mi interior. Busco a Mila, pero todavía no llega, así que me siento en una mesa cerca de una fuente. El ruido del agua al caer y la música tranquila calman un poco mis ansias. Sé que mi amiga se va a enojar, me va a decir que la estoy abandonado, pero sinceramente, necesito esto; quiero descubrir qué es realmente lo que deseo. Tengo que ser justa con Chris, él nunca me engañó, la manera en que llevamos nuestra relación fue de mutuo acuerdo. Al fin y al cabo, tampoco me fue infiel, puesto que en realidad nunca hubo un compromiso entre nosotros. Cuando se vio obligado a tener que estar con otra persona, me lo dijo.

La camarera deja la carta y me pregunta si quiero beber algo. Solo le pido un vaso de agua, le digo que estoy esperando a alguien, y en cuanto la persona llegue haremos nuestro pedido. Ella solo se inclina como hacen los japoneses al saludar y se va. Levanto la mirada de la carta y puedo ver a mi amiga entrar. Se quita el abrigo y se lo entrega a la chica de la entrada, al verme levanta la mano saludando, me sonrío y camina hacia donde estoy.

—Por fin apareces, qué bárbaro contigo, Ali. En serio, puedes sacar de sus cabales hasta a un monje budista. Ahora, cuenta, suelta la lengua y dime, ¿qué te pasa?

—Primero pidamos algo de comer, ¿qué se te antoja? —digo nerviosa.

—Ok, a ver, enséñame la carta. —Estira la mano y me la quita.

—Yo ya sé qué pedir —aviso, buscando a la camarera con la mirada. Le hago una seña para que se acerque y diligente viene junto a nosotras.

— Señoritas, ¿qué les sirvo? —dice muy amablemente.

—Yo quiero Yakimeshi y para beber zumo de naranja, por favor. —Miro a mi amiga, que sigue leyendo la carta.

—Yo pediré lo mismo que ella, gracias —dice y le entrega la carta a la muchacha. Cuando la camarera se aleja, ella dirige su atención hacia mí. Se recuesta en la silla, tuerce la boca y golpea

la comisura de sus labios con el dedo índice.

—Ahora, sé que escondes algo, por favor, sácame de esta oscuridad, ya dime, mujer, que estoy que me como los codos, ¿qué pasó el domingo? —dice casi chillando al tiempo que se inclina hacia adelante.

—Shhh, no seas dramática. El domingo estuve con Chris. Todo fue bastante bien, me bajó el cielo y las estrellas, me prometió amor eterno, ya sabes, estupideces que a veces las mujeres creemos. —Me acerco más a ella y coloco los codos sobre la mesa entrelazando los dedos.

—¿Qué? No te creo. ¿Lo arreglasteis? ¿No va a casarse? Dime por favor. —Toma mis manos.

—Me dijo que iba a romper el compromiso con Susana, que vendería sus acciones al padre de ella e invertiría en una pequeña empresa de un conocido. —Libero mi mano de las suyas y las paso por mi rostro (creo que voy a llorar, siento que las lágrimas están a punto de salir), suspiro y cierro los ojos.

—Eso es bueno, creo. ¿Por qué estás así? Deberías estar contenta, no triste. Amiga, te veo meditando y cabizbaja —cita a un profesor de la universidad en esas últimas palabras—. No lo entiendo.

—No volvió a llamarme, desde el domingo, ni un mensaje, nada de nada. —Llegan nuestros pedidos, volvemos a dar las gracias a la camarera. Yo juego un rato con la comida, esperando su reacción.

—Es un hijo de puta, desgraciado. Si yo te lo he dicho muchas veces, el hombre es raro. Te lo dije, pero nunca me escuchas. Es que voy a buscarlo y le doy una paliza, eso haré. Ahora no se salva de mí. —Se lleva la comida a la boca con rabia y me habla mientras mastica.

—No hace falta, Mila. Ahora lo que quiero decirte es que voy a viajar. —Me limpio la boca con la servilleta y la dejo junto a mi plato.

—Eso es genial, me parece que está bien, ¿a dónde iras? —indaga, sonriendo.

—Me voy a Europa, por un tiempo indefinido. —Coloco las manos sobre mi regazo y espero su explosión.

—¿¿Qué?! Sé que estás mal y necesitas tu tiempo. ¿No podías ser normal e ir a una isla del Caribe unas cuantas semanas, líarte con un moreno bien dotado o algo así? —Deja de comer, aunque ya casi ha terminado su comida.

—También puedo conocer un moreno bien dotado en Europa, tal vez un bello italiano de esos que parecen modelos de revista, o un francés cachondo que me haga el amor como en las películas. —Levanto y bajo las dos cejas.

—Um..., con el italiano ya me has convencido. Sería genial que pruebes uno de cada nacionalidad, si te encuentras con un alemán grandote me cuentas cómo se siente. —Ríe de su comentario.

—Es un buen plan. Mi vuelo sale pasado mañana, no se lo digas a nadie. Cuando esté allí voy

a llamar a mi madre. Ahora voy a ir a renunciar y voy a decirles que no podré continuar con el preaviso. Si no quieren pagarme nada, que no lo hagan. Tengo dinero ahorrado y un poco de lo que me dejó mi abuelo al morir. He pensado que en algún momento, cuando te toquen las vacaciones, puedes unirme a mí en alguna isla griega. —Ahora soy yo la que le toma de las manos.

—Sabes que no puedo pagar algo así, ni siquiera tengo para pagar ahora la cuenta. Le di todo mi sueldo a mi hermano, me dijo que se metió en deudas y tuve que ayudarlo. —Niega con la cabeza.

—Lo consientes demasiado, no puedes seguir tapando sus locuras. Es lo bastante mayor para saber lo que hace —digo con indignación.

—Es mi única familia, no puedo dejar de ayudarlo. —Me mira con tristeza.

—Está bien, yo te entiendo. Por lo del viaje no te preocupes, yo pago todo. Solo dime que sí y vivamos juntas una gran aventura.

—Sí, acepto. Voy a ver en qué fecha pueden darme vacaciones. Ay, ya me imagino en el Mar Egeo, bañándome desnuda con un griego musculoso. Hasta sueño a una novela cliché. —Se carcajea con ganas y varios comensales se giran para mirarnos.

Al salir del restaurante voy directa a mi trabajo a renunciar. Aunque tratan de hacerme cambiar de opinión no doy el brazo a torcer. Voy a mi casa y preparo todo. Mi móvil sigue sin noticias del desaparecido. Bajo al mercado y compro chocolate; he quedado con Mila que hoy pasaríamos la noche juntas, como una pijamada de despedida.

Estoy en el aeropuerto acompañada por mi amiga y miro insistentemente hacia la zona de embarques. En un rato tendré que despedirme. Ella me habla y yo solo me imagino a Chris, llegando como en las películas a decirme que me ama, que lo disculpe por haberse comportado como un idiota y que me necesita para vivir. La voz de Mila suena apagada en el fondo de mi mente, hasta que la llamada del vuelo se escucha por los altavoces. Ella me abraza y lagrimea. Se despide con dos besos, deseándome un feliz viaje con la promesa de que nos encontraremos en Grecia dentro de unos meses.

Capítulo 9

Chris

El lunes por la mañana, Susana y su padre me esperaban en mi oficina. Me amenazaron con prisión si no aceptaba sus términos. Estos incluían una boda; la mujer es insistente, me temo que lo único que no le gusta es ser despreciada. No creo que siquiera realmente sienta algo por mí, solo es una niña de papá que no está acostumbrada a que le digan que no.

Los cargos que alegaban eran desde estafa hasta evasión de impuestos. Siempre fui muy claro con todo, nunca hice nada que estuviera fuera de la ley. Algunos negocios fallaron, es verdad, pero en el mundo de los negocios es así, por lo que siempre tuve como principal premisa no poner todos los huevos en la misma canasta.

Necesitaba con urgencia salvar mi triste culo y con esto no perder nuevamente a Ali. Llevo prácticamente sin dormir como unas cuarenta y ocho horas, buscando información y realizando resúmenes. Mi abogado y contable me acompañan. Cuando tenemos todo en orden con las cuentas, balances legales y fiscales cuadrando perfectamente, puedo respirar con tranquilidad.

Me despido dejando en manos de Frank el resto de mi vida. Voy a mi apartamento, que queda a unas pocas manzanas de la empresa. Me ducho para despejarme y luego me quedo totalmente dormido. Me despierto de golpe sin entender muy bien qué hora es, miro el reloj sobre la mesita de luz y marca las nueve de la noche. Soy un idiota, debería haber llamado a Ali. Me visto con rapidez, miro el móvil y está muerto. Ahora tengo que volver a la oficina para preparar mi presentación ante el directorio. Espero que esto sea suficiente para liberarme de las acusaciones malintencionadas de Susana y su padre.

La verdad es que no quería presentarme ante Ali sin tener una solución a este problema. Mi intención era ir con hechos, no con excusas baratas que suenen a mentiras. Por desgracia, falté a algo que nos habíamos propuesto en este nuevo comienzo, que era el de ir de frente sin escondernos nada. Calculo que si la hubiera llamado y explicado la situación, ella ahora estaría aquí y no camino a Europa.

Ahora estoy desesperado: la mamá de Ali dice que no sabe nada; Mila me odia, ni siquiera quiso escuchar mi versión de la historia. Si solo supiera cómo localizarla, iría junto ella. La he llamado miles de veces y enviado mensajes, pero no los lee. Le pedí disculpas y le conté todo lo sucedido, pero aun así, no hay respuesta de su parte. Esperar a que decida ponerse en contacto o convencer a su amiga de que me dé información son las únicas opciones que tengo en este momento. Deberé ser paciente.

Cinco meses, largos y desesperantes sin saber nada de ella. Mila no suelta prenda, pero ya encontré la forma de conseguir información. Me hice amigo de Felipe, el hermano de Mila, que es un jugador empedernido. Siempre necesita dinero y ya no quiere pedirle a su hermana. Sé que no está bien lo que voy a hacer, pero estoy desesperado, ¿acaso no se dice que en la guerra y en el amor todo vale?

Quiero verla, hablar con ella, intentar recuperar su confianza. Si me olvidó o, en caso de ver que está mejor que cuando estaba conmigo, voy a dejarla en paz; pero si en realidad siente lo mismo que yo, no creo que me haya olvidado. Yo solo sueño con ella, pienso en ella día y noche.

Hice todo lo que le dije que haría, lo único que cambió fue que no le vendí mis acciones al padre de Susana. Ahora estoy trabajando con un buen amigo en una nueva empresa, empezando desde cero, claro que con más experiencia que hace unos años atrás y con un considerable capital fruto de mi esfuerzo.

Royer es un gran profesional con ideas innovadoras y frescas, así que creo haber hecho una buena inversión. Lo más importante es que le avisé de que en algún momento necesitaría unos días de vacaciones. Le prometí que cuando la empresa empezara a caminar y todos los aspectos legales hubieran sido finiquitados, me tomaría unos días libres. Fue parte del trato desde el inicio. Cuento con una red de contactos considerable, por lo tanto no fue muy difícil conseguir los primeros clientes y buenos proveedores. Nos estamos haciendo un nombre en el mundo de los servicios de consultoría y auditoría empresarial. Creo firmemente que tendremos éxito.

Llegó el momento: a cambio de una considerable cantidad de dinero, pero con la condición de que el hermano de Mila cambie su estilo de vida, aparte de pagarle por la información para que salde su deuda con el casino, le ofrecí trabajo y tratamiento para su ludopatía. El muchacho realmente está agradecido conmigo, aunque todavía no le ha contado a su hermana que ha conseguido empleo. En realidad es inteligente y al parecer no es una mala persona, solo necesita un empujoncito o alguien que le tienda la mano. Veo en él muchas cosas similares a las que me sucedieron cuando tenía su edad. Es por eso que decidí ayudarlo. Espero que no me falle.

Hace tres días que estoy en España, específicamente en Valencia. Según los datos que me facilitó Felipe, Ali se está quedando con unos excompañeros de colegio. En unos días será su cumpleaños y espero poder pasarlo con ella. Cruzo los dedos por que no esté con nadie, o sea, con algún hombre. Es algo que me atormenta, por lo que intento no pensar en eso; me he convencido de que ella me está esperando. Por otra parte, no la culparía si decidiera continuar con su vida. He cometido un gran y estúpido error: ella nunca me exigió nada, fui yo el que prometió hacer algo, sin embargo, no supe apreciar la confianza que ella depositó en mí. Desde un comienzo tendría que haberla tratado como en realidad se merece. Con todos esos pensamientos arremolinándose en mi mente me quedo dormido.

Siento sus manos y luego se abraza a mí desde atrás. Me giro para mirarla de frente. Sus ojos brillan con entusiasmo, anticipando lo que está por suceder entre nosotros. Acaricio su mejilla con delicadeza y me acerco con precaución, como si le pidiera permiso para besarla. Ella cierra los ojos, esperando, y la noto ansiosa, pero no más que yo. La beso con cuidado. Con ella intento contenerme; necesito disfrutar cada suspiro, toque y caricia.

Si he esperado tanto tiempo por esto, no quiero arruinarlo. Sé que no soy el primero en su vida, pero eso a mí no me preocupa, ella tampoco lo es en la mía. Eso sí, es alguien por la que esperé mucho tiempo. Soy ocho años mayor que Ali y tuve experiencias de todo tipo, aunque, hasta ahora creo y confirmo que, cuando no hay sentimientos involucrados, la experiencia no es plena. No puedo asegurar que sea amor, pero sí que hay algo entre nosotros que sobrepasa el deseo o el instinto básico de satisfacer una necesidad, estoy completamente seguro de eso.

—Ali, si me dices que pare, inmediatamente lo haré. Que esto suceda depende íntegramente de ti. —Coloco mi frente contra la suya. Ella me abraza, luego empieza a sacar mi camisa de la cintura de mi pantalón.

—Yo también quiero que suceda, hace mucho que sueño con este día. Por favor, no pares. —
Empieza a subir sus manos por mi espalda, provocando que el deseo aumente.

Dejo que ella empiece y recorre toda mi espalda con la punta de sus dedos. Me pierdo en sus caricias, intento respirar con tranquilidad, pero mi corazón late como si hubiera corrido un maratón. La aparto lentamente y levanto su blusa. Ella sube los brazos ayudándome a quitársela. Miro su figura apenas iluminada por la lamparita que hemos encendido. Es lo más bello que he visto en mi vida; no le falta ni le sobra nada, es perfecta. La palabra hermosa le queda pequeña. De repente, un pitido ensordecedor empieza sonar insistentemente.

El mismo sueño desde que supe que se fue, pero hoy es el día, por fin voy a verla. De una vez y por todas terminaré con esta tortura. Me levanto y abro la ventana de mi habitación, dejando que la luz del sol inunde todo el lugar. Me siento feliz y al mismo tiempo nervioso. He repasado todo este tiempo las palabras que le diré; aunque sé que, llegado el momento, todo se borrará de mi mente. Normalmente no me guio por la intuición, por lo tanto, me siento inseguro y sin saber exactamente que decir. «A la mierda, solo me dejaré guiar por la emoción, los sentimientos, seré sincero y auténtico. Espero que dé resultado», pienso.

Estoy sentado en una cafetería frente al edificio donde supuestamente está Ali. Ya me he bebido dos cafés y mi pierna derecha sube y baja nerviosamente. Por enésima vez saco el papelito arrugado que tengo en bolsillo de los pantalones, mirando la dirección exacta con número de piso y apartamento. He llegado apenas ha abierto el local; anoche no podía dormir y, cuando al fin pude, empecé a soñar con ella.

Es que no entiendo cómo puedo ser tan imprudente. ¿Y si ella ya no quiere saber nada mí?, ¿si el haber venido solo empeora las cosas? Cuando estaba en casa por lo menos tenía esperanza, pero ahora puede que hasta eso pierda. Como hombre de negocios sé que el que no arriesga no gana, pero no sé si esta premisa se aplica en este caso.

Sobre todo teniendo en cuenta que siempre los riesgos deben ser calculados y planeados. «Solo tengo que hacerlo», me digo. Con decisión me levanto. El hombre que atiende el lugar ya empezaba a mirarme con sospecha. Lo saludo con la mano despidiéndome y cruzo la calle.

Ya, que sea lo que Dios quiera, y como un kamikaze me lanzo a mi suerte. Mi corazón late tan fuerte, no sé si por el miedo o por la cantidad excesiva de café que he bebido. Intento tranquilizarme, respiro profundamente y vuelvo a mirar el papel con la dirección.

Cuarto piso, apartamento 16. No veo que haya ascensor, por lo que busco las escaleras y las subo de dos en dos. Las manos me sudan, así que las paso por mis pantalones y toco el timbre. Escucho a alguien hablar y luego la puerta se abre.

—Buenos días —digo con nerviosismo. El hombre que tengo frente a mí está en calzoncillos, lo que no es una buena señal, aunque supongo que es la pareja de la compañera de Ali.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —responde mientras me observa.

—Busco a Ali, me dijeron que se encuentra aquí. —Vuelvo a mirar la puerta cerciorándome que estoy en el apartamento correcto. El joven se rasca la cabeza confundido. Y de repente

escucho su voz.

—¿Es el repartidor? He pedido el desayuno completo de McDowel's. —El hombre estira un poco la cabeza y mira a mi espalda.

—Creo que no —grita mirando hacia atrás y sosteniendo la puerta entreabierta—, pero preguntan por ti, muñeca.

Capítulo 10

Lo vi frente a mí y no lo podía creer; han pasado tantos meses. No puedo mentir, no ha pasado un solo día en que no haya pensado en él. Les prohibí a todos los que sabían dónde estaba que se le dijeran. Eso me hace pensar, ¿quién carajos se lo ha dicho? Mila no creo, ella odia a Chris. Bueno, tanto como odiar no, pero le cae mal.

¿Ahora qué hago? Creo que él piensa que Emiliano y yo tenemos algo. No lo voy a sacar tan rápido de su error. Que sufra un poco el desgraciado; sinceramente la pinta que tenemos los dos puede dar una impresión equivocada a cualquiera. Emiliano en bóxer y yo con una camiseta suya.

—Um... hola —digo. En serio, no sé cómo continuar.

—¿Qué tal? He venido a hablar contigo. ¿Puedes? —pregunta, mirando con insistencia a Emiliano, que no se ha ido.

—Oh, perdón, voy a prepararme para ir a trabajar. Un gusto, Emiliano Pena. —Le ofrece la mano a Chris, que la toma con un poco de reticencia.

—Está bien, no te olvides de que hoy tenemos una cena —digo un poco fuerte para que me escuche desde la cocina donde está ahora. Sale masticando unas galletas, respondiendo:

—Cariño, la que no tiene que olvidarlo eres tú.

Señala a Chris, divertido.

—¿Y? —dice, Chris.

—¿Y? ¿Qué...? Ah, sí, claro, solo dame un minuto, me cambio y salimos a dar una vuelta, o al café de enfrente. —Le cierro la puerta en la cara, voy a mi habitación y me cambio en tiempo récord. Cuando estoy saliendo me encuentro a Emiliano, en el pasillo.

—¿Dónde has dejado al galán? —pregunta con curiosidad.

—Fuera —respondo relajada, mientras me arreglo el cabello.

—Interesante, ¿qué habrá hecho el pobre hombre para merecer tal trato? —Coge su móvil de la mesita del pasillo y abre la puerta—. No suelo tratar así a las visitas, ojalá no te lleves una mala impresión de mí —añade cuando ve a Chris recostado contra la pared al lado de la puerta—. Nos vemos luego, espero. —Se despide agitando la mano.

—Ya estoy, te invito a desayunar. Ay... si llega el repartidor, otro día no van a querer venir.

—No tengo problema con que nos quedemos aquí. Esperamos el desayuno y conversamos —dice Chris.

—De acuerdo, adelante. —Vuelvo a abrir la puerta, haciendo un ademán para que entre.

—¿Por qué te fuiste así? Ni siquiera me diste oportunidad de explicarte qué había pasado —dice sin siquiera terminar de entrar—. Estuve desesperado averiguando dónde estabas. Mila no quiso escucharme y me dijo que, si volvía a dirigirle la palabra, me metería tal patada que

terminaría en el Polo Norte.

—Ajá, seguro que lo haría, es un poco intensa. Pero sus razones tiene, ¿acaso creíste que después de lo que me hiciste no habría consecuencias? —Cierro la puerta mientras le hablo de espaldas. «No puedo creer nada de lo que me diga», pienso antes de ponerme de frente.

—No es lo que piensas, tuve problemas. No quería llegar junto a ti sin resolverlos, estuve cuatro días luchando por salir limpio. Me querían demandar. Ali, estoy aquí porque real y sinceramente te amo. Sé que nunca te lo dije con seriedad, que fui mezquino y egoísta contigo, y te pido disculpas de corazón y una nueva oportunidad. —No sabe qué hacer con sus manos, las mete en los bolsillos, luego las saca. Se arregla la chaqueta. «Ay, cómo disfruto verlo así, desgraciado, energúmeno».

—¿En serio? —Cruzo los brazos sobre el pecho y lo miro seriamente—. Claro, yo también te amo y he estado esperando este preciso momento —digo con tono irónico.

—Sé que podemos empezar de nuevo, me alegra tanto que me entiendas... —Levanto la mano haciendo que pare de parlotear tanta estupidez.

—¿Tú eres tonto o te lo haces? ¿Me tomas por estúpida? Vine para estar lejos de ti y de mi madre, ¡que lo único que hacéis es joderme la puta vida! —grito con rabia—. Estoy podrida de las manipulaciones de ella. De tus mentiras y del trabajo de mierda que tenía. Es obvio que no pienso volver contigo, ni ahora, ni nunca. Es más, me voy a quedar a vivir aquí.

Lo último es mentira, pero eso él no lo sabe.

—Ese... Emiliano..., ¿acaso estáis juntos? ¿Tan rápido me has olvidado? —Se acerca más a mí. Su aroma me encanta, cómo lo extrañaba.

—Definitivamente no es cosa tuya, puedo estar con quien se me venga en gana. No, claro, el señor pensaba que me tiraría a llorar las penas. Que me encerraría entre cuatro paredes a envejecer, esperando que algún día él apareciese y me sacase de la desdicha de no tenerlo a mi lado. Tú... —Hinco mi dedo índice en su pecho—. Sabandija, poco hombre, engreído y ridículo. Te has equivocado, ¡ah! Y claro que hay alguien más ahora.

—No te creo, solo estás enojada, pero he venido hasta aquí para explicarte. No sabes todo lo que tuve que hacer para encontrarte. —Me toma de las manos y las siento sudorosas.

—Pues no te hubieses molestado, ¿no pensaste que por algo no quería que me encontraras? Mira que, para ser bueno en los negocios, como que el cerebro te falla de repente. —Retiro mis manos de las suyas y las froto contra mi ropa para secarlas.

En serio pensaba que sería tan fácil, que llegaría aquí y me tiraría a sus pies como si nada hubiera pasado. Está muy equivocado. Ahora va a sufrir, y si realmente está dispuesto a tomar en serio lo nuestro, tendrá que demostrarlo.

—Bueno, creo que ya lo hemos dejado todo claro. Puedes cogerte el primer vuelo de nuevo a tu dulce hogar, seguro que Susana te espera y lo último que quiero es a una loca molestándome. —Abro la puerta esperando que se vaya, pero no se mueve. Está ahí, tieso, con la mirada perdida.

—No pienso irme todavía, necesito contarte todo lo que pasó. Si después de haber escuchado mi versión de los hechos sigues creyendo que lo mejor es que me aleje, me voy. Pero creo tener derecho a que por lo menos me escuches. —Cierra la puerta, echándole llave.

—Puedes hablar todo lo que quieras, sabes hacer eso muy bien. La última vez me tragué enterito tu discurso, eso sí que no puedo discutirte. —Pego media vuelta dirigiéndome al salón y me siento en uno de los sillones individuales, esperando a que diga algo.

Puede ser que en serio haya tenido problemas, puede que de verdad fuera muy impulsiva al tomar la decisión de marcharme sin estar segura de lo que había ocurrido.

Ahora lo veo ahí, de pie tan elegante como siempre, y creo que estoy a punto de ceder. Necesito alargar esto, tengo que intentar hacerme la difícil, aunque, si hacemos algo, no necesariamente significaría que lo he perdonado. Lo de probar uno de cada nacionalidad, así como todas las brillantes ideas de mi amiga, no tuvo éxito.

Es que no puedo, no sé separar el sexo del sentimiento. Todo el tiempo que estuve con Chris, solo me engañaba a mí misma. Desde el momento que lo vi entrar a mi casa la primera vez, despertó algo que posiblemente a esa edad pensaba que eran las hormonas.

Con el tiempo pensé que era costumbre, pero luego entendí que en realidad estaba enamorada. Obvio, nunca quise demostrarlo. El miedo a ser rechazada era mi mayor enemigo y decidí seguir la relación como si nada.

Lo mejor que podría haber hecho en ese tiempo era hablar de frente porque, como se dice: el que no arriesga, no gana. Puede que habríamos estado en una relación normal desde hacía tiempo o, en todo caso, si él no sentía lo mismo, ahora yo estaría recuperada; pero alargar la situación y esconder mis sentimientos solo lo empeoró todo.

—El lunes por la mañana, al llegar a la oficina, encontré a Susana y a su padre, esperándome. Me amenazaron con fundirme, enviarme preso. Según ellos, tenían pruebas de que estuve estafando al fisco y a los clientes. Su objetivo era que yo siguiera con lo del matrimonio. Estuve setenta y dos horas casi sin dormir, buscando pruebas para defenderme. El contable, mi abogado y yo revisamos todo. Cuenta por cuenta, balance por balance de todos los años que pudieran ser considerados como pruebas. —Abre y cierra los puños mientras me habla, se pasa la mano por la frente y la cara. Me hace recordar cuando me tocaba exponer en el instituto y no había preparado nada.

—Interesante, pero eso no te excusa de no haberme llamado o enviado un mensaje. Es que no lo entiendo, el día anterior habíamos dicho que seríamos sinceros —digo, intentando mantener la tranquilidad.

—Sí, lo sé, y tienes razón, pero no quería darte una excusa. Mi intención era presentarme con la solución. Está bien, no medí las consecuencias. Es obvio que, al no comunicarme contigo, ibas a sacar tus conclusiones basadas en tu experiencia y la forma en que hasta ese momento habíamos llevado las cosas. Fallé, soy culpable, pero ten piedad; han pasado cinco meses y sufrí cada día. —Se pasa las manos por la cara como intentando despejar sus pensamientos.

—¿Sabes? Me sentí muy mal. No iba a rogarte ni suplicar por nada. Si no me quieres, no puedo obligarte a estar conmigo. Me estaría engañando a mí misma. Tal vez debí ir a buscarte y aclarar las cosas, pero también soy orgullosa. Con sinceridad, Chris, ¿merece la pena seguir con lo nuestro? ¿Con algo que no comenzó bien y tampoco terminó bien? Porque, digas lo que digas, yo ya di por terminada la historia contigo, con todo el sufrimiento y decepción que ha conllevado. — A esta altura ya no sé cómo sentarme y me molesta verlo de pie frente a mí.

—Lo más importante, ya te lo dije. Estaba en juego mi reputación como persona y profesional. Era urgente tratar ese asunto. No me casé y no lo voy a hacer.

Lo invito a sentarse en el sillón frente a mí, apuntando el sitio con la mano.

—Ya te dije que te amo, Ali, nos merecemos otra oportunidad —continúa.

—No es fácil para mí, tienes que entenderme. ¿Cómo volver a creer en ti? No puedo negar que lo que siento no se extinguió, pero tampoco soy una masoquista, por lo tanto decidí continuar con mi vida. —Cruzo las piernas, colocando las manos sobre mi rodilla. Es incómodo todo esto. A él también lo veo luchar por encontrar una postura—. Te propongo algo: déjame terminar el viaje, le debo a Mila visitar Grecia, después de eso vuelvo y, si acaso seguimos sintiendo lo mismo, empezamos de cero.

—¿Cuánto tiempo? ¿Acaso es algún tipo de prueba? Soy una persona adulta y es momento de que decida cómo continuar el resto de mi vida. —Coloca los antebrazos sobre sus rodillas, entrelazando los dedos.

—Debo hacer esto por mí y por mi amiga. Después, sabrás qué pedir. Si aún sigues dudando, entonces todo estará más que claro para los dos. —Suspiro cerrando los ojos. Cuando los abro, él está en cuclillas frente a mí. Toma mis manos y las besa con suavidad.

Solo eso faltaba para que dentro de mí se disparara el deseo de abrazarlo, acariciarlo y besarlo. Pero me agunto todo lo que es humanamente posible. Siento que floto, ese simple gesto me descoloca.

—Regálame esta noche, necesito despedirme. Tener un poco de ti para soportar otra temporada sin poder sentirte a mi lado. —Su mirada es triste, pero a la vez hipnotizante.

Capítulo 11

Es interesante cómo nuestro cuerpo tiene memoria; el simple hecho de haberme tocado las manos ha despertado en mí todos aquellos sentimientos que intenté esconder u olvidar. Él tiene un extraño talento, sabe exactamente qué es lo que me gusta y es totalmente consciente de esto.

Mi cuerpo reacciona a su mirada, hasta su recuerdo hace que mi piel se erice. En este momento no me importa nada, ni siquiera que mañana él no esté más. Necesito sentir su cuerpo, su tibia y agitada respiración. Creo que nunca voy a cansarme de todo lo que pueda ofrecerme; el simple hecho de estar a su lado es agradable.

—Tengo una idea —dice en mi oído—. Empecemos de nuevo, hagamos como si acabáramos de conocernos, que sea un borrón y cuenta nueva.

—No sé, es raro lo que propones. Tú esperas que olvide que quiero quedarme más tiempo por aquí. —Busco sus ojos con la mirada, ladeando un poco la cabeza.

—Te equivocas. Si quieres quedarte más tiempo no voy a tratar que cambies tus planes. Solo quiero hacerlo bien esta vez. Empecemos a conocernos, que quede fuera todo lo que hicimos anteriormente. —Acaricia mi mejilla y me sonrío.

—Bueno..., eh... —Suspiro intentando ordenar mis pensamientos—. Eso significa que debes volver a conquistarme, ¿de acuerdo? Pero según mis reglas.

—Definitivamente, todo lo que quieras —dice abrazándome.

—Ahora vas a bajar al café de enfrente y me esperarás ahí. —Me levanto y él casi se cae de espaldas.

Voy a la habitación, me baño y me pongo un hermoso vestido de verano blanco. Bajo al café y lo veo sentado en una pequeña mesa al fondo. Una taza de café reposa frente a él, mientras mira distraído por la ventana. Lo observo un rato hasta que el camarero se acerca a mí.

—¿Le sirvo algo, señorita?

—Un café solo, por favor.

Camino lentamente hacia Chris, que todavía no se ha dado cuenta de mi presencia. Cuando quedo frente a él, despega la mirada del ventanal y en serio es como la primera que lo vi. Fuera hay una suave brisa que juega con las hojas de los árboles, permitiendo de vez en cuando que los rayos de sol se filtren produciendo un efecto casi mágico en el ambiente.

—¿Puedo? —digo, señalando la silla. Él me sonrío amablemente.

—Claro —responde, levantándose y retirando la silla para que me siente.

El camarero trae mi café, por lo que quedamos en absoluto silencio por unos minutos. No sabría muy bien qué decir y al parecer él también está un poco perdido. ¿Cómo empezar de nuevo con alguien a quien conoces y a la vez no? Es complicado y vergonzoso, con todo el tiempo que estuvimos juntos, pero en realidad sin mezclarnos demasiado.

—Ali, no ha habido un día en que no estuvieras presente en mis pensamientos. Te extrañé terriblemente, no puedo explicar lo solo que me sentía sin ti. —Estira las manos sobre la mesa alcanzando las mías.

—Yo también te he echado bastante de menos. Creí que no volveríamos a vernos. Ya te hacía casado con Susana. —Evito mirarlo.

—¿Cómo haría tal cosa? Tú eres la única mujer a quien realmente amo. Puede sonar cursi, pero es la verdad. —Aprieta un poco mis manos, logrando que lo mire.

—Chris, ¿por qué nunca hablas de tu familia? Jamás he conocido a ningún pariente tuyo, solo vives para el trabajo. —Automáticamente retira sus manos de la mesa, colocándolas sobre el regazo.

—Te invito a pasear. Podemos ir a la Ciudad de las Artes y las Ciencias. —Evade totalmente mi pregunta. En realidad lo dejo pasar, porque noto que le duele hablar de eso.

—Está bien, la verdad es que todavía no he tenido tiempo de visitar ese lugar. —Nos levantamos y vamos a pagar nuestra consumición.

Por primera vez caminamos cogidos de la mano. Me habla de su nuevo negocio, su nuevo socio y, por supuesto, de que no puede tardar mucho. A pesar de eso, me pide que pasemos juntos todo el tiempo que esté en España. Yo le cuento de mis aventuras, los lugares que conocí y los que pretendo conocer. Mi intención es quedarme un par de meses más; en una semana Mila vendrá a encontrarse conmigo para ir a Grecia. Después de eso, aunque no quiera regresar, tengo que analizar cómo va a seguir mi vida. Estoy gastando todos mis ahorros y lo poco que me había dejado mi abuelo.

La última vez que hablé con mi madre me dejó bien claro que no vería un centavo de su parte, que me considere desheredada. Siempre quise montar un café literario y creo que ahora es el momento de lanzarme a cumplir con mis sueños. Al contrario que mi progenitora, yo me contento con poco. Económicamente hablando no tengo grandes aspiraciones; más bien aprecio la tranquilidad de una vida sencilla sin grandes lujos.

Le cuento a Chris mi intención. Me sorprende gratamente descubrir que me apoya. Considerando su espíritu emprendedor y trabajador no debería ser así, pero por desgracia nunca tuvimos la oportunidad de conocernos más allá de los asuntos de cama. Siento una gran pena cuando pienso en todo el tiempo que perdimos por miedo, insensatez o ignorancia.

—Ali, quiero confesarte que contigo he pasado la etapa en la que solo me atraías físicamente. En todo este tiempo he podido llegar a valorar otras cualidades tuyas. Eres una mujer decidida, íntegra, que sabe lo quiere y lucha por eso sin importar las opiniones de los demás. Defiendes lo que a tu parecer es justo, eres bondadosa y comprensiva, sabes cuándo escuchar y hablar.

—Gracias, yo no me veo de esa forma, pero intento siempre actuar con coherencia. —Los colores se me suben al rostro; no estoy acostumbrada a que me digan esas cosas.

—Yo no te mentiría, aunque tengo que decirte que eres un poco impulsiva, pero como todo en ti me gusta, y lo veo como espontaneidad. —Me abraza con tanta fuerza que es imposible no creer lo

que dice. Lo siento tan dentro de mí, que no puedo describirlo—. Dime si quieres volver, porque yo estaré ahí. Solo dame una oportunidad.

Hay cosas que no hace falta decir, las palabras sobran, es mejor mostrar o demostrarlas de alguna manera. Pero para eso primero tienes que saber qué es realmente lo que tú quieres. Hacer sentir nuestro amor al otro es asumir que definitivamente no le haríamos daño, por lo menos intencionalmente. Tanto tiempo tardó en llegar este momento que no sé si es real, pero si es así no creo que pueda detenerme, no de nuevo.

Eso es lo que más me asusta, y tal es el miedo que no quiero continuar. Por otro lado, es lo que nos ha estado parando todo este tiempo. Entonces, ¿por qué no probar? Se dice que uno de lo que más se arrepiente es de no haber hecho las cosas. Los fracasos pueden tomarse como pruebas o experiencias que nos ayudan a madurar.

Aunque se ponga difícil, es lo único que puede hacernos sentir vivos y esto que siento es real, definitivamente inolvidable. Puedo seguir en este círculo eterno, pero llegaré al mismo lugar, porque en lo profundo de mi alma sé que quiero estar con él. Si ahora lo dejo marchar posiblemente me arrepienta, toda la vida voy a torturarme pensando qué hubiese pasado. Entonces, ¿por qué no intentarlo? Peor de lo que me he sentido en todo este tiempo no me voy a sentir.

No puedo explicar muy bien cómo me siento, pero quiero probar, simplemente entregarme a este sentimiento sin darle muchas vueltas ni encontrarle la lógica, lanzarme sin prejuicios al vacío, esperando que él me sostenga. Para mí no ha terminado y no creo que pueda encontrar alguien que me haga sentir lo que él me brinda. Voy a confiar en que este amor realmente puede perdurar.

—Claro que quiero volver, de eso se trata todo esto —digo, señalándonos a los dos.

—Solo prométeme que no volverás a huir. Mírame a los ojos y promete que, cuando haya algún problema, lo hablaremos como personas adultas que somos. —Me abraza, deslizando su mano desde mi cabeza hasta donde termina mi espina dorsal.

El día de mi cumpleaños lo pasamos en el hotel donde se hospeda. Después de tanto tiempo el deseo no ha disminuido ni un poco. Era como si nuestros sentidos se hubiesen potenciado. Entramos a la habitación y, apenas cerramos la puerta, empezamos con besos torpes y apurados, quitándonos la ropa lo más rápidamente posible para sentir nuestra piel desnuda.

La sensación de tenerlo tan cerca es hermosa. Me pongo de puntillas, lo abrazo y beso su cuello lentamente. Él coloca sus manos en mi cintura sin hacer nada más que disfrutar de lo que hago. Rozo su oído con mis labios y beso su mejilla. Bajo las manos por su espalda lentamente y lo escucho suspirar mientras acerca su cuerpo al mío.

Besa mis labios y puedo sentir cómo empiezo a estremecerme. Cierro los ojos concentrándome en el cosquilleo que recorre mi cuerpo. Con un suave movimiento nos recostamos en la cama. Lo abrazo y su tibia desnudez envuelve mi cuerpo. Tomo su mano llevándola a mi entrepierna. La necesidad de sentirlo me desborda.

Mi respiración es pesada y mi corazón late rápidamente cuando sus dedos empiezan a acariciar

mi clítoris mientras su lengua juega con mi pezón. Empiezo a sentir que el orgasmo se acerca, agarro las sábanas con fuerza arrugándolas en mis puños y muevo mis caderas buscando el placer que se dispara dentro de mí, agitando mi cuerpo.

Cuando la impresión disminuye, empiezo a besarlo desde el pecho, bajando lentamente a su vientre para luego tomar su miembro entre mis labios muy suavemente. Él gime casi inaudiblemente cuando paso la lengua por la parte superior. Lo siento temblar a la vez que coloca sus manos sobre mi cabeza y sus dedos se enredan en mi cabello, guiándome con cuidado.

Con la mano ayudo a mi boca mientras él mueve sus caderas haciendo que su miembro entre y salga de manera acompasada. Noto que su cuerpo se tensa y sé que está muy cerca de acabar, por lo que añado un poco de rapidez a mis movimientos hasta que siento cómo sus manos toman con más fuerza mi cabellera. Se queda quieto por un momento hasta que su tibio orgasmo llega junto con un ronco gemido.

Levanto la cabeza y lo observo. Está con los ojos cerrados y los labios levemente abiertos, respirando rápida y entrecortadamente. Cuando se da cuenta de que lo estoy mirando, me estira colocándose a su lado. Toma mi mano poniéndola sobre su pecho y puedo sentir los fuertes latidos de su corazón, que se parecen a los míos en este momento.

—¿Sientes lo que me haces? Eres la única persona que quiero que ponga a latir mi corazón de esta manera.

Nunca hablamos de esta forma, jamás nos hemos dicho estas cosas, ni antes, ni después del sexo, por lo que me cuesta responder. Entonces solo sonrío y me acurruco en su costado. Si no puedo decir lo que siento, voy a intentar demostrárselo con hechos y acciones. El resto del día lo pasamos en la cama, como si intentáramos recuperar todos estos meses de separación y crear recuerdos para cuando no estemos juntos.

Por la noche quedamos en encontrarnos con mis amigos en un pub. Al día siguiente él debe volver; me explicó que su situación, sin llegar a ser desesperada, no es la mejor. Empezar de cero no es fácil y el nuevo negocio que ha emprendido con el amigo depende mucho de sus contactos, que prácticamente son el capital con el que cuentan ahora.

—Te quiero, Chris, y nada de lo que pase puede cambiar lo que siento. Intenté olvidarte, fue imposible, porque lo que siento es genuino, honesto e inevitable. No importa tu situación económica. Si hace falta empezaremos de cero, pero juntos. —Beso su pecho desnudo y luego froto mi mejilla con cariño contra este.

—Ali, cuando estás tan hundido que has llegado al fondo, lo único que te queda es hacer pie para empujarte a la superficie. No tengo a nadie más por quién querer salir a flote, la única persona que me impulsa a querer continuar eres tú.

—No voy a dejarte, ya hemos hablado de eso, pero necesito este tiempo con mi amiga.

—Yo entiendo eso, solo quiero advertirte de mi situación actual. Los negocios no han ido bien, justo a eso quiso agarrarse el padre de Susana. Con lo que no contó es con que siempre intenté hacerme de un capital con el que hacer frente a épocas difíciles.

—Eso no me importa, vamos a salir adelante juntos. Tú, apenas has escuchado mi idea me ofrecido apoyo, es obvio que yo voy a hacer lo mismo contigo.

Estamos en el pub, con mis amigos. No puedo quejarme de Chris, ha estado muy cariñoso y por primera vez lo podemos demostrar en público. No deja de besarme, tocarme o abrazarme siempre que puede. Emiliano está muy callado, casi no ha dicho nada desde que llegó, mientras que Ema y Darla no paran de charlar. Ya le han contado a mi novio (suena bien eso, ¿verdad?) casi todas nuestras anécdotas de la secundaria.

—Me ha dicho Ali que mañana vuelves a casa —le comenta Ema a Chris.

—Lamentablemente, sí —responde él con tristeza.

—Gracias a Dios —dice Emiliano entre dientes.

—¿Qué? —pregunta, Chris, mirando a Emiliano.

—Um... —balbucea, Emiliano desviando la vista hacia mí.

—Que no he oído lo que has dicho, si puedes repetirlo, por favor —dice Chris, colocando los codos sobre la mesa y entrelazando los dedos mientras mira con insistencia a Emiliano.

—Que con la gracia de Dios tendrás un buen viaje. —Emiliano, hace una mueca con los labios en un intento burdo de sonrisa.

—Seguro que así será y espero que muy pronto Ali también regrese. —Chris me abraza, haciendo que me acerque más a él.

—Veremos —Emiliano vuelve a hablar entre dientes.

—¿Qué veremos? —En la voz de Chris empieza a notarse su irritación.

—El espectáculo, va a salir un grupo británico muy bueno —dice Emiliano, señalando el escenario.

—Ay..., que suerte hemos tenido. Me han contado que el grupo es buenísimo —añade Darla, intentando desviar la atención de Chris que, evidentemente, está a punto de darle un puñetazo a Emiliano.

Después de varias copas y de escuchar el repertorio del grupo musical, decidimos dar por terminada la noche, salimos a la vereda y nos despedimos. Darla y Ema le desean buen viaje a Chris y le ofrecen a Emiliano llevarlo a su casa.

—¿Nos vamos? —me pregunta Emiliano.

—No, hoy voy a pasar la noche con Chris. Quiero estar con él todo el tiempo que pueda. —Tomo a Chris del brazo, recostando mi cabeza en él.

—Deja a Ali apagar la velita esta noche —bromea Ema, y Darla le da codazo riendo del mal chiste.

—Nos vemos, amiga, espero que sigas disfrutando de tu día especial. —Darla me da dos besos y un gran abrazo.

—Chau, Ali, hablamos el miércoles para ponernos de acuerdo e ir a recoger a Mila al aeropuerto —dice Ema, abrazándome y depositando un beso en mi mejilla.

—Ok, chicas, y gracias por esta buena noche —respondo a ambas, sacudiendo mi mano para despedirme.

—Está bien, entonces. Buen viaje, Chris. No te preocupes por Ali, queda en buenas manos —dice Emiliano, moviendo levemente la cabeza para luego seguir los pasos de mis amigas, que ya van camino a su coche.

Capítulo 12

Los días en Grecia han pasado muy rápido, pero han sido los más divertidos. Con Mila siempre es así y, aunque la última noche me dejó sola para salir con un alemán que se comunicaba prácticamente con señas, creo que esa noche hablaron el idioma universal, porque llegó muy tarde de madrugada con una gran sonrisa tonta en la cara. Quiso contarme las cosas que hicieron, pero cuando empezó a ser muy gráfica preferí imaginarme el resto del relato a mi manera. Eso sí, es pura mentira lo que dicen de los germanos: no son nada fríos, sino más bien todo lo contrario.

Mañana regresamos a casa y estamos en el apartamento de Emiliano, que sigue un poco distante. Nos conocemos desde la secundaria, siempre fuimos buenos amigos, aunque no del tipo al que contarías tus secretos; pero había cierto grado de confianza. En un punto antes de graduarnos, dejó de venir a casa para estudiar. Ponía excusas estúpidas para que yo fuera a la suya y creí que quería algo conmigo, pero nunca dijo o hizo nada, por lo que dejé de lado esa idea.

Estoy sentada en el balcón, disfrutando del sol valenciano. Mila llega, se sienta a mi lado y coloca sobre la mesita frente a mí un vaso con zumo de naranja recién exprimido. La escucho suspirar y la miro, protegiendo mis ojos del sol con la mano. Tiene un suave bronceado que hace destacar su hermoso cabello negro; aunque su aspecto es angelical, tiene un carácter muy fuerte. Creo que haber perdido a sus padres y tener que hacerse cargo del demonio que tiene como hermano la endureció.

—¿Te conté que Felipe consiguió empleo? —dice como si hubiese leído mis pensamientos sobre él.

—No lo habías mencionado. Es genial, Mila, ojalá empiece a madurar y deje de darte tanto trabajo. —Bebo el zumo que, como todo lo que hace ella, está horrible. Hago una mueca, lamiéndome los labios—. Por Dios, esto es asqueroso.

—No es para tanto —dice y bebe del suyo. Lo vuelve a escupir en el vaso y nos reímos a carcajadas—. Sabes que no debes dejarme cocinar, soy capaz de matar a alguien —añade, riendo todavía.

—¿Dónde trabaja Felipe? —pregunto.

—Me dijo que es una nueva empresa, consultores y asesores en gestión empresarial, no me acuerdo bien del nombre, creo que era Analytica Solutions o algo por estilo. En fin, está muy entusiasmado, admira mucho a su nuevo jefe. Quiero conocer a ese hombre. Soy capaz de besar sus pies, estoy muy agradecida.

—Seguro es un viejo gordinflón sudoroso, no creo que en realidad te animes a besar sus pies —digo, haciendo un gesto de asco—. Felipe es un buen chico y en serio espero que encarrile su vida. Espero que termine sus estudios.

—Vamos por partes, que esté trabajando y vaya al psicólogo es un gran paso. No quiero presionarlo y echar a perder todo lo que ha avanzado —dice con la mirada perdida.

—Tienes razón, es mejor que vaya a su ritmo.

—A veces creo que hice algo mal, no supe guiarlo. Me siento culpable. Lo intento, en serio que lo hago, pero me superó todo. Ni siquiera pude hacer el duelo correctamente. Durante meses tuve que esconderme para llorar; quería mostrarme fuerte para Felipe y en el camino me perdí a mí misma. —Empieza a lagrimear. Me levanto y me acuclillo frente a ella, con las manos sobre sus rodillas. Ella seca sus lágrimas y me mira.

—Mila, eres una gran hermana y persona. Dejaste de lado tu vida para hacerte cargo de tu hermano. Muchas veces, cuando nosotros estábamos de fiesta, tú estabas cuidando de él, yendo a reuniones de colegio o lidiando con responsabilidades que alguien a esa edad no debería haber tenido. —La abrazo, depositando un beso en su mejilla—. Yo te quiero y te admiro; por mucho tiempo fuiste un modelo a seguir para mí, o sea, lo sigues siendo.

—Tú te convertiste en mi familia, Ali, mi confidente y la única que supo entender mi situación, también te quiero. Se dice que la familia no se elige, pero yo tuve el privilegio de hacerlo. Debes saber que voy a defenderte como solo la familia se defiende: a capa y espada. —Me abraza con más fuerza y solloza en voz baja—. Dejemos de lamentarnos; he vivido un gran viaje, conocí España y Grecia, me tiré a un alemán cachondo y bello. Me he perdido muchas cosas en la universidad; pero este viaje logró equilibrarlo, tengo anécdotas y recuerdos que quedarán para siempre en mi memoria. Además, tengo el número de Hans. Me dijo que por trabajo suele viajar a Chicago y que cuando esté por ahí va a llamarme.

Mi móvil suena anunciando la llegada de un mensaje.

—Es de Chris, avisándome que estará en el aeropuerto para recibirnos. Me ha escrito a diario desde que se fue. —Con una sonrisa soñadora respondo rápidamente el mensaje.

—¿McMierda? —pregunta Mila.

—Ya no lo llares así —pido, mirándola a los ojos.

—Está bien, voy a intentarlo; pero ve avisándole de que lo estaré vigilando. Vuelve a hacerte daño y en serio va a conocer a Mila Moraes —dice levantándose.

—Ahora es diferente, en serio que lo es.

—Igualmente, voy a estar atenta.

—Es mejor que vayamos arreglándonos, las chicas van a venir temprano, han preparado algo para despedirnos —le digo, y me pongo de pie.

Estamos terminando de arreglarnos. Ema y Darla han preparado una cena deliciosa para nosotras.

—¡Darla y Ema ya están aquí! —grita Emiliano desde el otro lado de la puerta.

—Salimos enseguida—responde Mila.

—¿Cómo estoy? —pregunto, dando una pequeña vuelta.

—Si no me gustasen tanto los hombres, serías mi tipo —me dice Mila, señalándome con el

pintalabios que estaba aplicándose.

—Gracias. —Hago una reverencia.

La noche fue muy amena. Entre promesas de volver a repetir el encuentro, pero en Chicago, deseos de buen viaje y recordando viejas anécdotas de las épocas del colegio y la universidad, llegó el momento de despedirnos. Debo volver a mi mundo, a mi realidad. No puedo huir de lo que está dentro de mí, aunque tengo que agradecer el privilegio de poder evadir momentáneamente mis problemas. La mayoría de las personas no pueden hacerlo, solo se quedan hasta sentirse agobiadas, pero yo tuve la maravillosa oportunidad de poner distancia para ordenar mis ideas.

Todos se han marchado y Mila se ha ido a dormir, considerando la cantidad de vino que ha bebido. Después de ayudar a Emiliano a juntar y limpiar todo, me sirvo un gran vaso de zumo, pero esta vez preparado por mí, y voy al balcón. El calor del día se ve mitigado por la suave brisa nocturna, cierro los ojos y disfruto de ella.

Mañana a estas horas, estaré en un balcón, pero al otro lado del atlántico, y espero que en compañía de alguien a quien extraño con locura. Apoyada en la barandilla observo las calles desiertas y apenas iluminadas. Mi mente empieza a divagar en todo lo que me espera y lo único que me tranquiliza es que no tendré que tratar con mi madre, que me envió un mensaje muy explícito. En fin, no quiere saber nada de mí.

John es otra historia. Me dijo que no le importa nada; sea lo que sea que haya pasado, él siempre va a apoyarme. Tengo que hablar con mi hermano y Chris me pidió estar presente, alegando que, para bien o para mal, él es parte de todo, que como amigo le debe una explicación y unas disculpas. Otro tema que me preocupa es Susana. Aunque Chris me ha asegurado que no ha vuelto a saber nada de ella, yo no estoy muy segura de que vaya a dejar el asunto tranquilo; fue humillada, abandonada prácticamente en el altar, y eso enojaría a cualquier mujer.

—Ali, si no estás segura y quieres quedarte, sabes que a mí me hace muy feliz que estés aquí —dice Emiliano, poniéndose a mi lado y apoyándose en la barandilla.

—No es eso, agradezco mucho tu ofrecimiento; pero quiero volver. Además, extraño mucho a Chris y a John. —Recuesto mi cabeza en su hombro.

—Yo sé lo que se siente estar enamorado y no poder gritarlo a los cuatro vientos. Aunque, realmente, no logro comprender cómo actuasteis tú y Chris; nunca sentí que hubiese sido un problema que se supiera lo vuestro. Tal vez hubiese incomodado por un tiempo a algunos; pero finalmente habrían terminado aceptándolo. —Besa mi coronilla con cariño.

—Posiblemente, creo que fui un poco inmadura. No supe tomar las decisiones correctas, y no puedo culpar solo a Chris; yo misma dudaba, quería ser una mujer moderna y libre que no necesitara estar sujeta a un hombre para sentirse realizada.

—Creo que muchas veces confundimos algunos conceptos. El amar a alguien y querer estar con esa persona no significa que debemos sacrificar nuestra individualidad. Justamente es todo lo contrario: cuando amas a alguien de esa manera, colaboras para que sea libre e independiente.

—Eso lo he aprendido ahora, por suerte, creo que todavía no es demasiado tarde para subsanar

mis errores.

—No es tarde, muñeca. Espero que McMillin aprecie a la mujer que tiene.

—Hemos puesto las cartas sobre la mesa, decidimos hacer un borrón y cuenta nueva —digo, intentando creer que en serio esta vez va a funcionar.

—Es tu decisión, frente a eso no tengo nada que objetar, solo ten en cuenta que, si hay algún problema, esté donde esté, mi casa es tu casa.

—Lo sé —aseguro y tomo sus manos apretándolas ligeramente. Él me abraza y besa mi mejilla.

He venido buscando respuesta a una pregunta que no estoy segura de haber encontrado. ¿Qué es lo que deseo? Puedo engañarme y pensar que fue la situación con Chris, pero sería injusta poner todo el peso sobre él. Cuando salí de mi casa, para independizarme, lo hice por las razones equivocadas y una de ellas era liberarme del yugo de mi madre. Aunque dejé de compartir espacio físico con Helena, en el fondo no pude cortar la influencia que tenía sobre mí.

El miedo a no cumplir con sus expectativas frenó mis sueños, posponiéndolos. Lo que vine a buscar no depende de mi mamá, de Chris ni de ninguna otra persona. Necesitaba estar sola, por mi cuenta, para encontrarme, comprenderme y aprender a amarme. Aceptar que nadie es perfecto y yo no soy la excepción a la regla.

—Todo estará bien, Ali, vas a ir allí y harás lo que toda la vida quisiste hacer. Por mí, no dejes que nadie te aleje de lo que realmente te haga feliz. No todo en la vida es dinero, como quiere hacerte creer tu mamá. Te voy a contar un secreto: nuestros padres también se equivocan, son simples mortales que muchas veces toman decisiones que, aunque crean que nos están haciendo bien y tengan buenas intenciones, no son correctas y pueden afectarnos de manera negativa.

—Eso lo sé y no culpo a nadie, ahora soy mayor, ya no necesito que nadie maneje mis acciones. Voy a hacer lo que yo crea que es mejor para mí y, si me equivoco, voy a afrontar las consecuencias; pero jamás voy a arrepentirme por no haberlo intentado —digo con entusiasmo—. Oye, ¿cuándo te volviste tan sabio?

—Tardé mucho tiempo; pero me has inspirado y creo que, cuando regrese a Chicago, voy a hacer lo mismo que tú, seguir mis sueños, haciendo caso omiso al qué dirán. Ahora vamos a dormir, que mañana te espera un largo viaje de regreso. —Toma mi mano, guiándome hasta mi dormitorio.

—Voy a estar esperándote y, así como tú me recibiste en tu hogar, sabes que mi casa es tuya. Vas a acompañarnos al aeropuerto mañana, ¿verdad? —digo desde la puerta.

Él se gira y con una sonrisa me responde:—Por supuesto que sí, ahora descansa. Hasta más tarde, Ali.

Entro a la habitación e intento encontrar mi pijama en la oscuridad. Mila duerme profundamente; pero la conozco y se va a quejar si la despierto. Me acuesto y, para sorpresa mía, el sueño llega rápido. Por la mañana, me despierto con una nueva actitud, más positiva y firme. Creo que la charla con Emiliano y Mila ayudó a aumentar mi confianza.

Capítulo 13

El vuelo fue tranquilo. A pesar de haber dormido muy bien la noche anterior, apenas toqué el asiento me dormí. Un par de horas antes de llegar me despierto. Mila ronca. Mi mente empieza a divagar, imaginando los diferentes escenarios que me esperan al llegar. El no tener que ver a mi madre inmediatamente me tranquiliza un poco.

Cuando dan el aviso de que estamos a punto de aterrizar, despierto a Mila para que se ponga el cinturón de seguridad.

—Al fin en casa —dice mi amiga.

—Ha pasado tanto tiempo, que ya no sé si pertenezco a este lugar —digo en voz baja.

—¿Qué? Claro que sí, ay..., Ali, a veces no te entiendo. Yo creo que si amas a alguien, perteneces al lugar donde ese alguien se encuentre.

—No siempre es así —respondo, negando con la cabeza.

Mi corazón late tan rápido que me falta el aire, empiezo a respirar con dificultad y, aunque intento disimularlo, mi amiga se da cuenta. Abro y cierro los puños. Es como si la sangre no llegase hasta ahí, siento un cosquilleo doloroso.

—Inspira por la nariz, expira por la boca, venga, Ali, tú puedes. De nuevo, más lento, inspira, expira...

—No te preocupes. —Inspiro y expiro—. Dios, parece que voy a dar a luz —digo y empiezo a reír.

—Ali, es que estás sufriendo algún tipo de ataque de pánico. ¡Azafata! —grita, Mila—. ¿Puedes darnos una bolsa para que mi amiga vomite?

Yo la miro enojada.

—No es necesario, ya me siento mejor. Gracias, señorita, y disculpe a mi amiga —le digo rápidamente a la azafata.

Una que vez pasamos todos los controles, salimos del área restringida y ahí está él. Creo que eso me calma un poco. Mila me mira, tuerce un poco la boca y levanta una ceja. Sé que ella no termina de confiar en Chris y no la culpo.

—Por favor —digo antes que ella hable.

—Yo me voy en taxi —remata, antes que pueda agregar algo más—. Tengo los ojos puestos en ti, McMierda —añade y choca su hombro al pasar a su lado.

—Hola a ti también —dice Chris—. Te llevamos —añade casi gritado.

—No —dice Mila, siguiendo su camino sin siquiera girarse para mirarlo.

—Uff..., pobre del hombre que esté con ella y ose siquiera mirar en la dirección equivocada.

No quiero estar cerca si eso sucede. —Me muestra su brazo—. Mira, se me pone la piel de gallina.

—Definitivamente no tendrá piedad —digo—. Es mejor que vayas con cuidado conmigo, no querrás que te la envíe si me fallas.

—Eso suena a amenaza.

—Tómalo como una advertencia.

—¿Qué tal el vuelo? —pregunta y se acerca a mí, colocando sus manos en mi cintura.

—Tranquilo, sin quejas —respondo. Mi cuerpo automáticamente responde a su toque.

—Mmm..., eso está bien. Te he echado de menos, Ali —dice y me pega más a su cuerpo, depositando un beso en mi cuello—. Vamos a casa, que te quiero dar la bienvenida —añade.

—Quiero ser bienvenida —susurro en su oído.

—Y será muy cálida. Te he extrañado demasiado, no vuelvas a dejarme tanto tiempo.

—Ahora mismo eso depende de ti.

—Mejor salgamos de aquí, antes de dar un espectáculo.

Ya en mi apartamento, observo todo desde la puerta. Una fina capa de polvo cubre los diferentes muebles. Había dejado a cargo de Mila que pasara de vez en cuando a airear un poco y mantenerlo medianamente limpio; pero como ella también ha viajado el apartamento había quedado prácticamente abandonado. El olor a cerrado inunda el lugar. Entro sin mirar si Chris me sigue y empiezo a abrir las ventanas para que entre un poco de aire fresco.

—Voy a llevar tu equipaje al dormitorio —me dice cuando estoy abriendo las puertas que llevan al balcón.

—Está bien, muchas gracias —respondo todavía de espaldas.

Salgo al balcón y respiro profundo. Tengo que admitir que en el fondo siento algo raro, el regresar después de tanto tiempo me hace sentir un no sé qué difícil de explicar. Camino hasta la barandilla y me recuesto sobre ella. Observo el paisaje en silencio y siento que Chris me abraza desde atrás, colocando su mentón en mi hombro derecho.

—Voy a pedir algo para cenar. Tu nevera está vacía y, lo que es peor, huele mal. Mañana hay que limpiarlo todo. ¿Puedo quedarme a dormir? Así te ayudo temprano con la limpieza —dice y besa mi mejilla con cariño.

—Nos convendría contratar a alguien. Todo está muy abandonado —sugiero.

—Eso lo resuelvo en un minuto. Hay una señora de confianza en la oficina, voy a pedirle que venga o, en su defecto, que nos recomiende a alguien. —Besa mi cuello suavemente—. ¿Ya te dije que te he echado de menos?

—Mmm..., no lo suficiente, ¿puedes repetirlo? —Recuesto mi cabeza en su pecho y coloco

mis manos sobre las tuyas, que reposan en mi vientre.

—Todas las veces que hagan falta. Te he echado de menos a horroses. Estaba a punto de ir junto a ti, si tardabas un poco más. Ni siquiera el posible ataque de Fiona iba a detenerme —dice y siento que sonrío.

—¿Fiona? —pregunto, girando un poco la cabeza para mirarlo.

—Mila —dice—. Si ella me llama «McMierda», yo también voy a ponerle un apodo y qué mejor que el de una ogra.

—Por Dios, mira que sois infantiles. Bueno, de ella me lo espero, tiene su carácter; ¿pero de ti, Chris? Ya eres lo bastante mayorcito para entrar en su juego, ¿no te parece?

—Cosecharás tu siembra —añade.

—Mejor no hablemos de eso. Todavía estoy esperando mi bienvenida, ya que por ahora no puedo hacer nada productivo, podemos hacer algo reproductivo —le digo.

—Bueno... —dice y se queda congelado.

—Estoy bromeando, no lo tomes tan literal —digo riendo.

—No me malinterpretes, o sea, en algún momento tengo que pensar en eso de la reproducción; pero creo que es un poco rápido; acabamos de empezar de nuevo la relación y... —Lo hago callar con un beso.

—Te entiendo, yo tampoco estoy preparada para eso. Ya te lo he dicho, solo bromeaba. Mejor no sigas, que vamos a terminar mal. —Le doy otro beso que se prologa mucho más.

—Voy a pedir algo para comer, mientras tanto ¿por qué no te das una ducha? —dice, cortando el beso.

—¿Me estás insinuando algo, señor McMillin? —Lo miro con los ojos entrecerrados.

—Para nada, solo he pensado que querrías ponerte cómoda después de tantas horas de viaje. Estás combativa hoy —me dice acariciando mi rostro.

—Tienes razón, voy a ducharme y ponerme algo más suelto.

—¿Qué quieres comer? —pregunta, antes de que entre a mi dormitorio.

—¡Una gran hamburguesa con patatas fritas y refresco, por favor! ¡Es algo que he echado de menos con locura! —grito.

—Sus deseos son órdenes —responde y empieza a marcar en su teléfono.

Tardé un poco en el baño. La verdad es que me hizo bien el agua, aunque creo que me relajé un poco de más. Salí cuando el agua empezó a salir fría. Me vestí con una camiseta holgada y un bóxer, nada sensual; pero, bueno, primero está la comodidad.

Salgo al salón y no veo a Chris. Escucho ruidos en la cocina, voy a mirar y lo veo ajetreado,

colocando las hamburguesas en unos platos y sirviendo la bebida. Al percatarse de que lo estoy observando me habla sin dejar de atender lo que hace.

—Sacudí y barrí un poco el salón. Ve a esperarme que ya llevo todo.

Sin responderle voy y enciendo el equipo. Pongo «Patience», de Guns N'Roses, uno de mis grupos preferidos. Chris llega y deja todo sobre la mesita. Extiende su mano y yo la tomo sonriendo.

Me estira suavemente y empezamos a bailar lentamente, me pega a él todo lo humanamente posible, yo coloco la cabeza sobre su pecho y rodeo su cuello con mis brazos, él rodea mi cintura con las suyas, la música cambia; pero nosotros seguimos moviéndonos.

—Ali, el sábado es la fiesta de fin de año de la empresa; pero hay algo que quiero hacer contigo antes de ir ahí. Bueno, eso si haces el honor de acompañarme. —Frena el movimiento y toma mi rostro entre sus manos, logrando que lo mire directo a los ojos—. Todos están ansiosos por conocerte, les he hablado tanto de ti que creo que los aburrí; pero, eso sí, desean conocerte.

—Claro que voy a ir, eso ni lo dudes. —Me pongo de puntillas y beso su mejilla—. Mejor comamos antes de que se enfríe.

—Gracias —dice y besa el dorso de mis manos.

—Me gusta —digo, antes de morder la hamburguesa.

—Que bien, es un nuevo local... —Sacudo la cabeza, negando antes que termine de hablar.

—No es eso lo que me gusta, es cómo eres ahora. Así todo amable y romántico, me estás malacostumbrando. —Él me mira y veo un poco de melancolía en sus ojos.

—Tendría que haber sido siempre así. Jamás voy a perdonarme, fui un completo idiota. —Deja su comida y me abraza por la cintura.

—Los dos lo fuimos, pero dijimos que dejaríamos eso en el pasado. Ahora come, que te hará falta —digo sonriendo.

—Eso me gusta. Por suerte avisé en la oficina que no me esperen en un par de días. Le escribí a la señora que te dije y puede venir mañana por la tarde. Me pareció bien, porque no pienso que dejes la cama antes del mediodía.

Y fue justamente lo que pasó. Después de cenar no tardamos en perdernos el uno en el otro, intentando recuperar el tiempo que estuvimos alejados, cada beso, caricia y palabra va directo a mi corazón.

Toda duda que tuve al llegar fue desplazada muy lejos. Siento que al fin estoy en casa, esa sensación que te hace sentir completa y amada. Nos quedamos dormidos entrada la madrugada, enredados y felices. Por la mañana voy a empezar de nuevo, con más fuerza, segura del siguiente paso.

Al despertar, él no está en la cama. Miro el reloj y son más de las doce; el jet lag me ha

afectado considerablemente, es muy difícil que duerma hasta tan tarde, aunque creo que algo más me afectó para sentir tanto cansancio. El solo acordarme de todo lo que hicimos hace que sonrío como una tonta.

Escucho ruidos amortiguados de gente conversando y muebles que se mueven. Me levanto y visto decentemente. En el salón, veo a una jovencita sacudiendo los muebles y una señora mayor limpiando los vidrios. Conversan alegremente mientras trabajan.

—Buenos días —saludo. Ambas se giran y se asustan cuando me ven.

—Señorita, mil disculpas si la hemos despertado. El señor Chris nos hizo pasar y nos dijo que podíamos empezar a limpiar —habla la mujer mayor, que camina hacia a mí y se seca las manos con su delantal—. Soy Estela y ella es Nohemí, mi sobrina. Trabajamos en las oficinas de McMillin.

—Ali —digo sosteniendo su mano—. No se preocupe, ya estaba despierta. Veo que pudieron encontrar todos lo que necesitan.

—Faltan algunos productos; pero el señor fue por ellos y por algo de comer. Me pidió que le avisara si se despertaba antes de que él regresara —añade con amabilidad.

—Gracias, voy a preparar café, ¿les apetece? —pregunto. Ellas se miran y sonríen.

—No se preocupe señorita, nosotros ya hemos desayunado; pero muchas gracias. Vamos a continuar, que hay mucho por hacer. Con su permiso —dice Estela.

—Sí, por favor, adelante —respondo. Me preparo un café bien cargado como me gusta y me siento en unas de las butacas del desayunador a revisar mis mensajes y correo electrónico.

Respondo a Mila y a Emiliano. El tan temido mensaje llega un segundo después; si había creído que Helena iba a estar desaparecida por un tiempo, me equivoqué abismalmente. Ni siquiera lo abro, no quiero que me arruine el día. El timbre suena y Estela me dice desde la puerta de la cocina que va a atender.

—Señorita, una mujer muy ofuscada la busca —me dice Estela, con cara de espanto.

Capítulo 14

Voy a la sala y sentada en el sillón, de espaldas a mí, veo a una mujer de pelo rubio y brillante, el cual lo lleva elegantemente recogido en un moño bajo. Observa todo detenidamente y pasa un dedo por el respaldo del sillón. Me acerco, temerosa de lo que pueda encontrar.

—Buenos días —digo.

—Lo serán para ti —responde.

—¿Disculpe? —pregunto.

—En realidad no lo entiendo, ¿qué es lo que ha visto mi hijo en ti? —Me mira de arriba abajo.

—¿Cómo dice? No la estoy entendiendo —añado.

—Que no puedo entender a Chris, aparte de flacucha eres sorda. Él puede hacerlo mejor; pero decide vivir con una hippie irrespetuosa. —Sacude la mano como espantando algo—. Eso ya no importa. Ahora, ¿qué quieres? Solo pídelo y te lo voy a dar, lo que sea. —La observo con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas.

—Lo siento, no la conozco y no entiendo lo que está diciéndome.

—También eres tonta. Durante mucho tiempo he dejado que Chris jugara al emprendedor; pero es momento de que sienta cabeza. Su padre le ha dejado en herencia una gran responsabilidad, y he venido para que se haga cargo. —Me mira fijamente, haciéndome temblar. Ni siquiera mi madre tiene ese poder.

La puerta de entrada se abre (gracias a Dios, es Chris), deja las bolsas de las compras y se acerca con rapidez.

—Hola, mamá —dice y se agacha para besar sus mejillas.

—¿No te parece una bienvenida un poco fría, después de tanto tiempo? —Se para agarrando su bolso.

—Me has sorprendido. No te esperaba y menos aquí. ¿Cómo me has encontrado? —pregunta.

—Una madre siempre sabe dónde y con quién están sus hijos. Voy a quedarme una temporada en Chicago. Hoy tenemos una cena, va a ir gente muy importante y necesito que vengas.

—Permiso —digo—. Os dejo conversar, seguro que tenéis mucho de lo que hablar.

—Espera —dice él tomando mi mano—. Ella es Ali, mi novia, pero veo que ya os conocéis.

—Algo así —responde su mamá, restándome importancia y mirándome desdeñosamente.

—Ha sido un placer conocerla. —Le paso la mano y ella la toma apretando con mucha fuerza—. Os dejo solos para que os pongáis al día —añado.

—El placer ha sido solo tuyo —dice ella, la miro y luego me giro para dirigirme a la

habitación.

Lo único que quiero es alejarme de esa mujer. Es evidente que no le agrado; ahora entiendo por qué Chris no habla de ella. Creo que nos llevamos el premio gordo de la lotería con las mamás intensas que nos han tocado. No quiero ni pensar en lo que ha querido decirme con eso de «pide lo que quieras». Me voy a la habitación, me siento en la cama y repaso una y mil veces todo. ¿Acaso me ha ofrecido dinero a cambio de dejar a su hijo?

Ella no me conoce, yo jamás aceptaría algo así. Ahora estoy más intrigada por saber sobre su familia. ¿Por qué, con una madre que aparenta adinerada, ha pasado tantas necesidades? ¿Hace cuánto no habla ni ve a su gente? Me estoy dando cuenta de que no sé nada de él, ¿qué más esconde? ¡Por Dios! Lo único que falta es que aparezca Helena, ahí se van a juntar el hambre con las ganas de comer. Hablando del diablo, me he dejado el teléfono en la cocina. Me levanto y voy a buscarlo, pero me quedo muy quieta en el pasillo cuando escucho su conversación.

—Hijo, por favor, recapacita. Tu padre ha muerto y yo no puedo sola con todo. Por lo menos piénsalo con tranquilidad; tu hermano necesita ayuda.

—Hace muchos años tomé una decisión, no voy a cambiar de parecer. Mi padre nunca aprobaría que yo participara en sus negocios.

—Eso es pasado, él ya no está. Ahora soy yo la que te pide que vuelvas. ¿Acaso es tan importante esa mujer? Ya la investigué, es un tiro al aire, ni su familia la quiere.

—No te permito que hables así de ella, es la persona que he elegido y no voy a dejarla, por nada del mundo. Mi vida está aquí, ahora este es mi hogar.

—No apruebo esa relación, esa...

—Te lo advierto, Grace, ten mucho cuidado con lo que vas a decir. Además, soy mayor para necesitar que apruebes o no mis relaciones.

—Como te dije: Voy a quedarme una temporada, voy a convencerte o a ella... Todo el mundo tiene un precio. Me voy, ya veo que no irás a la cena esta noche; pero habrá otras.

—Eso no va a suceder. Si quieres podemos arreglar las cosas porque somos familia; pero no cuentas conmigo para trabajar en la empresa, tengo mis propios negocios. A lo sumo puedo ser un asesor externo, claro, si contratáis los servicios de mi empresa.

—Ya veremos, ya veremos. Hasta luego, querido. —Escucho el sonido de sus tacones contra el suelo y la puerta cerrarse.

Al entrar al salón veo a Chris levantando las bolsas con las compras. Cuando me ve sonrío. Yo voy a la cocina a buscar mi teléfono; necesito hablar con mi amiga de manera urgente. Él habla con Estela, que está en el balcón, y luego viene a la cocina.

—Estela se ha ofrecido a preparar la cena. Es una cocinera excelente, ya probé sus platos — dice mientras guarda las cosas en la nevera y el armario—. Si te parece, ella puede venir dos o tres veces por semana a hacer la limpieza y cocinar para la semana.

—Sí, sería genial —respondo mientras le escribo a mi amiga—. Sé que es un tema del que no quieres hablar; pero ella ha venido a mi casa, creo que merezco saber algunas cosas —añado.

—Es verdad, pero puede ser en otro momento, por favor. —Se acerca y me abraza.

—He escuchado lo último que te ha dicho. —Lo miro.

—Que eso no te moleste, ella es así, siempre lo ha sido. Creí que después de tanto tiempo y, con la muerte de mi padre, tal vez, hubiese cambiado.

—Tuvimos buena suerte, pedazo de madres nos han tocado.

—Eso es verdad, ahora solo falta que llegue Helena, y cantamos bingo.

—Pero la familia es la familia, Chris, no podemos evitar que estén presentes en nuestras vidas. —Acaricio su rostro.

—Ahora hablas como El Padrino —me dice sonriendo de lado.

—Recuerda que tengo sangre italiana y, si te portas mal, puedo hacer que parezca un accidente —bromeo.

—Eres hija de Helena, eso es suficiente para que me porte bien. —Besa mi cuello.

—Me voy a duchar, ¿me acompañas? —le pregunto con un gesto pícaro.

—Por supuesto que sí, aunque, hay gente y creo que tú eres un poco ruidosa —me responde.

—¿Qué estás diciendo, Chris? Yo no soy ruidosa.

—Creo que no te das cuenta; pero no te enojés, a mí me gustan los ruidos que haces, y mucho. —Baja sus manos suavemente por mi espalda—. Vamos —dice y me nalguea con suavidad.

En el cuarto de baño él sujeta mi rostro entre sus manos y no deja de mirarme. Con suavidad empieza a quitarme la camiseta; levanto mis brazos y él termina de quitarla. Luego hace lo mismo con el resto de mi ropa hasta que quedo completamente desnuda frente a él.

Hago lo mismo que él; deslizo mis manos por bajo de su camiseta acariciando suavemente su vientre. Él se la quita, nos miramos a los ojos y, sin apartar nuestras miradas, desabotono su pantalón y lo deslizo por sus caderas, rozando su piel con mis dedos. Entramos bajo la ducha, nos abrazamos y nos besamos dulcemente.

—Eres fascinante —me dice al oído, luego besa mi mejilla. Sus labios bajan suavemente hasta mis labios.

—Te amo —digo contra sus labios.

Él permanece inmóvil mientras recorro su cuello bajando hasta sus hombros y su pecho. Recorro con mis manos sus hombros y antebrazos, mientras él acaricia mi espalda y aprieta mi cuerpo arrinconándome contra los azulejos. Puedo sentir su miembro duro contra mi vientre. Me quedo muy quieta cuando empieza a besar mis senos de manera dulce, muy lento. Coloco mis manos sobre sus hombros para no caer y acerco más mis senos a su boca. Siento su tibia lengua

sobre mi pezón. «Dios, esto es lo máximo, me gusta tanto». Él me mira desde abajo sonriendo con placer. Se incorpora y me levanta haciendo que lo rodee con mis piernas.

—He extrañado tanto estar así contigo —dice mientras se hunde lentamente en mí—. No vuelvas a dejarme —añade, besándome y retirándose lentamente—. Te amo, Ali. —Vuelve a penetrarme, mi cuerpo se tensa y él se hunde más profundamente. Ciño con más fuerza mis piernas a su cintura y rodeo su cuello con mis brazos, él cierra sus manos sobre mi trasero apretándolo con firmeza.

—Yo también extrañaba todo esto —jadeo contra su cuello y nos movemos con más rapidez. Cuando estamos a punto, nuestra respiración suena entrecortada, nuestros corazones laten rápidamente y con un suspiro, juntos llegamos al éxtasis. Nos abrazamos dejando que el agua caiga sobre nosotros, nos quedamos así, muy quietos unos largos minutos, hasta tranquilizarnos. Luego terminamos de ducharnos.

Y la guinda del pastel que faltaba, llegó. Rubia, altiva, engreída y molesta. Sentada en el balcón haciéndose atender por Estela. «Pobre mujer, seguro piensa que en mi casa se hace casting para el día de brujas, con los especímenes que se han presentado hoy». Suspiro lentamente y voy a saludarla.

—Madre —digo cuando estoy frente a ella.

—Ali, niña, ¿es que no piensas atender a tu madre? Tu padre también quiere verte —dice mientras se pone de pie, me abraza y deposita dos besos en mis mejillas.

—Estaba poniendo mis cosas en orden, mañana iba ir a visitaros —miento.

—Señora Helena —dice Chris, apareciendo de repente.

—¿Acaso John está enterado de esto? —dice señalándonos a los dos.

—No, pero tenemos pensado hablar con él —responde Chris con tranquilidad.

—¿En serio, Ali, para esto invertimos tanto en ti? Vas a desperdiciar tu vida al lado de alguien que no te aprecia ni respeta. Esperaba más de ti, mucho más, Alice —dice mirándome.

—Helena... —interviene Chris.

—No te estoy hablando a ti, Chris, no me interesa saber nada de lo que tengas que decir. Pensáis que soy estúpida, pero hace tiempo que sé de la relación que lleváis. Esperaba que fuera solo un berrinche de niña mimada, Ali; pero has dejado que este poco hombre juegue contigo —arremete—. Te crie para ser fuerte e independiente.

—Por favor —digo—, ¿te estás escuchando? Hasta el último día has estado buscándome un marido que cumpliera con tus requisitos de calidad y vienes a hablarme de que me criaste para ser independiente. Me das risa —añado con rabia—. Es mi vida, soy una mujer adulta y puedo hacer lo que quiero.

—He venido a intentar arreglar las cosas entre nosotras; pero veo que sigues con la idea de arruinar tu vida. Mi palabra sigue en pie, no verás un dólar de nosotros. Cuando este... —resopla

— sinvergüenza vuelva a abandonarte no vengas a buscarme —espeto casi gritando. Agarra su cartera con rabia y pasa junto a Chris casi chocándolo—. Adiós —dice sin mirarnos.

—Tu madre camina de manera graciosa —dice Chris mirándola mientras se aleja—. Pasitos cortos y rápidos, se parece a la pata Daisy.

—¡Chris! —lo reprendo.

—No te enojés, solo quería mejorar el ambiente —me dice—. Ya verás que todo se arregla. Cuando se den cuenta de que lo nuestro es serio, que de verdad nos amamos, no van a tener otra opción más que aceptar. —Me abraza y me besa en los labios.

—Ojalá que así sea. —Recuesto mi cabeza en su hombro—. ¿Vas a ir a la cena con tu mamá? —pregunto.

—Por supuesto que no, ya hemos tenido bastante por hoy de ellas. En cambio, he invitado a Mila a cenar. —Acaricia mi cabeza.

—¿En serio? He estado hablando con ella y no me dijo nada —digo.

—Antes de hacer frente al Dementor, hablé con ella.

—¿Y te dijo que sí? —pregunto.

—Así es, tengo mis encantos —dice depositando un beso en mi coronilla—. Ahora ve a prepararte que ya está a punto de llegar.

—Si nos disculpan, nosotras ya nos retiramos —dice Estela—. Espero que tengan una buena cena. Todo está preparado; he dejado la carne asada en el horno y la ensalada en la nevera. La mesa está puesta también.

—Muchas gracias, Estela —digo acercándome a ella y le doy un abrazo—. Aprecio la ayuda que me han dado hoy. Las espero pasado mañana.

—Hasta el miércoles, señorita —dice su sobrina con una sonrisa amable.

¿Qué sucederá de ahora en adelante? No sé. ¿Las presiones de nuestras familias lograrán su cometido? Es incierto. ¿John entenderá y apoyará nuestra relación? Espero que sí. De ahora en adelante todo depende de nuestra fortaleza y de nuestra capacidad de unirnos para defender lo que tenemos. Por separado no podremos salir adelante.

Capítulo 15

Estoy sentada frente al espejo del tocador poniéndome un poco de maquillaje. Por el reflejo veo que él se acerca, con una toalla atada de la cintura para abajo. Me abraza desde atrás, posa sus labios en mi cuello y aspira mi perfume.

—No sabes lo mucho que me gusta tu aroma, me dan ganas de lanzarte a la cama y quitarte toda la ropa —dice casi susurrando.

—Hazlo —digo, retándolo con la mirada.

—No podemos. John acaba de hablar conmigo y le he dicho que venga. Creo que es el momento de hablar con él, antes de que tu madre le dé su versión un poco distorsionada de los hechos —dice besando mi mejilla y yéndose al vestidor. Yo lo sigo.

—¿Por qué no me has preguntado antes? —indago desde la puerta del vestidor. Él se coloca el bóxer y se gira hacia mí.

—Estabas ocupada. Además, no vi un problema en eso. —Se acerca a mí y me toma de las mejillas haciendo que lo mire a los ojos—. Si no quieres decirle nada hoy, no importa, puedo esperar; pero creo que alargar este tema solo empeorará las cosas.

—No es eso, solo que quería prepararme espiritual y mentalmente. John suele ser muy tranquilo; pero si algo lo molesta puede sacar lo peor de él —menciono con tranquilidad, aunque en mi interior sienta que se desata una tormenta de emociones e inseguridad.

—Cambia esa cara, me haces pensar que no quieres que lo nuestro se sepa. Yo estoy desesperado por abrazarte y besarte cada vez que tengo ganas, como ahora, por ejemplo. Ya no voy a poder seguir actuando frente a los demás.

—Siento lo mismo, pero pensaba que tal vez tendría esta semana para prepararme y hablar con mi hermano.

—Te lo dije en España y te lo repito ahora: haremos todo como tú quieras. —Me estrecha con fuerza.

—Está bien, mejor hagámoslo de una buena vez. Si estás a mi lado, será más fácil —le digo acomodándome en sus brazos.

—Siempre voy a estar a tu lado; nunca, pero jamás, ni en los peores momentos, dudes de eso.

Igualmente estoy nerviosa. Conozco a mi hermano, sé que no le gusta que la gente lo engañe. Mucho menos las personas en quien confía. Termino de arreglarme y voy a la cocina, pongo el horno en mínimo para recalentar la carne y me ocupo de que en la mesa haya un sitio más. El timbre suena y mi corazón da un vuelco. Las manos me sudan, hasta me tiemblan un poco: es que no quisiera perder al único familiar que sigue a mi lado.

—¡Yo abro! —grita Chris pasando raudamente frente a la puerta de la cocina.

—¡Hermano! —Escucho a John.

—Adelante, te estábamos esperando —responde Chris. Yo todavía no me animo a salir de la cocina.

—¿Y Ali? —pregunta John.

—Ya viene, está organizando algo en la cocina —responde Chris.

—He oído solo cosas buenas de tu nueva empresa, Royer es un gran profesional. Estuve conversando con mi padre y pensamos contrataros para realizar la auditoría externa anual. ¿Tenéis un hueco en la agenda?

—Para vosotros, siempre, y si no hay hueco voy a inventarlo. Es más, yo mismo me encargaré de atenderos.

Entro a la sala y John se levanta del sillón.

—Hermanita, te he echado de menos. Mira lo guapa que estás. —Me abraza un largo rato, meciéndonos.

—Yo también te he echado de menos, no sabes cuánto. —Me aferro a cintura colocando mi rostro en su pecho.

—Me alegra tanto que hayas vuelto. Desde que te fuiste he sido el nuevo blanco de Helena para la búsqueda pareja. Me tiene hasta las pelotas con que quiere casarme con cuanta mujer ella cree que es la correcta —dice sonriendo con el ceño fruncido.

—Bueno..., conmigo creo que ya se ha rendido, es más, me ha desheredado.

John me toma de la mano guiándome al sillón.

—Pero, cuéntame, ¿cómo está Emiliano? Me dijo Chris que queríais hablar conmigo, solo por eso he cambiado mi noche de ver series en el sillón por venir a cenar con vosotros —dice sin dejar de acariciarme la mano.

—Emiliano está muy bien, vendrá para las fiestas, creo que para quedarse. Y, sí, tenemos que hablar contigo de algo muy importante —digo y miro a Chris, quien no ha soltado bocado desde que aparecí.

—John —empieza Chris—. Te lo voy a decir así directamente sin vueltas, espero que podamos contar con tu bendición. Ali y yo estamos juntos, hace un tiempo que tenemos una relación; pero hasta ahora no nos animábamos a formalizar.

John levanta las cejas y me mira, luego a él, un poco perplejo.

—Siempre noté algo entre vosotros; pero me sorprende —dice, un poco confundido.

—¿Pero, no estás enojado? —pregunto.

—Ali, no soy el indicado para juzgar a nadie. No os lo niego, me molesta un poco que me lo hayáis escondido, porque creo que nunca os he dado motivos para que penséis que no os comprendería. Es verdad, tratándose de mi mejor amigo y mi hermana, sería un poco incómodo si

vuestra relación termina; pero si es lo que sentís, ¿qué os puedo decir yo? —Me abraza.

—No sabes el peso que me quitas de encima. Estaba preocupada porque no lo aceptarás. Es que había escuchado cómo le decías a Chris una vez que las hermanas de los amigos tienen barba, que no se le ocurriera mirarme como mujer y bueno, creía que no...

—Eso fue hace mucho tiempo, éramos jóvenes. La gente crece, madura y cambian las perspectivas de las cosas. Ya no te preocupes por eso, estoy feliz, sé que Chris es un buen hombre. En realidad es alguien a quien querrías como cuñado —dice y mira hacia él—. Solo debo decirte una cosa, amigo, si tengo que elegir, mi hermana está primero. Ni por un segundo dudaría en darte un buen golpe si la haces sufrir.

—De eso ni hablar, no pretendo hacerle daño; la amo. Más que a nada en esta vida. Es más, ella es mi vida —dice Chris mirándome con ternura.

—Lo que hace el amor, te has vuelto cursi y empalagoso. ¿Vamos a cenar? —dice lo último mirando la mesa.

—Esperamos a Mila—digo y me levanto para ir a la cocina; casi me olvido de que he puesto a calentar la carne. Espero no haberla echado a perder.

En estos momentos me siento tan feliz; creo que todo está mejorando. Se nota en mi rostro, no puedo dejar de sonreír como una tonta. Mila llega y me ayuda a llevar la comida a la mesa. Mientras cenamos no para de hablar sobre Grecia y España, de lo guapo que es Emiliano y lo buen anfitrión que fue. Noto a John muy interesado en todo lo que ella cuenta, hasta le hace preguntas. Transcurrido un buen tiempo, otra confesión regada por un poco de vino y la buena acogida de la primera se hace presente.

—Mila—dice Chris—, Felipe está trabajando para mí, desde hace varios meses. Puedo decirte que es uno de mis empleados más entusiastas, aprende rápido y es puntilloso en su trabajo. Además, es sumamente responsable. Estoy muy orgulloso de todo lo que ha logrado.

—¿Cómo dices? —pregunta Mila. Yo me atraganto y John empieza a golpear mi espalda desesperado. No tardo en empezar a reír.

—Felipe trabaja en mi empresa —repite Chris, pero ahora con un poco más de cuidado.

—No sé qué decir —balbucea Mila.

—No hace falta decir nada, solo quería que lo supieras. Ali y yo queremos empezar de nuevo y no queremos más secretos ni malentendidos. El sábado es la fiesta de fin de año de la empresa y estáis todos invitados. Espero contar con tu presencia, es muy importante que estés. —Chris toma mi mano, aparentemente buscando mi apoyo. En mi cabeza ronda lo que había dicho Mila de que sería capaz de besar los pies del hombre que contrató a su hermano.

—Por supuesto que Mila estará el sábado, ¿verdad? —agrego eso último, dirigiéndome a mi amiga que solo mueve la cabeza asintiendo.

—Deja de mirarme así, antes muerta que hacer lo que te dije —expresa con enojo, como adivinando mis pensamientos.

—Yo no he dicho nada —agrego con sorna.

—Pero lo has pensado —dice señalándome con el cuchillo.

—No sé de qué habláis, pero tengo que admitir que siempre me habéis dado un poco de miedo vosotras dos. Cuando os unís es para hacer alguna tontería —dice John—. Las veces que le habéis puesto los pelos de punta a Helena. Acepto que me hacíais feliz; pero la tormenta que desatabais hasta al pobre de mi padre alcanzaba.

El sábado llega rápidamente. Chris no ha dejado de pasar una sola noche en mi apartamento; pero hoy ha desaparecido. A las cuatro de la tarde recibo un mensaje suyo. Me pide que esté preparada para las siete de la tarde. Que enviará un chófer a por mí. No estoy acostumbrada a este tipo de trato y, aunque intento sentirme tranquila, un mal presentimiento invade mis pensamientos. No entiendo por qué siempre espero lo peor. Tengo que aprender a aceptar que puedo vivir feliz y en paz, aunque es difícil cuando tienes a dos mujeres del talante de mi madre y la de Chris en tu contra. Pero no debo dejar que influyan en mi vida, como dice Mila: fuera los malos rollos, ¡hoy será un día genial!

Entre divagaciones, pensamientos positivos y negativos, la mañana pasa muy rápido. Entro al vestidor a buscar algo acorde a la ocasión. Tendría que haber ido de compras, pero no puedo darme ese lujo en este momento, por lo que me resigno a ponerme algún vestido viejo. Entre los costosos regalos de mi madre debe haber algo que usar. Una vez que tengo todo: vestido, zapatos y accesorios, entro al baño. Hoy voy a darme un largo baño en la bañera. Me arreglaré yo misma, pero eso no quita que intente estar a la altura de las circunstancias. Chris se merece que esté impecable delante de su socio, empleados y proveedores. Por la forma en la que está organizando la fiesta personalmente, me imagino que es una noche muy importante.

Cuando la piel de mis manos y pies está arrugada por el tiempo que llevo en el agua, mi móvil empieza sonar de manera insistente. Con esfuerzo e intentando no resbalar, salgo de la bañera. Me pongo un albornoz y voy a atender. Es Mila. Me cuenta que ha hablado con Felipe y con alegría me dice que Hans está en la ciudad. Me pide que le pregunte a Chris si puede llevarlo de acompañante. Sé que él no dirá nada si ella se presenta con compañía, pero debido a la insistencia de mi amiga termino por ceder y le digo que hablaré con Chris. Una muy alegre Mila corta la llamada, no sin antes repetirme por enésima vez que nos veremos más tarde.

Apenas termino la llamada y el timbre empieza a sonar. Miro la hora en el móvil. «Mierda, si sigo así no estaré lista a tiempo» pienso. El timbre vuelve a sonar. Entreabro la puerta con miedo; lo único que me falta es que sea Helena o, peor aún, que sea Grace. A través de la abertura puedo ver a una hermosa mujer, de cabello negro largo hasta los hombros, perfectamente arreglado, los labios pintados de un rojo furioso y las pestañas largas. Con recelo abro la puerta «¿Quién será esta?».

—¿Alice? —pregunta ella.

—Sí, soy Ali... —Seco mis manos en el albornoz—. Alice —pronuncio por completo mi nombre.

—Estoy aquí por Chris, soy Sofía. —Sonríe de lado.

La mujer llama totalmente mi atención, incluso antes de seguir escuchando lo que dice. Es poseedora de una belleza rara vez vista. Eso me hace sentir mal, yo liada en un viejo albornoz. Me siento pequeña y fea.

—No hay tiempo que perder, ¿puedo pasar? —pregunta repiqueteando el suelo con su hermoso tacón alto del mismo color que sus labios. Intenta empujar la puerta, pero la estoy aferrando con tanta fuerza que le resulta imposible.

—Voy a vestirme, si me esperas unos segundos —digo cerrando la puerta y apoyando mi espalda contra ella.

Lo único que me faltaba, ahora sí que no voy a estar lista a tiempo.

Capítulo 16

Vuelvo a la puerta con la esperanza de que la mujer se haya ofendido e ido. Acerco el ojo a la mirilla y ahí está, con expresión de hastío.

—Disculpa —digo al abrir la puerta—, adelante —agrego dubitativa. No sé si quiero escuchar lo que viene a decirme.

—No cierres la puerta, hay más personas subiendo —dice—. A ver, tienes una buena cabellera; un poco descuidada, pero la mejoraremos. No tenemos mucho tiempo. Tu piel es bella, la maquilladora hará resaltar esos hermosos ojos.

¿Qué está pasando aquí?

—Alto ahí, ¿qué es todo esto? —pregunto al ver entrar a un hombre joven y otra mujer con grandes paquetes en manos.

—Ya te lo he dicho, hemos venido porque Chris nos contrató para dejarte más linda de lo que eres. Realmente tenía razón cuando me dijo que eres hermosa. No esperaba menos de mi amigo, siempre ha tenido buen gusto para todo y, la verdad entre nos... —Me hace señas para que me acerque—. No soportaba a su novia anterior. Ahora, no perdamos más el tiempo.

Después de largas horas estoy preparada. El vestido que elegimos es de ensueño, los zapatos mucho mejor. Todo: el peinado, maquillaje y joyas. Chris lo planeó muy bien, realmente es para quitarse el sombrero, aunque sospecho que fue Sofía la que eligió todo y asesoró al hombre.

—Gracias a todos —les digo una vez que me dan el último toque.

—Ha sido un placer, Alice. Con clientas como tú el trabajo es ameno. Espero que te diviertas. Cuando Chris te vea, se cae y, tal vez, se enamora más de ti, si eso fuera posible. —Me abraza despidiéndose y sale seguida por sus asistentes.

Me miro una vez más al espejo. El reloj marca las siete en punto. Agarro mi bolso de mano, apenas caben mi móvil y el maquillaje para retocarme. Voy a la habitación, me pongo un poco de perfume y salgo. El portero me abre la puerta y veo una limusina negra con vidrios oscuros. El chófer sale y con una reverencia me invita a entrar. Es como un sueño, un sentimiento imposible de describir me invade.

—Señorita, espero que se sienta cómoda —me dice y cierra la puerta.

Oh, por Dios, todo es perfecto. No me lo puedo creer.

El viaje es corto y, aunque me desilusiona que Chris no esté en el vehículo, supongo que ha de estar muy ajetreado con todos los detalles del evento. El chófer aparca en la entrada. Todavía no hay mucho movimiento, creo que soy la primera en llegar. Cuando estoy preparándome para bajar, la puerta se abre y un elegante Chris me mira con una tierna sonrisa estampada en sus labios, extiende la mano con caballerosidad y me ayuda. Una vez en la acera me hace girar, para recorrer con su mirada todo mi cuerpo.

—Estás hermosa, no voy a poder mantenerme alejado de ti esta noche —dice de manera sensual.

—¿Te gusta cómo voy? —pregunto.

—Me gusta, sí, pero me gustaría mucho más desvestirte lentamente como quien abre un regalo muy esperado: con cuidado y amor. —Acuna mi mejilla y besa mis labios con sutileza.

Estoy muy sorprendida con todo, todavía no me acostumbro a estas demostraciones de cariño en público; pero definitivamente me encanta. Devuelvo el beso profundizando un poco más. Si por mí fuera, ahora mismo subiríamos a la limusina y le demostraría lo mucho que lo amo.

—Es un lugar muy bello, pero todavía no ha llegado nadie —digo intrigada.

—La fiesta empieza a las nueve, por ahora solo seremos tú y yo. —Toma mi mano y me guía a la entrada del lugar.

Un camino flanqueado por árboles de cuyas ramas cuelgan un sinnúmero de faroles blancos decorados con flores en colores pasteles alumbran nuestro andar. Levanto la vista, maravillada, al observar todo.

—¿Te gusta? —pregunta él.

—¿Que si me gusta? —respondo con otra pregunta—. Me encanta, es precioso. Como en un cuento de hadas —agrego.

—Estás nerviosa, no deberías —me dice llevando mi mano a su boca y besándola.

—Un poco, sí. Es que nunca nos hemos presentado en público como pareja. —Siento mis manos sudorosas.

—Hoy todo va a ser perfecto, como tú. —Me hace frenar cuando llegamos frente unas grandes y blancas puertas dobles—. Este va a ser uno de los mejores momentos de mi vida y espero que también lo sea para ti.

Las puertas se abren de par en par y lo que veo dentro es mucho mejor. En el centro del salón hay una mesa decorada de manera exquisita, del techo cuelgan cientos de candelabros acristalados, la música empieza a sonar muy suave. Él me lleva hasta la mesa y un mozo se acerca a servirnos champán.

—Por nosotros —dice Chris, chocando nuestras copas.

—Por nosotros —repito. Él se pone de pie y me invita a bailar.

Empiezan los primeros acordes de «I Won't Give Up» de Jason Mraz, muy suavemente. Él acerca nuestros cuerpos y empezamos a bailar, apenas moviéndonos por el gran salón.

—Ali, lo único que quiero hacer de ahora en adelante es demostrarte cada día lo mucho que te amo. —Saca del bolsillo de su traje una cajita roja e hinca una rodilla en el suelo—. Las palabras que quiero decir en este momento resultan insignificantes al lado del gran amor que siento. Quiero compartir contigo cada día de mi vida y si hay algo más allá de la muerte, también. Te seguiré

amando en esta y otras vidas. —Abre la cajita y veo un hermoso anillo de diamantes. Llevo mis manos a mi pecho con sorpresa—. ¿Quieres ser mi esposa? —dice, y en sus ojos puedo ver sinceridad.

—¡Sí! —chillo y me arrodillo frente a él. Lo abrazo tan fuerte que lo dejo sin aire. Él nos pone de pie y me besa. Toma mi mano y con suavidad desliza el anillo en mi dedo. Empiezo a llorar; pero son lágrimas de alegría, emoción y amor.

—Quiero presentarte como mi prometida esta noche, que todos sepan que realmente nos amamos. Para mí es una noche muy importante y quiero que sea inolvidable para los dos. Sabes que no soy un hombre muy romántico; pero he puesto todo mi empeño. —Seca mis lágrimas con los dedos—. No llores, mi intención es hacerte feliz.

—Soy muy feliz, no puedo serlo más. Todo es perfecto, me siento una princesa —le digo recostando mi cabeza en su pecho.

—¿Supe qué pedir? —pregunta. La verdad es que ya me había olvidado de eso. Lo miro entre sonriendo y llorando.

—En realidad, —suspiro y seco mis lágrimas que siguen saliendo contra mi voluntad—, yo solo me refería a que me pidieras ser tu novia. —Sacudo la cabeza con un poco de diversión.

—Eso es poco para mí, yo quiero ser tuyo para siempre y que tú seas mía también. Por suerte me dijiste que sí, de lo contrario, ¿qué hubiese hecho con tanta producción? —Me besa la cabeza.

—Mira cómo estoy ahora, parezco una bruja con el maquillaje todo corrido. ¿Qué dirán de tu prometida si me ven con estas pintas? —digo acomodándome mejor en sus brazos. Se siente tan bien el calor de su cuerpo que no quiero que llegue la hora de la fiesta.

—Vamos, en mi oficina hay un tocador y puedes arreglarte ahí. —Con reticencia me separo de él. Sostengo su mano como si mi vida dependiera de ese contacto.

—Si sigues así te haré el amor en mi oficina. —Frena y piensa un rato—. No es mala idea, los recuerdos me harían pasar mejor las horas que no estoy contigo; bauticemos mi escritorio —dice y subimos al ascensor.

Una vez las puertas se abren en el piso indicado, me levanta en sus brazos. Camina por un pasillo estrecho y quedamos frente a una puerta de madera lustrada. Le da un golpecito suavemente con el pie para que se abra y me lleva hasta su escritorio, depositándome con delicadeza sobre este.

—Te deseo tanto, todo en ti me vuelve loco. Tus ojos. —Los besa—. Tus labios. —Vuelve a depositar un dulce beso—. Tu aroma. —Acaricia mi espalda y baja la cremallera del vestido rozando mi piel con sus dedos en el proceso—. Este lugar —dice y besa mi cuello—. Podría pasarme la eternidad besando cada rincón de tu bello cuerpo, eres perfecta para mí. —Levanta mi falda y me quita el vestido por la cabeza, se aleja un rato dejando lo mejor que puede la prenda sobre un sillón.

Mi estómago cosquillea al sentir que me observa y su mirada me desnuda aún más de lo que

estoy; creo que puede ver mi alma con ese simple acto. Mi piel reacciona a su tacto y un agradable escalofrío me recorre, haciendo que mi vientre se contraiga anticipando que lo mejor aún no ha llegado. Empiezo a respirar con trabajo, siento cómo mi corazón golpea el pecho con fuerza y mi pulso se acelera cuando coloca sus tibias manos sobre mis muslos, se agacha y me quita los zapatos dejándolos caer con un ruido seco sobre suelo de parquet.

Besa mis tobillos a la vez que sube lentamente, dejando un camino de besos a medida que avanza hacia mi vientre. Coloca sus manos a cada lado de mi cuerpo incorporándose. Me mira a los ojos y puedo sentir su tibio aliento en mi rostro. Las palabras sobran en este momento; la manera en que nos tocamos, besamos y miramos son suficientes para demostrar lo que sentimos. Se quita la chaqueta del traje y la pajarita y desabrocha su cinturón, dejando caer los pantalones.

Me quito la ropa interior y él se acomoda entre mis piernas. Sin dejar de mirarme entra suavemente en mí y suspira cerrando los ojos y echando levemente la cabeza hacia atrás. Lo siento temblar, se sujeta a mi cintura con ambas manos y empieza a moverse pausadamente. Yo me sostengo en sus hombros jadeando y acompañando sus movimientos; es como si estuviésemos perfectamente sincronizados. Empiezo a desabotonar su camisa sin que detenga lo que está haciendo. Dejo sus hombros al descubierto para sentir su piel bajo mis manos.

Él me quita el sujetador y besa mis senos con pasión. Yo sigo moviéndome pausadamente, hasta que la excitación se dispara en mi interior y los dos soltamos un último jadeo. Inmediatamente me abraza a él impidiendo que se mueva. Los espasmos de uno de los mejores orgasmos que he tenido hasta ahora siguen por unos minutos, oprimiendo su miembro con suavidad.

—Por Dios, Ali. Si hacía falta que te pidiera matrimonio para sentir todo esto lo volvería a hacer cada día si es necesario —susurra agitadamente.

—Fue hermoso, no te separes todavía —le pido rodeándolo con las piernas y los brazos.

—Si fuese por mí me quedaría así toda la noche, pero en menos de... —mira su reloj— cuarenta minutos van a llegar los invitados y debemos bajar al salón de eventos para recibirlos. En el baño hay todo lo que puedas necesitar para arreglarte.

Me ayuda a bajar. Me abraza y da un último beso. Me miro al espejo en el baño y, aunque mi maquillaje está casi arruinado, veo un brillo especial que me hace diferente. «Este es el resultado de ser feliz», reflexiono.

Nos acomodamos en la entrada, saludando a los invitados que empiezan a llegar. Chris me presenta como su prometida. Todos sonrían amablemente y dan gracias por la invitación, algunos admiran la decoración, otros llenan de elogios a Chris por su trabajo. Pero no contaba con la presencia del monstruo mayor de mis pesadillas y del brazo de William.

¡De William!

—Buenas noches, todo se ve espectacular. Se nota tu toque —comenta la víbora.

—Hola, Ali —saluda William, evitando mirarme a la cara.

Espero que la presencia de estos dos personajes no empañe lo que hasta este momento ha sido notable. Miro a Chris con preocupación; él solo levanta los hombros como diciendo que no entiende lo que está pasando.

—¿Por qué no me avisaste de que la habías invitado? —indago secamente.

—Es que no los he invitado, se han colado, no están en la lista de invitados —alega confuso.

«Pero qué descaro de su parte. No creo que tenga ninguna buena intención».

Capítulo 17

Todo está yendo bien en la fiesta, pero el problema se desata cuando Chris y su socio suben al escenario. La mirada asesina que me lanza Susana produce en mí un escalofrío, siento cómo todos los bellos del cuerpo se me ponen de punta. Entonces, Chris empieza a hablar en el micrófono.

—Antes de empezar mi discurso quiero compartir con ustedes, amigos y colaboradores, una gran noticia para mí. —Me observa desde el atril—. La más importante de la noche y de mi vida. La mujer más bella que pueda existir, tanto por fuera como por dentro, y a quién amo profundamente, ha aceptado compartir conmigo el resto de nuestras vidas. Eso es para mí un gran aliciente que me impulsa a querer ser un mejor hombre y a fijarme nuevos retos personales, así como profesionales.

»Ali, gracias por amarme y por ser la persona que eres. Nunca será suficiente decir que te amo, como siempre y mucho más. Sé que a tu lado seré feliz porque mi amor por ti solo crece y se hace más fuerte con el paso de los años. Desde la primera vez que te vi, supe que mi vida y mi corazón te pertenecían. Tal vez me perdí por un tiempo, pero eso solo sirvió para darme cuenta de que yo no soy nada si tú no estás a mi lado. Te amo con todo mi ser, con todo mi corazón y con toda mi alma. Prometo cuidarte y honrarte hasta mi último aliento.

Termina su discurso y en medio de los aplausos baja del escenario y se dirige a nuestra mesa. Me hace ponerme de pie, sostiene mi rostro con cariño entre sus manos y deposita un beso en mis labios frente a todos los presentes, que vitorean y aplauden efusivamente. El beso dura más de lo políticamente correcto y una vez que separa sus labios de los míos, me siento un poco incómoda; a mí no me gusta llamar la atención. Además, con solo ver el rostro de la arpia sentada a un par de mesas de distancia me da mala espina.

—¡Amiga! —chilla Mila—. No me lo habías dicho. Me siento ofendida ahora mismo —agrega frunciendo los labios como una niña pequeña—. Esas son cosas que no puedes dejar de contar a tu mejor amiga. —Agarra mi mano y admira el hermoso anillo.

—Es que no ha habido tiempo, todo sucedió muy rápido y con eso de que tenía que ayudar a Chris a recibir a los invitados... —Ella me abraza, estrechándome con tanta fuerza que me quita el aire.

—Te felicito, Ali, espero que seas muy feliz. Yo sé que tú amas a ese hombre. Aunque todavía tengo ganas de patear su triste trasero, creo que con esto se ha ganado un punto a su favor. Puede que ahora sopesa la posibilidad de no llamarle McMierda —bromea.

—Me alegra saber que mi imagen está mejorando —dice Chris, abrazándome desde atrás y besando mi mejilla.

—¡Hermano! —saluda John—. Dejadme felicitaros, estoy muy feliz. —Abraza a Chris y golpea su espalda como lo hacen los hombres—. Hermanita —dice dirigiéndose a mí, abrazándome y depositando un sonoro beso en mi frente.

Y así tenemos una larga sesión de felicitaciones y abrazos, aunque a más del noventa por ciento de los que se acercan a darnos la enhorabuena no los conozco. Pero fuerzo una sonrisa en mi cara

y doy gracias. Solo unos cuantos no se acercan y entre ellos están Susana y William. Me alegro de que sea así, a mí no me caracteriza la hipocresía y no creo que hubiese aceptado de buena manera la actuación de aquella mujer. Cuando la hora del baile empieza, se acerca Susana y toca ligeramente el hombro de Chris que, cuando ve de quién se trata, puedo percibir que se tensa con nerviosismo.

—No quiero molestaros, solo quería daros mis felicitaciones. —Abraza a Chris y sorprendentemente lo besa en la boca. Luego ríe siniestramente—. Este es mi regalo. Tal vez ganaste la batalla, pero no la guerra —añade mirándome con odio.

—Estás muy bebida, Susana. Que tu compañero te lleve a tu casa, pero antes, te advierto de que, si se te ocurre siquiera respirar en la dirección de Ali, vas a conocerme y no te conviene estar cerca cuando estoy enojado —habla Chris en un tono firme, pero bajo para que solo nosotros escuchemos—. Ahora es mejor que te vayas. No he querido armar un escándalo haciendo que los de seguridad te saquen, pero ahora estoy a punto de hacerte sacar arrastrada si no sales por tus propios pies.

—Ya me voy, pero no será la última vez que me veáis —dice, lanzando un beso en nuestra dirección. Se aleja contoneando las caderas, de manera exagerada.

—Que no arruine nuestra noche, esa es su intención, no dejemos que lo logre. —Chris me estrecha entre sus brazos—. Mejor divirtámonos. Mira al alemán, está poseído, creo que hace buena pareja con tu amiga. —Miro hacia la pista de baile y veo a Mila y Hans, dando un espectáculo. Por suerte a estas horas todos ya están con unas copas de más y no se fijan en ellos.

Después de haber bailado hasta las tantas de la madrugada, la fiesta llega a su fin. Estoy realmente orgullosa del hombre que tengo a mi lado, tanto su socio, Royer, como sus clientes y empleados, no tuvieron más que buenas palabras hacia él, recalcando su honestidad, humildad y profesionalismo. En cuanto nos despedimos de nuestros amigos subimos a la limusina para ir, en esta ocasión, a su apartamento. Nos acomodamos en el vehículo y él me rodea con sus brazos pegándome a su costado. Yo recuesto mi cabeza en su hombro y me quedo totalmente dormida. Tan cansada estoy que no recuerdo cómo llego a la cama.

La semana pasa rápidamente. Nos turnamos entre su casa y la mía y todavía no hablamos de la fecha para el día de la boda; pero yo siempre soñé en hacerlo el primer día de primavera y, cuando el tema surja, se lo voy a decir. Tampoco quiero sonar muy desesperada respecto a eso. El martes por la mañana mientras desayunamos, Chris me informa de que tiene planeado un viaje de negocios.

—Ali, tengo que viajar unos días. Tenemos un nuevo cliente en Nueva York —dice mientras me abraza para luego depositar un beso en mi cuello.

—¿Cuánto tiempo te vas a ir? —pregunto rodeando su cuello con mis brazos.

—Solo un par de días. Es para conocer la empresa y recoger la información que necesitamos. —Se aleja un poco de mí para mirarme a los ojos.

—¿No puede ir Royer? —añado, acurrucándome en sus brazos.

—Él está atendiendo una cuenta muy importante y estos últimos días del año es cuando más atareados estamos. Por ende, me temo que no. —Acaricia mi espalda—. Este nuevo cliente es muy, pero que muy importante. Si logramos hacernos con el asesoramiento de sus negocios, será la mejor carta de presentación para nuestra empresa. Es por eso que no puedo enviar a un empleado. Tiene que ser Royer o yo.

—Entiendo, solo que voy a echarle de menos. —Me acomodo mejor en sus brazos.

—Yo también, mi amor. —Con su dedo índice levanta un poco mi rostro, pega su frente a la mía y luego me besa profundamente.

Desde la noche que me pidió matrimonio, me siento más cercana a él, más segura del futuro a su lado. Soy consciente de que son meros formalismos y sé que eso no asegura nada si no existen verdaderos sentimientos que nos unan, pero, aun así, no puedo evitar esta sensación de felicidad y que nuestro amor sea reconocido por la ley del hombre y bendecido por la ley de Dios me emociona. Aunque, por otro lado, me siento triste de no tener a mi familia en su totalidad a mi lado. Mi madre siempre fue una manipuladora y mi padre nunca se acercó lo suficiente a mí. El único que me apoyó de manera incondicional fue John. Los dos supimos darnos ánimos y entendíamos lo difícil que es pertenecer a una familia que solo piensa en las apariencias, donde los sentimientos son reemplazados por premios caros a cambio de no haber asistido a un partido de fútbol o la gala de piano de fin de año de sus hijos, porque tienen que ir a alguna reunión de trabajo o fiesta del club de golf.

En eso y, aunque Chris todavía no me ha contado sobre su familia, creo que él y yo compartimos casi la misma experiencia. Su madre demostró mucha frialdad, pero lo que me sorprende es que no volví a verla. Bueno, tampoco es que quiera, solo me intriga saber: ¿qué hace en Chicago? ¿Qué piensa hacer para convencer a Chris o a mí para lograr que él regrese con ella? Mejor dejo de pensar en eso y aprovecho el tiempo con Chris. Sé que dos días son pocos, pero desde que regresé no nos hemos separado.

A la mañana siguiente me despierto acurrucada junto a su cuerpo. No quiero levantarme, pero quedé en encontrarme con un agente de bienes raíces para ver algunas propiedades. Estoy empezando a trabajar en el proyecto del pequeño café literario. Chris me ayudó realizando una proyección económica y financiera, también me presentó a un arquitecto y a una decoradora de interiores. Estoy muy emocionada y todo está yendo perfectamente. Durante el tiempo que él esté fuera voy a aprovechar para comprar los regalos navideños y decorar un poco el apartamento; hemos decidido pasar las fiestas en el mío. Emiliano está en la ciudad y se ofreció a acompañarme, realmente tengo muchas cosas para mantenerme ocupada durante dos días.

—Chris, despierta. —Beso su torso con cariño—. Vas a llegar tarde al aeropuerto.

—No quiero irme —dice y me abraza con fuerza.

—Tú mismo dijiste que este cliente es muy importante. Levántate, voy a ayudarte a preparar tu equipaje. —Él baja su mano suavemente por mi espalda y las posa sobre mi trasero.

—Primero necesito desayunar —dice hundiendo su rostro en el hueco de mi hombro—. Este desayuno es el mejor que he probado en toda mi vida. —Me quita la ropa interior.

Hacemos el amor y es diferente a las otras veces, lo puedo sentir en cada caricia, beso y suspiro. En esta ocasión yo tomo el control, obligándolo a seguir un ritmo lento y pausado, disfrutando de un momento cargado de sentimiento, significado y emoción. Cuando llega el final, las sensaciones son aún más intensas y cautivantes. Caigo en sus brazos y nos enredamos en un abrazo, poco a poco me pierdo en mis sueños. Cuando vuelvo a sentir sus besos, él ya está vestido. Miro la hora en mi móvil y son casi las ocho de la mañana.

—Mi vida, tengo que marcharme ya. Emiliano te está esperando en el salón—dice y vuelve a besar mis labios.

—¿Por qué no me has despertado? —le recrimino, estirando los brazos sobre la cabeza—. Te dije que iba a ayudarte a preparar tu maleta.

—Me he encargado de todo, no te preocupes. Estabas muy guapa dormida. Te he dejado café y unas tostadas. —Me levanta y abraza, acariciando mi espalda desnuda—. Me encanta amanecer así contigo —Besa mi cuello recorriéndolo suavemente, subiendo hasta llegar a mi oído—. Si no me voy ahora perderé el vuelo. Nos vemos en dos días, mi amor —añade.

—Es verdad. Mejor apúrate o voy a desnudarte y hasta Navidad no saldrás de esta cama. —Acaricio su rostro y deposito un profundo beso en sus labios—. También te amo —susurro con el sueño en la voz.

Después de recorrer varios locales, me enamoro de uno que no está muy lejos de las oficinas de Chris. Es perfecto, pues podremos ir juntos todas las mañanas. Luego voy a recorrer tiendas con Emiliano. Compró regalos para Mila, John, Felipe y mis padres, aunque sé que estos últimos posiblemente no los reciban. Compró cuanto adorno navideño encuentro. Es la primera vez que me esmero en hacer esto. Decidimos ir a comprar el árbol junto con Chris cuando regrese. Al mediodía nos encontramos con Mila en un restaurante y almorzamos los tres juntos. Ella y Emiliano se pasan el almuerzo hablando y haciendo bromas y él me felicita por el compromiso. Realmente lo noto muy emocionado. Al final optamos que pasaremos juntos la Nochebuena como una familia. No veo la hora de hablar con Chris para contárselo.

Continuamos con las compras y, para descansar, antes de regresar a nuestras casas Emiliano y yo entramos en un café. No puedo creer a quiénes veo ahí: Susana y la madre de Chris. Intento volver a salir, pero Emiliano no me deja. Nos sentamos en una mesa, lo más alejada de ellas, que conversan y ríen como si se conociesen de toda la vida.

—Emiliano, te dije que debíamos irnos. Aquellas son la ex prometida de Chris, Susana — señalo con un movimiento ligero de cabeza—, y la mujer mayor es Grace, mi futura suegra.

—¿Qué hacen juntas? —pregunta él, frunciendo el entrecejo.

—No tengo idea, pero seguro nada bueno. Es que Chris —suspiro—, hay cosas que no termina de contarme. Estoy intrigada y no sé si debería contarle esto a él —digo con preocupación.

—Ali, no debes dudarle. Si él te esconde cosas no significa que tú debas hacerlo. Cuéntaselo, mujer, para que esté preparado cuando estas dos arpías muevan sus piezas. —Estira sus manos sobre la mesa, tomando las mías entre las suyas y las aprieta con cariño.

—Es verdad, mejor le comento. Es que su mamá, aparentemente, es peor que Helena. —El camarero se acerca y me entrega una nota antes de tomar nuestro pedido.

—¿Quién la envía? —pregunto, aunque me imagino de quién es. El joven señala la mesa de las mujeres de quienes hablábamos. Emiliano gira la cabeza observándolas seriamente. Yo dejo el papel sobre la mesa haciendo una mueca de disgusto.

—¿No la vas a leer? —inquiére mi amigo intrigado.

—No sé si quiero saber qué pone ahí. No deseo entrar en el juego de Susana —le digo dirigiendo la atención al camarero—. Para mí un chocolate caliente con un trozo de tarta de manzana y canela, por favor.

—Yo quiero un capuchino —dice Emiliano.

—En un rato les traigo sus pedidos. —El muchacho se retira.

—Estoy incómoda, Emiliano. La bruja de Susana no deja de mirarme mientras habla con Grace. —Intento escudarme tras la figura de Emiliano.

—No dejes que te intimide, si huele que estás nerviosa va a tener una ventaja sobre ti —añade pensativo—. Pero lee ya la puta nota que quiero saber lo que te ha escrito.

—Está bien, sí que eres todo un cotilla—agrego sonriendo. Cuando empiezo a desdoblar el papel, el camarero trae nuestros pedidos. Le agradezco al dejar la taza frente a mí y empiezo a leer en voz alta—. «Estás muy equivocada si piensas que voy a dejar que te quedas con lo que me pertenece; Chris va a volver conmigo, ya ves, tengo a Grace de mi lado. Es mejor que lo dejes ir antes de que pases la peor vergüenza de tu vida».

—Esa mujer vive en un culebrón de los ochenta —dice Emiliano divertido. Yo lo miro con seriedad—. Ali, no vas a tomar en serio esa chiquilnada. Ya no estamos en el instituto, es una inmadura —agrega y mi teléfono empieza sonar.

—Es Mila —le comunico a mi amigo—. Amiga... —respondo, ella habla rápido y con nerviosismo, no logro entender lo que dice, está sollozando—. Por favor, Mila, habla más lento, tranquila —le digo y logro llamar la atención de Emiliano.

Lo que me dice a continuación me deja helada. No puedo reaccionar hasta que Emiliano toma el teléfono de mis manos y se hace cargo.

Capítulo 18

«De nadie seré, solo de ti. Hasta que mis huesos se vuelvan cenizas y mi corazón deje de latir»,

Pablo Neruda

Me levanto y salgo al helado clima del exterior, buscando un taxi con desesperación. Emiliano me sigue y en sus brazos puedo ver mis bolsas con las compras, mi abrigo y mi cartera. Me mira preocupado; las lágrimas salen sin siquiera darme cuenta, estoy totalmente desesperada. Siento un vacío en el estómago, tengo náuseas, siento que en cualquier momento voy a desmayarme. Por la puerta acristalada veo a Susana, sonriéndome estúpidamente. Debe de pensar que su tonta nota me puso así. No puede estar más alejada de la realidad.

—Ali, debes conservar la calma. Tomaremos el primer vuelo a Nueva York, deja que yo me encargue de todo. —Lo abrazo; necesito apoyarme en alguien o voy a caer desplomada al suelo. Lloro con más fuerza.

—Estoy asustada, no me dejes sola, por favor —le digo sollozando.

—Claro que estaré a tu lado. Voy a avisar a John —me dice, abrazándome—. Voy a buscar un taxi e iremos a dejar todo esto en tu casa, no te preocupes.

Apenas entramos en el apartamento corro a mi habitación, cojo un bolso y empiezo a guardar mi ropa frenéticamente. Voy al salón y veo a Emiliano hablando por teléfono.

—Está listo. John va camino al aeropuerto. Se encargará de comprar los billetes. —Mi teléfono suena anunciando un mensaje de Mila. Lo desbloqueo y respondo rápidamente, contándole mis planes.

En el aeropuerto John nos espera. En la distancia puedo distinguirlo y, cuando él nos ve, viene a nuestro encuentro casi corriendo. Me abraza y con tranquilidad me habla.

—No te mortifiques, Chris es un hombre fuerte. Estoy seguro de que va a salir de esto. —Acaricia mi espalda y el llanto regresa. No puedo controlarlo—. Emiliano, cuida de ella —dice mirando a mi amigo.

—Por supuesto que sí, te mantendré al tanto de todo —responde Emiliano con amabilidad.

—Muchas gracias —añade mi hermano sin dejar de abrazarme—. No quiero dejarte sola, Ali... —Me hace levantar el rostro y seca mis lágrimas—. Arreglo unos asuntos aquí y voy a ir con vosotros. Aquí están los billetes, el vuelo sale en una hora. Royer me llamó, habló con la gente del hospital.

—¿Qué te dijo? ¿Cómo está? —Miro a sus ojos con desesperación.

—Está fuera de peligro, es lo único que sé.

El vuelo dura más o menos una hora y media, de las cuales el noventa por ciento del tiempo me paso llorando. Sé que cuando no quieren decirte algo es por la gravedad que supone. El solo

pensar que puedo perder a Chris me sumerge en una profunda tristeza y no sé si voy a ser capaz de aguantar ese dolor. Tengo que agradecerle a Emiliano el estar junto a mí, con los nervios no soy capaz de pensar claramente.

Otras de las cosas que rondan en mi mente es avisar a la familia de Chris, mejor dicho, a su mamá. Que, sea lo que sea, al final es su madre. El problema es que no sé cómo contactarla. Debí hacerlo al instante, la tenía frente a mí. Una vez que terminemos de aterrizar voy a llamar a John para que se comunique con la víbora. No quiero que Susana aparezca a hacer su espectáculo, pero es la única persona que ahora tiene contacto con Grace.

—Emiliano —digo, juntando los labios en una fina línea.

—Dime, Ali —responde él y acaricia mi mano.

—No sé en qué hospital está Chris —respondo y lloro.

—Ya me encargué de eso, está en el Hospital Presbiteriano de Nueva York. Todo está bajo control, en poco tiempo estaremos ahí.

—Gracias. No sé qué hubiese sido de mí sin ti y mi hermano —le digo, recostando mi cabeza en su hombro.

En el hospital nos informan del estado de Chris. El médico me dice que un vehículo perdió el control y subió a la acera en Times Square. El único herido de gravedad resultó ser él. Ahora está en cuidados intensivos en estado de coma inducido. Mientras espero a que me dejen pasar a verlo, llamo a mi hermano.

—¿Ali, está todo bien?

—Sí, no hay nada nuevo. Quería pedirte un favor —digo sin siquiera saludarlo.

—Claro, dime.

—¿Puedes localizar a la mamá de Chris? Está en Chicago, la he visto en una cafetería con Susana. Tal vez ella pueda darte su número de teléfono o su dirección.

—Voy a hacer lo posible. Mañana voy a viajar a Nueva York. Me deja tranquilo que Emiliano pueda acompañarte. ¿Sabes algo más del estado de Chris?

—Solo que está en coma inducido y el médico me ha dicho que puede pasar así días o meses.

—Ya verás que va a recuperarse pronto. Para Navidad estará en casa.

—Ojalá, eso espero. Ahora te cuelgo, que me están llamando.

Entro a la habitación y cuando lo veo el alma se me cae a los pies; rodeado de máquinas y cables. Lo han tenido que entubar para ayudarlo a respirar. Su pecho sube y baja en un movimiento apenas perceptible y en su rostro puedo ver que tiene varios hematomas. No se parece a Chris, el que está ahí. Cierro los ojos y recuerdo la expresión de cuando sonrío o cuando está concentrado en algo. Quiero pensar que solo está echándose una siesta y en cualquier momento va a despertar pidiéndome que lo lleve a casa. Tomo su mano y con suavidad la acaricio. Es tan frágil la vida y

perdemos tiempo en discusiones vacías, haciéndonos dramas por cosas que pueden solucionarse tan fácilmente o alejándonos de las personas que amamos por orgullo. Ahora tiene sentido para mí eso de que se debe vivir cada día como si fuera el último.

—Por favor, amor, despierta. —Empiezo a llorar. Quiero abrazarlo, pero tengo miedo de lastimarlo—. No puedo vivir sin ti. —Acaricio su frente con la punta de los dedos en silencio. Mis manos empiezan a temblar y me las llevo a la boca intentando ahogar el llanto que siento a punto de salir.

El médico de guardia entra y me pide que salgamos un rato para conversar. Me explica las reglas del hospital en lo que se refiere a visitas.

—¿Entonces puedo quedarme a hacerle compañía por las noches? —pregunto.

—Sí, señorita, pero solo está permitido un acompañante por las noches y el resto del tiempo pueden estar hasta dos visitas al mismo tiempo en la habitación.

—Muchas gracias por la información, doctor.

—De nada, estoy para servirles. Cualquier problema solo toque el timbre y una enfermera acudirá en su ayuda. Ahora voy a continuar con mi ronda.

Emiliano sigue en la sala de espera. Me siento a su lado y me abraza.

—¿Cómo lo has visto? —me pregunta.

—Mal, mi corazón está destrozado. No puedo verlo de esa manera, ¿cuánto tiempo va a estar así? Tú sabes de estos de temas.

—Ya te lo explicó el médico, eso depende de cómo él reaccione. Es joven, fuerte y sano. Creo que va a superar esto. No quiero abrumarte con terminología médica, pero he estado hablando con el doctor que nos ha atendido primero y me ha dicho que su evolución es favorable.

—¿Eso qué significa? —pregunto mientras seco mis lágrimas.

—Que si todo sigue así y esta noche pasa sin sobresaltos, poco a poco irán disminuyendo la dosis de los medicamentos para que despierte. Tranquila, Ali, está en muy buenas manos.

—Me voy a quedar a dormir, el médico de guardia me ha dicho que podía hacerlo. También me ha dicho que no permiten visitas en la sala de espera después de las once de la noche —digo en tono de disculpa.

—Ya he reservado un hotel para nosotros. Voy a irme y vuelvo mañana temprano para llevarte a desayunar. Tienes que descansar un poco y darte una ducha, pareces exhausta.

—Mientras Chris esté aquí no voy a poder, no voy a dejarlo solo —agrego con angustia.

—Si te pones enferma no podrás seguir acompañando a Chris —me dice y se pone de pie—. Nos vemos mañana. No dudes en llamarme si pasa algo, voy a tener el móvil encendido.

—Gracias, Emiliano —le digo. Él me toma de las manos y me da un beso en la frente. Una vez

que mi amigo se va caigo rendida en el sillón. Repaso la habitación buscando una máquina de café y por suerte diviso una. Me sirvo un poco y me vuelvo a sentar. Lo bebo con la mirada perdida, mi mente está en blanco. Sé que estoy cansada, pero también sé que no podré descansar, no mientras Chris esté así.

En la habitación de Chris, me recuesto en un incómodo sillón. Los ruidos de las máquinas no permiten que duerma, además, tengo la idea que en cualquier momento él va a despertar. Me acomodo de manera que pueda observarlo. No sé en qué momento me quedo dormida, pero despierto cuando la puerta se abre. Me froto la cara con las manos y me siento.

—Buenos días, señorita. Mi turno está a punto de acabar y he venido a ver a mi paciente favorito —dice el médico. Una enfermera está con él y me sonrío con amabilidad. Inspecciona y revisa los signos vitales de Chris—. Todo está en orden. Más tarde vendrá el doctor Reynolds y le dará información más precisa sobre su evolución.

Veo que la enfermera anota todo en una carpeta y la deja a los pies de la cama.

—Gracias, doctor. —Me incorporo y voy al baño. Me lavo la cara y enjuago un poco la boca; mis ojeras son terribles y mi cabello aún peor. Con la mano intento alisarlo y me lo recojo en una coleta.

Al salir del baño me encuentro con la mamá de Chris. No sé si saludar o si solo salir y dejarla sola con su hijo. Pero mi lado cortés gana.

—Buenos días —digo casi en un susurro. Ella gira la cabeza y puedo ver sus ojos aguados. Una gran pena me invade. No quiero ni pensar lo que ha de sentir una madre al ver así a su hijo.

—Eres una insensible —espeta—. ¿Por qué, si estábamos en el mismo lugar, no me avisaste?

—Entré en pánico, no sabía ni dónde estaba. —Bajo la mirada y empiezo a llorar con desesperación, apenas me salen las palabras—. Cuando al fin estuve un poco tranquila, como para pensar con claridad, hice que la avisaran.

—Esa no es razón suficiente. Pero te aseguro de que cuando mi hijo salga de esto, voy a hacer lo posible e imposible para que te deje. Ya me han informado el tipo de mujer manipuladora que eres, no... —Suspira atajando el llanto—. No voy a permitir que mi hijo se case con alguien como tú. Ahora déjame sola, necesito privacidad.

No puedo hablar y no es lugar para discutir. Recojo mi abrigo del sillón y antes de salir me acerco a Chris y deposito un beso suave en su frente. Acaricio su brazo ligeramente.

—Buenos días, mi amor —le digo al oído—. Estoy aquí, no voy a dejarte solo. Te amo, Chris, despierta pronto. —Empiezo a lagrimear. Levanto su mano y la beso. Puedo notar el sabor salado de mis lágrimas. Me enderezo y salgo sin despedirme de su madre.

En la sala de espera veo a Emiliano. Está sentado mirando algo en su móvil. Cuando siente mi presencia eleva la vista, se levanta y viene a mi encuentro. Me quedo parada con los brazos colgando a cada lado de mi cuerpo y dejo caer mi abrigo al suelo. Él me abraza con fuerza y yo solo atino a recostar mi cabeza en su pecho y sollozo. Creo que nunca he llorado tanto en tan poco

tiempo. Siento el pecho apretado y si no dejo salir todo esto el corazón me va a explotar.

—Ali, quiero que mantengas la calma —me dice acariciando mi espalda—. John ya está aquí. Me ha pedido que nos encontremos en la cafetería de enfrente, vamos a que comas algo.

—Está bien, igualmente la madre de Chris está con él ahora y no me quiere ahí adentro. Yo me muero si no me dejan volver a entrar —le digo sosteniendo con fuerza la solapa de su abrigo.

—Eso no va a suceder, John y yo no dejaremos que te hagan eso. Vamos, que con el estómago vacío se toman malas decisiones. —Me coge de la mano y casi arrastrándome me saca de ahí. Las puertas del ascensor se abren y lo que más me temía sucede.

Capítulo 19

Han pasado tres días desde que Chris está en coma. Con la llegada de la madre y Susana estoy vetada de su habitación. Royer y Emiliano me mantienen al tanto de todo. Le he pedido a Emiliano que cuando entre a verlo le hable de mí, que le diga que estoy aquí, esperándolo, que no lo he abandonado, que lo amo más que a mi vida. De repente, la puerta de la habitación se abre y la señora Grace grita a la enfermera. En un segundo llega la enfermera con el médico de guardia y unos minutos después salen. El doctor se acerca a mí que estoy de pie y camino de lado a lado con nerviosismo.

—Señorita Diangelo, su prometido ha despertado y quiere verla —me dice colocando su mano en mi hombro. Empiezo a lagrimear y le doy las gracias. Entro a la habitación detrás del doctor—. Vamos a dejar tranquilo al joven; hay mucha gente aquí y él necesita descansar —dice mirando a Grace y Susana.

—No voy a dejar a mi hijo con esta mujer —escupe Grace en mi dirección.

—Señora, aunque usted sea la madre, si no se comporta voy a pedir a seguridad que la saque. No es el momento apropiado para rencillas familiares. Ahora lo que usted debe hacer es apoyar a su hijo para que se recupere con rapidez. —El doctor coloca su mano en mi espalda y con suavidad me guía hasta la cama de Chris—. Ver a la señorita Alice fue lo primero que pidió el paciente. Así que los dejaremos tranquilos.

—Esto no va a quedar así —dice Susana, cogiendo su bolso y saliendo.

—Por favor —dice el médico, sosteniendo la puerta e invitando a Grace a salir, que lo hace no sin antes lanzarme una mirada de odio—. Los dejo solos. En unos minutos vendrá la enfermera para atender a Chris.

—Gracias, Doctor —respondo y tomo la mano de mi prometido. Me agacho colocando mi cabeza con suavidad sobre su estómago y lloro. Él levanta la mano con mucho esfuerzo, acariciando mi espalda.

—Te extrañé —me dice con voz ronca.

—Por Dios, Chris, he estado a punto de volverme loca. No sabes cómo he sufrido estos días esperando a que despertaras.

—No te vas a librar de mí tan fácilmente —responde con voz rasposa, casi susurrando—. Te amo demasiado para dejarte sola —carraspea—. Tengo sed —añade.

—Enseguida va a venir la enfermera y vamos a pedirle que nos traiga agua. —Acaricio su rostro magullado.

—Acércate más, ¿puedes abrazarme? —pregunta tímidamente.

—No quiero hacerte daño —le respondo—. Muero por abrazarte, pero ¿y si te lastimo?

—Más daño me hace no sentirte cerca de mí, ven...—Estira un poco el brazo—. Necesito

sentir que estoy vivo —me dice en tono de súplica.

—Bueno, tortolitos, voy a separaros un ratito. Si puedes esperar fuera —dice una sonriente y amable enfermera—. A ver, guapo, vamos a revisar y limpiar tus heridas. Si sigues así, en un par de semanas ya podrás irte —añade dejando una bandeja de metal sobre la mesita.

—¿Usted cree? —pregunto ilusionada.

—Claro que sí. Solo míralo, cada día se pone más guapo. Muchas de las chicas lo van a extrañar —dice socarronamente.

—Creo que voy a ponerme celosa —replico en el mismo tono. Le beso la frente a Chris. Él cierra los ojos y suspira apretando mi mano.

Su madre regresa, pero esta vez sola. Intenta por todos los medios convencer a Chris de regresar con ella para cuidarlo. Pero él se niega rotundamente.

—Hijo, es importante que estés cuidado y bien alimentado —habla sin mirarme. Me ignora totalmente.

—Y lo estaré madre, no te preocupes. Mi hermano y tú sois bienvenidos a mi casa, si queréis pasar las fiestas con Ali y conmigo.

—Eso es imposible, lo sabes, es tradición la cena en casa. Además, he invitado a Susana y a su familia. Esa chica sí es un buen partido...

—Por favor, Grace. Ya hemos hablado de eso, estoy comprometido con Ali, es la mujer a quien amo. Si eso es un problema para ti, lo siento. Ahora, si no tienes nada positivo que aportar, te voy a pedir que te vayas. El medicamento está dejando de tener efecto y me duelen las costillas —gime un poco e intenta acomodarse. Yo me levanto y lo ayudo.

—Es hora de tu pastilla, el doctor dijo que si te duele puedes tomarla antes.

—Es evidente que aquí sobro, mejor me voy —dice Grace levantando una de sus perfectas cejas—. Solo he perdido una batalla, todavía no has ganado, muchachita. —Recoge su bolso y se para junto a la cama de Chris—. Estaré al pendiente, hijo, el joven que trabaja contigo me dijo que ya ha arreglado lo del avión que va a trasladarte. Por lo tanto, como ya lo tenéis todo resuelto y estás mejor —palmea el dorso de su mano—, me voy.

Las semanas pasaron rápidamente y dieron de alta a Chris. Royer, su socio, alquiló un avión especial para que pudiéramos trasladarlo, ya que todavía necesitaba ciertos cuidados especiales. También miramos de contratar una enfermera y una fisioterapeuta. Sin darnos cuenta la Navidad llegó y logré arreglar y decorar el departamento de Chris para recibir a nuestros amigos. Esta es la Navidad más especial que vamos a pasar, es realmente un momento para dar gracias a Dios por la vida, el amor, la amistad y la familia. Aunque Chris todavía no esté recuperado del todo y debe valerse de las muletas para caminar, lo que lo frustra un poco. Hay días que amanece insoportable, en su rostro puedo ver que siente mucho dolor, sobre todo en las costillas y la rodilla derecha, que es de lo que más se queja, por lo que le pedí a la fisioterapeuta que me enseñara a masajearle para ayudarlo a sobrellevar esos momentos de dolor.

—Gracias —me dice, cuando termino de hacerle el masaje en la pierna—. Ya no soportaba el dolor y no quiero abusar con el Diclofenac.

—Hoy voy a concederte todos tus deseos. Tú pide y se te dará —le digo besando suavemente su rodilla—. Pero primero voy a darte un baño, ya he preparado la bañera.

—Eso suena fantástico. La enfermera que contrataste nunca me ofreció algo así, creo que nos estafaron —dice divertido.

—Nadie va a tocarte de esa manera, solo yo. —Me incorporo y me muerdo suavemente el labio.

—Y yo no quiero que nadie más lo haga —me responde, tomando mi rostro entre sus manos. Besa mi frente, luego mi nariz y termina con un beso apasionado en mi boca. Intenta acercarme más a él y yo me resisto.

—No, señor, vamos al baño. —Lo ayudo a ponerse de pie.

En el cuarto de baño tiro con suavidad de sus pantaloncillos de deporte hacia abajo, sin apartar la mirada de su rostro. Él sonríe complacido, luego le quito el resto de la ropa y lo ayudo a entrar a la bañera. Me deshago de mi ropa y me meto, colocándome detrás de él. Chris se acomoda mejor entre mis piernas, apoya su espalda en mi vientre y su cabeza sobre mi pecho. Agarro la esponja y derramo un poco de jabón en gel sobre esta. Cuando obtengo suficiente espuma empiezo a deslizarla lentamente por su torso desnudo. Él solo cierra los ojos y se relaja. Inclino un poco la cabeza para besar con delicadeza la curva de su cuello y hombro.

—Alice...—susurra él—. Si sigues así no creo que pueda aguantar.

Me acomodo mejor y sigo bajando hasta tomar en mi mano su miembro, acariciándolo suavemente de arriba hacia abajo con un movimiento rítmico y sensual. Me pego más a su espalda, con la mano libre me aferro a su cintura y pego mi rostro al suyo, muy cerca de su oído.

—Te amo, Chris, no creo que pueda vivir sin ti. —Él echa su cabeza hacia atrás emitiendo un suave jadeo.

—Yo también te amo, Ali —responde en un suspiro—. Ya no aguanto, necesito estar dentro de ti.

Se gira quedando frente a mí y me arrastra hasta ponerme a horcajadas sobre él. Lentamente me penetra. Todavía no puede moverse con mucha libertad y debemos ser sumamente cuidadosos, pero creo que eso hace que todo se sienta más y mejor. Cuando está completamente dentro de mí me besa. Un profundo y apasionado beso. Yo rodeo su cuello con mis brazos y me muevo lentamente, de adelante hacia atrás, lánguidamente. Él acompaña mis movimientos sosteniendo mis caderas con ambas manos. Es impresionante cómo nuestros cuerpos se acoplan a la perfección. Chris se detiene un momento; nuestras respiraciones suenan irregulares y luego con más fuerza presiona su cuerpo contra el mío. Empiezo a sentir cómo cada músculo se me tensa, anticipando la liberación del placer. Me sujeto a su espalda arqueándome hacia atrás hasta que ambos llegamos al clímax. Me quedo abrazada a él con la cabeza en su hombro, él solo acaricia mi espalda recorriéndola con las yemas de sus dedos desde mi cuello hasta mi cintura y de nuevo hasta mi

cuello.

—Creo que no podré estar lejos de ti nunca más. —Besa mi hombro.

—Yo tampoco, me sentí morir cuándo creí perderte. —Me aferro con más fuerza a él, que gime, pero de dolor. De repente me olvidé de que todavía no está recuperado—. Es mejor que salgamos, que el agua se está enfriando. Tú termina de bañarte y luego lo hago yo. Mientras tanto iré a preparar la mesa. —Le doy un beso fugaz y me levanto con cuidado para no volver a hacerle daño.

Se dice que encontrar al amor de tu vida es muy difícil, pero creo que con Chris, sí lo encontré. Me niego a estar lejos de él. Está tan profundamente grabado, no solo en mi corazón sino que también en mi alma, y presiento que es de esos amores imborrables, inolvidables. De esos que te marcan eternamente, tanto que, si llegas a perderlo, vives buscando a alguien que te haga sentir todas aquellas sensaciones que viviste a su lado e inconscientemente lo comparas con todos los que vienen después.

—Mmm... Ali, eso huele bien —dice entrando a la cocina.

—Bueno, Estela me ha ayudado; pero en mi defensa he aprendido a preparar todos estos platillos. Soy una buena alumna, además, tengo que darte una mala noticia —le digo sentándome en una butaca a su lado.

—¿Qué? —dice preocupado.

—Te robé a Estela y Nohemí, les propuse trabajar conmigo en la cafetería. Me dijeron que lo pensarían, pero estoy segura de que van a aceptar. —Chris me toma de las manos.

—Mi vida, hasta yo aceptaría. —Levanta mis manos y deposita un beso suave en ellas—. ¿A qué hora vienen todos?

—Creo que en una hora. —Miro mi reloj—. Mila dijo que vendría a ayudarme, pero ha desaparecido del mapa. Espero que esté bien.

—No te preocupes. Ya puedes casarte, esto está sabroso. —Pica un poco de la ensalada con los dedos—. Eso me hace recordar que todavía no hemos puesto fecha para la boda.

—Deja quietas las manos, ¿no ves que la he decorado? Vas a echar a perder mi trabajo. —Le doy una palmada suave en la mano y guardo la comida en la nevera—. Voy a prepararme. Por favor, no picotees nada. Si quieres algo, hay sándwiches en la nevera —le digo desde la puerta con una ceja levantada.

—Primero dame una fecha —dice.

—Será tu regalo de Navidad, no seas impaciente —respondo antes de salir e ir a la habitación

Cuando termino de prepararme voy al salón y veo a Chris sentado frente al ventanal del balcón, mirando perdidamente la nevada. Al parecer está un poco melancólico. Yo sé lo que él siente; a mí también me entristece el no poder estar con mis padres, pero intento no pensar en eso, las personas que deben estar a mi lado hoy lo están y lo agradezco mucho. Tengo amigos geniales,

un gran hermano y, sobre todo, está él, a quien amo con locura.

—¿En qué piensas? —le pregunto, rodeándolo con mis brazos desde atrás. Él gira un poco la cara mirándome con una sonrisa triste.

—En nada, no te preocupes. Solo empecé a sentir un poco de dolor en la rodilla. Espero recuperarme rápido, que ya quiero hacer mi vida normal. —Creo que solo es una excusa, pero voy a dejar que él me cuente todo cuándo se sienta preparado.

El timbre suena y nuestros amigos empiezan a llegar, todos con regalos en las manos. Mila, que era renuente a la idea de Chris y yo, se abalanza sobre él y lo abraza con fuerza. Toma por sorpresa al pobre hombre, que en principio duda en devolver el gesto. Me mira con los ojos muy abiertos y las cejas levantadas. Yo solo le hago un gesto con las manos, como para darle valor.

Antes de sentarnos todos a la mesa, llega alguien que no estaba invitado. La cara de Chris se transforma. No puedo distinguir si se siente enojado, preocupado o sorprendido.

Capítulo 20

Chris parece renuente a dejarlo entrar; lo veo en sus ojos, está dudando.

—¿Qué haces aquí, Alex? —Ni siquiera lo saluda.

—Ha pasado mucho tiempo y, digan lo que digan, siempre serás mi hermano. Solo he venido a saludarte, a ver cómo estás —dice todavía en la puerta.

—Ya has saludado, ya me has visto. Ahora puedes irte. —Intenta cerrar la puerta, pero su hermano lo impide.

—Dame una oportunidad, no puedes echarme así de tu vida. No podemos cambiar el pasado, estoy arrepentido y necesito que me perdones. Te he extrañado, es difícil lidiar solo con mamá. Nuestro padre me ha dejado muchas responsabilidades...

—Es lo que siempre quisiste. Esperaba que lo estuvieras disfrutando —lo interrumpe Chris.

—Eso pensaba antes, pero me he dado cuenta de que la vida es más que tener dinero y poder. Permíteme compartir hoy con vosotros. He dejado plantada a nuestra madre y su cena de Navidad. Además —resopla con fastidio—, esa Susana es un poco intensa. Creo que cuando se dio cuenta de que contigo perdió la partida, empezó a molestarme a mí.

—Por supuesto que puedes pasar Nochebuena con nosotros. Además, está nevando y no creo que haya vuelos para que regreses —digo mirando intensamente a Chris.

—Está bien, adelante —añade Chris, secamente.

—Relájate un poco, es tu hermano, seguro que supo todo lo del accidente, creyó que te perdería para siempre y eso lo hizo recapacitar —le susurro antes de seguir a Alex hasta el comedor.

—Tú no sabes muchas cosas, no puedes opinar...

—Es verdad, no sé muchas cosas de tu vida. Pero espero que algún día confíes lo suficiente en mí para contármelas —le respondo—. Ahora no es momento y no quiero que pienses que te presiono. Disfrutemos de esta noche. Mañana o en otro momento hablamos de eso.

—Tienes razón y me disculpo por eso. Te prometo que te lo contaré todo —dice y me abraza.

—Ahora lo importante es que te recuperes, lo demás puede esperar. —Me acerco y le doy un dulce beso en los labios.

La cena transcurre tranquilamente. Todos alaban mi don para la cocina, hasta el hermano de Chris, lo que me pone muy contenta. A las doce abrimos nuestros regalos y tengo que darle la respuesta que Chris esperaba.

—El primer día de primavera —le digo al oído.

—Falta mucho para eso, hagámoslo en Año Nuevo.

—Secretos en reunión es de mala educación —dice Mila.

—Tu amiga acaba de darme la fecha para la boda —le responde Chris.

—¡Ay...! —chilla Mila—. ¿Cuándo será? —Aplaude emocionada.

—El primer día de primavera —le respondo.

—¡Qué bello! ¡Me encanta! Supongo que voy a ser la dama de honor —dice Mila.

—Obvio, eres mi mejor amiga —aseguro.

—Tenemos poco tiempo para hacer tantas cosas, a partir de mañana me pongo en campaña. Hay que elegir el vestido, el lugar, el pastel, las tarjetas...

—Va a ser algo sencillo, Mila, sabes que no me gusta nada de eso. Además, ya tengo decidido dónde quiero que sea la ceremonia.

—¿Sí? ¿Dónde? —pregunta Emiliano.

—Es un secreto. Primero voy a ver que esté disponible, luego os lo diré —respondo tranquila.

—Si necesitas algo simplemente me avisas —dice John, que se pone de pie, y se lía la bufanda al cuello, coge su abrigo, que reposa en el respaldo del sillón—. Yo me retiro. En serio, estoy muy agradecido. Ha sido una velada hermosa, pero estoy muy cansado.

—Yo también me voy —dice Emiliano y se acerca a darme un beso.

—Te llevo —agrega John.

—Llamaré un taxi, no quiero importunarte —responde mi amigo.

—Me queda de camino, vamos —insiste John—. Adiós, chicos. Nos vemos antes de Año Nuevo.

—Gracias, Chris y Ali, todo ha estado genial. Te llamo mañana —agrega Emiliano.

—¡Felipe! —grita Mila—. Nosotros también nos marchamos. Todo ha estado excelente. —Me abraza y me besa las mejillas—. Que te recuperes —le dice a Chris.

—Gracias, Mila —responde él.

Todos se marchan, menos Alex. Parece nervioso, se frota las manos y luego mira a Chris.

—Voy a dejaros solos, me muero de sueño —miento.

—En un rato voy a acompañarte —me dice Chris, depositando un beso en mi sien.

—Ha sido un gusto, Alex, espero verte más a menudo ahora que nos conocemos. —Me levanto y, antes de irme, le doy un abrazo.

—Gracias, Alice, el placer ha sido mío y estoy muy feliz por mi hermano. Realmente eres una persona maravillosa. Según los comentarios de mi madre, esperaba encontrar totalmente otra cosa

y me has sorprendido. Sinceramente, espero que seáis felices, hacéis una hermosa pareja y desde ya debéis saber que tenéis mi apoyo en todo. —Vuelve a abrazarme y besa mi mejilla.

—Hasta mañana y gracias por tus palabras. —Aprieto sus manos. Cuando me alejo escucho que Chris le habla.

—¿Qué es realmente lo que has venido a buscar? —dice y yo decido no seguir escuchando. Es algo muy privado e íntimo entre ellos. Además, confío en que Chris va a contármelo todo.

La época de fiestas pasa y Chris se encuentra mucho mejor físicamente. Pero su actitud desde la visita de su hermano es algo extraña. No logro entenderlo, no he vuelto a hablar de la boda, pero tampoco él me ha preguntado nada. Su humor ha sido extraño, siempre pensativo, perdido en sus pensamientos. Inútilmente espero que me hable de lo sucedido con su hermano, de la extraña relación con su familia. Ha vuelto a refugiarse en el trabajo; las semanas pasan y él llega cada vez más tarde de la oficina. Apenas es amable, parece como si lo molestara. Entonces, sin previo aviso, decido regresar a mi apartamento; él ya puede manejarse solo, ya no me necesita. Es evidente que no me necesita para nada. Le envió un mensaje de texto, para no actuar impulsivamente como la última vez, para evitar malentendidos. Le explico muy bien cómo me siento y que espero que en algún momento él se sincere conmigo, como yo lo hice con él.

Soy de las que piensan que los problemas de pareja deben quedar en la pareja. Además, si se lo cuento a Mila, es seguro que ella iría a darle una patada en el culo. Por eso sobrellevo sola la pena de sentirme rechazada. La única respuesta de Chris es que pide un tiempo a solas, que tiene muchas cosas en la cabeza y que no puede pensar con claridad. Me dice que sigue amándome y que era justamente ese el motivo de su alejamiento. No entiendo, en serio, estoy tan confundida. Ojalá me lo dijese, pues nos prometimos contarnos todo. Pero no importa, ahora pondré todo mi esfuerzo en el proyecto de la cafetería; estoy entusiasmada y creo que esto me ayudará a superar el mal trago.

Hoy me levanto muy temprano, pues tengo que ir a elegir los muebles y el color de la pintura con el arquitecto y la decoradora. Mientras estoy desayunando, mi teléfono suena anunciando la llegada de un mensaje. Lo levanto de la mesa y lo desbloqueo. Es de Royer, el socio de Chris.

Royer 07:30

Buenos días, Ali. Disculpa que te moleste, pero hace dos días que intento comunicarme con Chris y no me atiende el teléfono. ¿Puedes decirle que se comunique conmigo? Es urgente.

Yo 07:31

Hola, Royer. No te preocupes, yo lo aviso.

Royer 07:32

Gracias, que tengas una buena jornada.

Termino de desayunar y me preparo. Le envió un mensaje rápido a la decoradora, pidiéndole disculpas, pero que no voy a poder ir hoy, que tengo unos problemas familiares urgentes. Por suerte ella es muy amable y me dice que lo dejemos para mañana. Voy al apartamento de Chris y,

aunque tengo su llave, primero toco el timbre. En vista de que nadie atiende abro la puerta. Puedo ver que todo está hecho un desastre: cajas de pizzas, latas de bebidas desperdigadas por el suelo. Miro en el sillón del salón, solo mantas revueltas. Camino hacia su dormitorio, con miedo a lo que pueda encontrar, abro la puerta y ahí está, tirado al lado de la cama. Su cuarto también está en completo desorden, con varias botellas esparcidas por aquí y por allá.

—¿Chris? —lo llamo desde la puerta y no se mueve—. Chris, ¿qué has hecho? ¿Por qué te lastimas de esta manera? —le digo, acariciando su frente.

—Por favor, no me dejes —dice, aparentemente en sueños.

Me acuesto a su lado y él se abraza a mí con fuerza. Levanta un poco la cabeza y me mira, sus ojos rojos, por el sueño y la bebida. Veo mucha tristeza y sufrimiento en ellos. Si pudiera borrar todo eso con solo un beso, si pudiera ser capaz de espantar los demonios que lo acosan con mi amor. Sin embargo, no he logrado eso hasta ahora.

—No voy a irme, a menos que me lo pidas —le digo—. ¿Por qué no confías en mí? Dijimos que seríamos honestos, que hablaríamos de frente.

—Si crees que tu familia es complicada, es porque no conociste a la mía. Sabes, yo no soy el hijo biológico de Grace y Liam. Ella no podía quedarse embarazada y entonces me adoptaron, pero al año se quedó embarazada de Alex. Nunca me ocultaron la verdad, yo crecí sabiendo que era adoptado y Grace nunca me quiso como a un hijo. Siempre hubo diferencias entre nosotros, pero yo intenté ser el hijo que ellos esperaron que fuera, mientras Alex se perdía, siempre de fiesta, mujeres, alcohol y muchas cosas más que no vienen al caso.

»Pero por más que me esforzaba, nada era suficiente. Entonces dejé de intentarlo y, cuando tuve la edad suficiente para valerme por mí mismo, me fui de la casa. Busqué a mi madre biológica, pero solo supe que era una madre adolescente que murió en el parto. Alex siempre me vio como competencia, por lo que el día que me marché se puso muy feliz. Mi padre solo me dijo que me olvidara de que alguna vez había tenido una familia si ponía un pie fuera de su casa. Me dijo que me salvaron de vivir en la mierda y que me comportaba como un egoísta, que después de abusar de todo lo que ellos me habían ofrecido les pagaba de esa manera, que seguro había salido tan torcido como mi verdadera madre.

»En ese entonces, salía con una chica, una compañera de la universidad e hija de los amigos de Grace y Liam. Cuando ella se enteró de todo eso y de que iba a ser desheredado por mi decisión, simplemente me dejó. Yo era muy joven, estaba muy enamorado, bueno, en aquel entonces creí estar enamorado. Hoy mirando todo desde la distancia, me doy cuenta de que eso no era amor. Puede que fuera una atracción o tal vez me gustara mucho, de todas formas, superé ese episodio.

»Al poco tiempo me enteré de que Alex salía con ella y luego supe que tuvo un grave accidente donde perdió la vida. Fui a su funeral, pero solo miré de lejos. No fui capaz de acercarme a dar los pésames, todavía estaba muy enfadado por todo. Me sentía traicionado. Yo no confío en Alex, pero lo que me dijo la otra noche me destrozó. No sé si tiene buenas intenciones, es triste no poder contar con las personas que creíste tu familia. Es difícil confiar en alguien cuando las personas más cercanas a uno nos han hecho tanto daño.

—¿Qué te dijo Alex? —pregunto acariciando su cabeza que reposa sobre mi vientre.

—Me contó que Lana estaba embarazada cuando tuvo el accidente, esperando un hijo mío. Que habían peleado y él la había amenazado con contarle a todo el mundo que, mientras esperaba el hijo de un hermano, se revolcaba con el otro —suspira y se aferra a mi cintura con fuerza.

—Eso es terrible, parece de novela. No puedo creer que suceda en la vida real —comento.

—Muchas veces la realidad supera la ficción y este mundo está tan loco. Las personas corren tras el dinero todo el tiempo y se olvidan de que para ser feliz existen otras cosas, como por ejemplo: tener a alguien a tu lado que te ame incondicionalmente y para siempre. Se supone que esos son tus padres, yo no tuve eso y, cuando creí encontrar eso en una mujer, resulta que solo era por interés.

»Cuando te conocí, no estaba en condiciones de dar algo que nunca tuve. Pero a medida que pasaron los meses, me di cuenta de que estaba perdidamente enamorado de ti. Lo que me dijiste esa primera noche se quedó grabado en mi mente, entonces solo agradecí que fueras sincera. Por lo menos no mentiste diciendo que me amabas, fuiste directa con tus expectativas y lo que esperabas de nuestra relación. Me sorprendió la madurez y firmeza con la que te expresaste. Así que solo intenté estar cerca de ti todo el tiempo que pudiese. Acepté tus condiciones, pero yo quiero tener una familia, quiero tener hijos a quienes dar lo que yo no pude tener. Si es posible adoptar uno o dos, claro, si la economía lo permite. Poder dar a algún niño o niña la oportunidad que yo no tuve.

»Entonces, cuando Alex me contó lo de Lana, me sentí mal. Estuve pensando todo el tiempo en eso y he llegado a la conclusión de que Lana se comportó de manera egoísta al no contarme lo de su embarazo, y también Alex. Aunque también tomé la decisión de perdonar todo eso, es difícil que lo olvide. Pero tú eres mi vida ahora y si me perdonas por lo mierda que he sido en estos últimos días, te pido que te cases conmigo el primer día de primavera. Te prometo por mi vida que haré todo lo posible por hacerte feliz siempre, que seré tu amigo, tu amante e intentaré ser el mejor esposo y padre para nuestros futuros hijos.

—Siempre estaré a tu lado, Chris, yo te amo y nada puede cambiarlo. Te agradezco que hayas abierto tu corazón conmigo. Nunca tengas dudas de que, pase lo pase, no vas a perderme.

—Te amo, Ali, gracias por ser paciente conmigo, gracias por estar hoy aquí. Tú me das la fuerza que necesito para continuar.

—Creí que ya me habías pedido matrimonio, sigo llevando tu anillo en mi dedo —le digo mostrándole.

—Solo estaba corroborando que sigue en pie la proposición —me dice y besa mi vientre.

—Llama a Royer. Está preocupado porque no le coges el teléfono —le hago saber.

Levanto su mentón y lo beso. Odio verlo así, pero me alegra que ahora sé parte de su historia.

Capítulo 21

La vida da muchas vueltas y cada uno decide qué camino tomar. Siempre escuché eso de «perdonar, pero no olvidar». El conocer a la persona con la que vas a compartir tu vida es muy importante, a través de su historia de vida puedes comprender muchas de sus actitudes y su forma de proceder en muchas ocasiones. Tal vez para ti no parezca correcto, pero dentro de las experiencias que esa persona ha vivido puede que sí. La empatía y la confianza son muy importantes para tener éxito en la vida de pareja y sobre todo aceptar que no somos perfectos. Vamos a equivocarnos en el camino que hemos decidido seguir, pero lo más importante es el apoyo incondicional y fortalecer el amor con los pequeños gestos y actos diarios.

Después de haber hablado con Chris creo que nuestro amor se ha fortalecido. El haber conocido una parte de su vida, sobre todo saber que, a pesar de no haber tenido una infancia típica, decidió ser una buena persona y no entregarse al rencor, convertir todo lo malo en algo positivo, me confirma mucho más que he tomado la mejor decisión de mi vida. Estoy con ese pensamiento y la felicidad de que hoy se hace realidad uno de mis sueños que, aunque mi mamá diga que es poco para una familia como la nuestra, para mí es algo muy importante. Es lo primero que hago por mi cuenta sin la influencia de nadie más que la mía. Estoy muy emocionada, además de contar con el apoyo de todos mis amigos.

El lugar es un pequeño local a pocas manzanas del apartamento de Chris y sus oficinas, un poco rústico, pero exactamente como lo imaginaba cuando soñaba con él, gracias al arquitecto y a la decoradora, que supieron plasmar con elegancia todas las ideas que les di. Hoy es la inauguración, estoy con Estela y Nohemí, disponiendo los últimos detalles. No va a venir mucha gente, sin embargo, estarán los que son realmente importantes para mí.

—Señorita Alice, ha llegado esto para usted —me dice Nohemí, entrando a mi oficina con un gran ramo de flores. Lo recibo creyendo que es de Chris y me sorprende que el remitente sea William.

«¿Ahora qué traman estos?», pienso.

Ali:

A pesar de que fue poco el tiempo que tuvimos juntos, pude intuir que eres una gran persona. Te deseo mucho éxito en este nuevo emprendimiento. Espero algún día tener la oportunidad de hablar y explicarte muchas cosas que seguro no entiendes.

Con cariño, William.

Arrugo la tarjeta y la tiro a la basura; no quiero nada que haya estado siquiera cerca de Susana, la verdad es que no me quita el sueño saber cuál es su relación con esa arpía. Aunque, como se dice: A los amigos hay que tenerlos cerca y a los enemigos, aún más cerca. Sería bueno saber qué están maquinando. Susana no está muy contenta y, con todo lo que le habrá dicho a la mamá de Chris, seguro que para ella soy la villana de la historia.

—¿Qué hago con las flores? —me pregunta todavía de pie frente a mi escritorio.

—Son tuyas, te las regalo —respondo devolviéndoselas.

—¡Gracias! Son hermosas. —Da media vuelta y sale muy contenta con el ramo entre las manos.

—Señorita Ali, han llegado los camareros —me avisa Estela, entrando a la oficina.

—Qué bien, los uniformes están en la bodega. Haz que se los pongan y ahora voy a explicarles su trabajo —le digo levantándome. Trato de controlar los nervios que tengo, pero es casi imposible.

—Está todo hermoso —añade Estela una vez que estamos en el salón.

—Sí, pero igual siento unos nervios terribles. Este es un paso muy importante para mí, tengo miedo de fracasar —le digo con sinceridad.

—Señorita Ali...

—Solo Ali, para ti y para Nohemí —le digo antes de que continúe.

—Ali, el camino al éxito está hecho de fracasos. No siempre todo sale como lo planeamos, pero es indispensable pasar por eso para lograr aprender de los errores, así es la vida. Y el que no se arriesga y ni siquiera hace el intento por lograr algo, siempre seguirá donde está. Hay que probar, salir de nuestra zona de confort y vivir. Tal vez se sacrifique un poco más que los demás, pero la cosecha al final valdrá la pena, ya verá. Todo será bueno de aquí en adelante.

—Gracias, mil gracias por tus palabras. Estoy muy contenta de haberte conocido —le digo y la abrazo con todo el cariño que puedo demostrar.

—El señor Chris me ayudó en un momento muy difícil para mí, es lo mínimo que puedo hacer para devolver la confianza que él puso en mí y Nohemí.

—Me alegra saber que Chris es merecedor de tanto cariño. He tenido suerte de encontrar a alguien como él.

—Eso es muy cierto, espero que Nohemí, alguna vez, encuentre alguien que la mire y la cuide como el señor Chris lo hace con usted.

—Tú eres muy joven, seguro que encontrarás a alguien también —digo, sonriendo.

—Yo ya conocí ese tipo de amor y no creo poder encontrar algo que supere lo que viví con mi Tomás. Solo el vivir de nuestros recuerdos ya me hace feliz a mí —revela y puedo ver cómo sus ojos brillan con la amenaza de que las lágrimas salgan—. Pero hoy no es el día para estar melancólicos; hoy es su día y vamos a hacer que todo suceda como lo espera —añade antes de enroscar su brazo con el mío y caminar juntas hasta la cocina.

Después de dar las últimas indicaciones a los camareros voy al salón a recibir a los primeros invitados y veo cómo recorren el lugar, observando todo con asombro. A pesar de ser pequeño es muy acogedor: hay dos paredes con estanterías que llegan hasta el techo llenas de libros, un entresuelo con mesas y sofás para los que quieran beber algo mientras leen y al fondo un pequeño

escenario que hoy estará ocupado por un grupo de música indie. Una vez llegan todos, los camareros empiezan a pasear por el lugar con las bandejas de bocaditos y champaña, pero el que no llega es Chris. A pesar de estar entretenida con todos, no logro concentrarme en las charlas, mi cabeza solo está perdida tratando de descifrar qué le habrá pasado.

—No te preocupes, seguro que ha tenido algo muy importante que hacer. No creo que se pierda algo tan importante para ti —dice Mila, dándome un abrazo.

—Es justamente eso, ¿y si le ha pasado algo grave? —digo mirando hacia la entrada inútilmente.

La noche termina y yo no tengo noticias de Chris. Ahora sí que estoy a punto de volar de los nervios. Hasta Royer y su mujer han venido y también me han preguntado por él. Solo quedamos Emiliano, John, Mila, Felipe y yo.

—He llamado y enviado mensajes a Chris, pero no responde —comenta John.

—Yo también —agrega Felipe, que está revisando su móvil en ese momento.

—No me lo puedo creer, seguro que ha pasado algo grave. Él jamás me dejaría plantada, estaba muy emocionado con todo esto. No lo entiendo, voy a ir a su apartamento. —Me levanto para ir a buscar mi bolso y las llaves de la oficina.

Mi teléfono suena anunciando la entrada de un mensaje, lo desbloqueo y lo que veo me sorprende. Es Chris en un restaurante con su madre y Susana.

Chris 22:30

No te preocupes, voy a llegar tarde.

Es muy sospechoso todo, él jamás haría esto. Decido no comentar nada con nadie, seguro que es una de las jugadas de Susana. No puedo pensar de otra forma, pues tiene que ser eso. Voy a esperar a hablar personalmente con él, deberá tener una buena explicación para todo. Recojo mi cartera y salgo. Intento no demostrar mi descontento ante mis amigos.

—¿Nos vamos? —pregunto a todos en general.

—Yo te llevo —dice John—. ¿A casa de Chris? —me pregunta.

—No, a mi apartamento, que tengo cosas que arreglar para mañana —respondo.

—¿Quieres que te acompañe? —me pregunta Mila.

—No, estoy bien, seguro que Chris va a venir a dormir hoy —digo poco convencida.

—¿Has podido hablar con él? —me pregunta Emiliano, entrecerrando los ojos con sospecha.

—Me ha enviado un mensaje —contesto sin dar mayores explicaciones.

—Cualquier cosa me escribes, que voy junto a ti sin importar la hora —dice Mila, besando mis mejillas.

—Gracias, Ali, por la invitación. Todo ha sido muy bonito —dice Felipe, despidiéndose—. ¿Mañana abris? —pregunta.

—Sí, claro, desde las nueve de la mañana. Tendremos un menú para el almuerzo, si quieres venir. Estela y Nohemí cocinan como los dioses, no te vas a arrepentir —respondo, colocando la mejor sonrisa en mi cara.

—Claro que voy a venir, no me lo perdería por nada —dice Felipe muy alegre. Eso me sorprende un poco, pero no tengo tiempo ni ganas para pensar en eso ahora.

John y Emiliano me dejan en la entrada de mi casa y se ofrecen a hacerme compañía hasta que Chris llegue, pero les digo que no se preocupen. Entro y vuelvo a mirar mi móvil, pero no hay nada nuevo. Me quedo observando la foto; está un poco borrosa, pero definitivamente son ellos. Me ducho y me acuesto. Mientras pienso en todas las posibilidades que podrían hacer que Chris esté con ellas esta noche en lugar de estar conmigo, me quedo dormida.

Al día siguiente llego al café, todavía sin noticias de Chris, pero el caos que encuentro hace que se me olvide todo.

—La puerta de atrás ha sido forzada, nosotras acabamos de llegar —dice Estela llorando.

—No se llevaron nada, solo hay destrozos —agrega Nohemí, visiblemente compungida.

Yo no sé qué decir, solo observo el desastre alrededor y una rabia me inunda. Estoy segura de que todo esto es obra de Susana. No voy a dejar que me intimide. Demasiado tiempo he vivido de esa forma. Todos mis ahorros estaban invertidos aquí, estoy en bancarrota.

—Tengo que denunciar esto a la policía, ¿alguien ya los ha llamado? —pregunto mientras junto con las manos los restos de cristales del suelo.

—Como le dije: Acabamos de llegar, un minuto antes que usted —responde Estela—. Es mejor dejar todo tal cual está para que la policía vea el daño.

—Sí, tienes razón. —Vuelvo a dejar todo en el suelo.

Un sargento llega y hace las preguntas de rigor y, en vista que no falta nada, me preguntan si sospecho de alguien en particular, pero no puedo decir nada, porque no me consta. Les digo que no, entonces dicen que pedirán las grabaciones de las cámaras de los locales vecinos, que ellos toman esto como un acto de vandalismo, posiblemente algún tipo de venganza. Que no me preocupe, harán lo posible por atrapar a los inadaptados.

Nos ponemos a juntar todo y limpiar, hoy será un día perdido. Tengo que evaluar la cantidad de las pérdidas y ver cómo hago para reponer todo lo que se ha echado a perder. Cerca del mediodía llega Felipe, que no puede creer todo lo que ve.

—¿Qué ha pasado? —pregunta, mirando los destrozos del salón.

—No tengo ni la más mínima idea. Hemos llegado hoy y nos hemos encontrado con la sorpresa —dice Nohemí y empieza a lagrimear. Felipe la abraza intentando consolarla. Yo solo sigo con lo mío, porque sé que si empiezo a hablar voy a ponerme a llorar y no quiero.

—Yo os ayudo —dice él, arremangándose la camisa y tomando la escoba de las manos de Nohemí.

—¿No has visto a Chris? —le pregunto sin dejar de limpiar.

—La verdad, no. Creía que lo encontraría aquí contigo —responde—. ¿Alguien más sabe lo que ha ocurrido? —me pregunta.

—No he tenido tiempo de avisar a nadie. —Levanto unos pedazos de una silla rota colocándolos en el contenedor a mi lado.

No sé en qué momento, pero por lo visto aviso a todos y empiezan a llegar. Al que llega le digo que no me pregunte nada, que no tengo idea de lo sucedido y que ya está en manos de la policía. Es duro ver tu esfuerzo partido en mil pedazos, todavía no había empezado y ya me sucede esto.

—Ali, sabemos muy bien quién ha hecho esto —dice Mila.

—No tengo pruebas, sería tonto por mi parte exponerme a recibir, aparte de todo esto —digo señalando a mi alrededor—, una demanda por difamación y calumnia.

Por último veo llegar a John y detrás de él a un Chris visiblemente sorprendido y enojado. Me dan ganas de echarlo, pero me prometí que escucharía lo que tuviera que decir. Además, ahora mismo hay algo más importante por lo que preocuparme.

—¿Podemos hablar? —pregunta Chris—. A solas —añade, e intenta sostener mi mano, pero no le dejo.

De reojo veo que mi hermano percibe ese gesto, tuerce el gesto en descontento, y camino a mi oficina con Chris siguiéndome.

Capítulo 22

—No sé qué pasó anoche —dice pasándose las manos por el cabello con nerviosismo—, solo me desperté en la habitación de un hotel al que no recuerdo haber ido.

En ese momento empiezan a llegarme mensajes al móvil. Lo saco y empiezo a pasar las fotos, todas de Chris y Susana en la cama de un hotel.

Por Dios, ¿qué es esto? No puedo creer lo que estoy viendo. Levanto el celular y se lo pego en la cara a Chris.

—Creo que esto refrescará tu memoria —digo furiosa.

—Pe-pero...

—Nada, Chris, me llegó un mensaje tuyo anoche avisando de que no te esperara, que llegarías tarde, y una foto de ti cenando con tu madre y Susana —añado.

—Alex me llamó, me pidió encontrarnos. Me dijo que algo muy grave iba a suceder, que era muy importante que habláramos. Como el lugar era a un par de manzanas de aquí, pensé que hablaríamos un rato y luego estaría a tiempo para estar en la inauguración. —Sacude su cabeza y me mira con súplica en los ojos.

—No sé qué pasó, pero lo único de lo que estoy convencida es de que lo nuestro no puede ser. Lo intentamos, Chris, pero el amor no es suficiente. Demasiada gente no nos quiere juntos y lo peor es que no son cualquiera, son nuestras familias...

—Por favor, no es así, mi familia eres tú. No quiero a nadie más. —Me abraza con fuerza impidiendo que me separe de él.

—Es imposible seguir insistiendo en algo que, desde un comienzo, ha estado destinado a no ser. Se acabó. —Me separo de él, pero no puedo mirarlo a los ojos.

—Rendirse no es una opción para mí, no hay nadie más, esas fotos... ni-ni las recuerdo, no sé cómo lo hicieron y no entiendo cuál es el interés de ellos, yo sabía que Alex no tenía buenas intenciones...

—Eso es lo de menos y no te culpo. Ahora, tengo que ver cómo sigo con todo. ¿Acaso no has visto el desastre de afuera?! —le grito.

—Juntos, lo solucionaremos juntos. Yo no puedo seguir sin ti. —Vuelve a abrazarme.

—Me siento mal en este momento, no quiero arrepentirme de lo que diga, además, ¿cómo puedo dejar pasar lo de las fotos...?

—Es una trampa, algo que han organizado ellos —dice casi gritando.

—Eso no cambia lo que te dije: tu madre es quien apoya a Susana. Cree que ella es mejor para ti y tal vez tenga razón.

—Por Dios, Ali, ¿cómo puedes decir eso? —Me mira enojado, casi rabioso. Lo veo apretar

los puños como parándose antes de golpear algo. De pronto la puerta se abre.

—Creo que es mejor que te vayas, Chris. Mañana las cosas estarán más claras —le dice John, tomándolo del hombro.

—Esto no va a quedar así, voy a averiguar cueste lo cueste lo que hicieron esas, esas.... — Cierra los ojos con fuerza y suspira—. Todavía no entiendo qué buscan con todo esto, pero supongo que no ha de ser nada recto.

La semana pasó. John me hizo un préstamo para arreglar todo lo del café con la promesa de que me dejaría pagarle apenas empiece a tener un poco de ganancia y Mila está muy preocupada por mí. Por otro lado no he dejado de recibir mensajes de Chris deseándome los buenos días y las buenas noches, recordándome que sigue amándome. A pesar de que continúo enojada y con dudas no me he quitado el anillo del dedo, pero sé que tarde o temprano deberé tomar una decisión definitiva respecto a Chris y a mí. Mila me contó que habló con él, que debería darle una oportunidad y eso es mucho decir; para que mi amiga me dé ese consejo, significa que la ha convencido.

—A veces las cosas no son lo que parecen, Ali —dice Mila antes de llevarse la taza de café a los labios—. Solo escucha lo que tiene que decirte, no pierdes nada.

—Lo haré, amiga, solo necesito un poco más de tiempo. Mira este lugar, está lleno y apenas empiezo, no puedo estar más contenta, no después de haber creído que lo había perdido todo.

—¿De qué te sirve? Se nota que no estás contenta. Accedí a escuchar a Chris porque sé lo que significa él para ti. Además, Felipe me ha contado lo mal que se lo ve. Me dijo que estos últimos días ha sufrido de fuertes dolores de cabeza.

—¿Acaso él te ha enviado a que intercedas en su nombre? ¿Ahora eres la defensora de pobres, reos y ausentes? ¿En qué momento has cambiado de profesión? —pregunto.

—Son muchas preguntas, no quiero pensar tanto. ¿Me das un trozo de pastel de manzana con canela? Le sale perfecto a Estela, es lo más rico que he probado en toda mi vida —me dice, evitando responderme.

—Toma, espero que lo disfrutes. —Dejo el plato frente a ella.

La campanilla de la puerta suena y las veo entrar, más orondas y engreídas que nunca. Lo que faltaba, la bruja y su aprendiz. Miran todo como si estuvieran sincronizadas en una coreografía perfecta. Miro mi mano y me quito el anillo. Lo meto en el bolsillo de mi delantal.

—Me sigo preguntando, ¿qué vio mi hijo en ti? Ahora eres camarera, es lo único que faltaba agregar a tu currículum —me dice la madre de Chris una vez que queda frente al mostrador.

—Por lo menos me gano la vida honestamente y no ando estafando a nadie —le respondo.

—¿Acaso me estás acusando de algo? Eso puede salirte muy caro, no sabes a quién te enfrentas —añade cruzando los brazos sobre su pecho .

—A quién le quede el sayo que se lo ponga, ¿verdad, Susana? —Miro a su cómplice.

—Siempre tan maleducada, se te nota la hilacha, Alice. Estoy muy contenta de que Chris se haya dado cuenta a tiempo —agrega la víbora.

—Las dos estáis muy equivocadas —dice Mila, poniéndose frente a ellas y señalándolas con la cucharita.

—Aleja eso de mi cara. ¡Qué asco! ¡Qué falta de educación! —chilla Susana.

—Vosotras sois las maleducadas, además. La casa se reserva el derecho de admisión y permanencia. Vosotras no sois bienvenidas —añade Mila, colocando su cucharita más cerca de la cara de Susana, que empuja su mano con violencia.

—No sé qué le habrá dicho Susana sobre mí, pero le aseguro que nada es verdad. Mi único pecado puede ser que amo a su hijo con todo mi ser. No creo ser merecedora de su desprecio. Por desgracia, habéis logrado vuestro cometido: Chris y yo ya no estamos juntos. Espero que usted —le digo a la mamá de Chris, señalándola con el dedo—, tenga un buen motivo para hacer todo lo que hizo. Ni siquiera el que haya estado cerca de la muerte ha tocado su corazón. Ni usted ni Susana son dignas de tener a alguien como él en sus vidas.

—¿Acaso tú sí lo mereces? —dice Susana, tan engreída como siempre.

—No sé, pero por lo menos lo quiero con sinceridad y no necesito recurrir a trucos baratos para que él me elija.

—Tú quieres quedarte con su herencia, ser parte de su familia, seguro que tu madre te enseñó todos sus trucos...

—¿De qué estás hablando? —la interrumpo antes de que termine de decir tantas estupideces—. Ni siquiera sabía nada de la familia de Chris hasta que apareció la señora Grace hace unos meses.

—Te haces la mosquita muerta. Mi padre me contó la forma en que tu madre atrapó a tu padre, quieres hacer lo mismo con Chris...

—¡Basta! ¡Fuera! —Señalo la puerta—. ¡Salid de aquí, ahora! —grito, saliendo de atrás del mostrador y empujándolas hasta la salida—. No os quiero volver a ver por aquí, id con vuestras miserias a otro lugar.

—¡Pero por favor...! Eres una maleducada —dice Grace una vez en la puerta—. De todas formas, ya he corroborado lo que me interesaba saber, ahora me voy. —Da media vuelta y camina sin fijarse que su secuaz la siga.

—No dejes que esas víboras te afecten —me dice Mila.

—No es eso, solo que no pertenezco a ese mundo. Las intrigas, las mentiras, el lujo... —Cierro la puerta y me quedo mirando cómo se alejan.

Después de la no muy agradable visita me he dado cuenta de que continuar con los planes de boda con Chris no es la mejor opción para nosotros. Será mejor que cada uno siga su camino, por lo que me animo a enviarle un mensaje, pidiéndole que nos encontremos al cerrar el café. Me parece que será mejor un lugar neutral y con una mesa de por medio. Creo que si lo hago en la

oficina será más formal y convincente. Todo el día me paso pensando en las palabras exactas, pero es imposible. Siento que estoy yendo contra mí misma y al final del día, cuando todos se marchan, me pongo a llorar. No seré capaz de terminar con él en persona, será mejor que me vaya antes de que llegue. Cierro todo rápidamente y me marcho. Una hora después estoy tirada en el sofá viendo una serie en la televisión y el timbre suena. Abro la puerta sabiendo perfectamente quién está al otro lado.

—Dejémonos de tonterías, Ali, no podemos seguir separados —dice entrando. Yo suspiro y cierro la puerta.

—Tampoco podemos seguir juntos...

—¿Por qué? A mí no me importa lo que los demás digan y esas fotos, te juro que fue una trampa. Me hice un análisis y detectaron drogas en mi sistema.

—No puedo creer lo que me dices, es que no es posible que hayan hecho algo así. ¿Acaso no te das cuenta de que son capaces de hacer cualquier cosa?

—Ya he solucionado todo eso, he renunciado a mi parte de la herencia. Eso es lo único que preocupaba a mi madre y mi hermano. Ahora soy libre, ya no molestarán y no creo que Susana siga interesada en mí.

—Pero ¿qué ganaba tu mamá casándote con Susana?

—Mantenerme vigilado, bajo su yugo con alguien que es igual o más manipuladora que ella.

—Es que se pasaron, en serio son de cuidado. Son peores que Helena y eso es mucho decir.

—Por favor, no dejemos que arruinen lo que tenemos. Tú eres la persona con la que quiero compartir mi vida. No sabes cuánto sufro estando lejos de ti, no me alejes, te lo ruego, Ali. —Me mira a los ojos y se acerca tanto a mí, mi corazón late con tanta fuerza que lo puedo sentir retumbar en mis oídos.

Claro que lo amo, es tan fuerte lo que siento, tan real. Además siento que él ha hecho un sacrificio por nosotros; esas brujas no pueden lograr su cometido. Hago una pausa y la parte lógica de mi cerebro me dice que lo piense mejor, pero mi corazón insiste en que lo bese y acepte todo. Cierro los ojos, rodeo su cuello con mis brazos y lo beso. Es agradable sentir su sabor en mis labios, su aliento fresco a menta y café es delicioso. Con suavidad él coloca sus manos a cada lado de mis caderas, presionando con más fuerza su cuerpo contra el mío. Subo mi mano por su cuello hasta sentir su sedoso cabello entre mis dedos.

—Lo retomamos donde lo dejamos —me dice y se aleja un poco de mí. Toma mis manos y las mira. Cuando no ve el anillo tuerce un poco el gesto.

—Lo tengo en mi bolso —le digo con pena.

—Pues debería estar justo aquí —añade. Levanta mi mano y la besa con ternura—. Tú eres mi motor, Ali, la que me impulsa a seguir. No concibo mi vida sin ti en ella.

—Ahora sé mucho más de tu vida, pero no puedo negarte que sigo sin entender a Grace y a

Alex. —Camino hasta el sillón y busco en mi bolso el anillo. Él me lo arrebató y lo pone en mi dedo. Con suavidad me aprieta la mano entre las suyas sin dejar de mirarme a los ojos.

—Nunca más te lo quites...

Capítulo 23

—Tenemos que preparar una boda, Ali, no estás prestando atención a lo que te digo. —Mila mueve sus manos frente a mi cara.

—Ya te lo he dicho, eres tú la que no me escucha. Será algo íntimo, solo amigos y familiares. —Me nuevo por el café con ella detrás de mí.

—Te puedes quedar quieta un rato, ¿acaso has bebido combustible esta mañana en lugar de café? Apaga el motor.

—No me gustan esas cosas, prefiero que escapemos a Las Vegas y nos casemos ahí.

Mila me toma de brazos haciéndome sentar en uno de los sofás.

—Escúchame, vamos a hacer esto, tenemos menos de dos meses para hacer un milagro. ¿Está libre el sitio? —me pregunta.

—¿Qué sitio? —digo confundida.

—El sitio para la ceremonia y la recepción. A ver, hagamos una lista; Emiliano se ofreció a ayudar. El novio también, tu hermano y obvio el mío, que aunque no quiera lo voy a obligar. Somos, uno, dos, tres... seis personas. —Cuenta con los dedos y luego saca su agenda y un bolígrafo de su bolso y empieza a anotar—. Sitio, pastor, flores, tarjetas, pastel, vestido, catering, decoración, ramo, música, ambientación.

—¿Por qué no buscamos una organizadora de eventos? —le digo—. En serio que me estresa todo esto.

—Es una buena opción. Voy a hablar con una compañera de trabajo que se casó hace poco y le pediré el número de la que organizó su boda. —Empieza a buscar el contacto y la llama.

—Voy a atender una mesa y regreso —le aviso, caminando hacia el hombre que acaba de sentarse.

—Buenas tardes y bienvenido... ¿Qué quieres? —le digo sin terminar la frase.

—Solo hablar contigo. Dame una oportunidad de explicarme. Cometí un error, pero estoy arrepentido —dice William.

—No puedo creerte. No me interesa ni tampoco me quita el sueño lo que hayas hecho con Susana. —Coloco las manos en mi cintura.

—Fueron Susana y tu futura suegra. Yo estaba con problemas financieros, me hago cargo de mi padre que está en un hogar de ancianos y no podía seguir pagando la mensualidad.

—William, ya te he dicho que no me importa. ¿Vas a pedir algo? —Agarro la pequeña libreta y el bolígrafo.

—Fue tu suegra la que me contrató para estar cerca de ti. Quería que hiciera cosas peores. pero me negué, ella y Susana lo planearon todo. —Tamborilea los dedos sobre la mesa y mueve

con nerviosismo una de sus piernas—. Ali, me di cuenta de que tú y Chris sois buenas personas.

—Ya está, lo que pasó, pasó.

—Fueron ellas las que mandaron a destruir tu local, también las que organizaron lo de Chris esa noche. Tu cuñado tampoco es alguien en quien debas confiar.

—Me he dado cuenta de eso. ¿Por qué ahora vienes a contarme todo esto?

—El cargo de conciencia, supongo. A pesar de estar preocupado por mi padre no pude olvidar lo que él y mi madre me ensañaron y con lo que hice traicioné todo eso.

—¿Sigues trabajando en la empresa?

—No, la señora Grace hizo que me despidieran. —Apoya los codos sobre la mesa y se tapa la cara. Veo cómo sus hombros suben y bajan debido a un profundo suspiro.

—Lo siento mucho —le digo colocando una mano en su espalda—. Todo tiene solución, vamos a hablar con Chris, seguro que no va a negarse a echarte una mano —añado.

—¿Qué hace él aquí? —inquire Chris.

—Chris, solo escucha lo que tiene que decir. Os voy a traer café y hablamos. —Les sirvo y me siento junto a Chris.

En la vida siempre hay obstáculos, lo importante es la manera en que los superamos. La honestidad y sinceridad en nuestro proceder son importantes. Entiendo que, si obtenemos algo a costa de vender nuestros ideales, traicionándonos a nosotros mismos, se vuelve difícil disfrutar del logro. Si realmente en el fondo poseemos un poco de humanidad, en algún momento nos damos cuenta de que nos equivocamos y cuando eso sucede lo más lógico es arrepentirse. Si es genuino el arrepentimiento, se siente y podemos continuar con nuestra vida de manera correcta. Tal vez no sea lo que soñamos, pero por lo menos podemos dormir con tranquilidad, sin que nuestra conciencia nos perturbe.

—Mira, William, no termino de confiar en ti, pero... —Chris lo observa seriamente—, no por ti, sino por tu padre voy a ayudarte. Tengo un proveedor que está buscando personal administrativo. Te espero mañana a primera hora en mi oficina, trae tu currículum —le dice después de escuchar su parte de la historia.

—¡Gracias! En serio que estaba desesperado. —William se pone de pie y nosotros también—. ¿Cuánto es? —me pregunta.

—Nada, la casa invita —le digo, abrazándome a Chris.

—De nuevo, muchas gracias. —Extiende la mano hacia Chris para despedirse y él la toma.

—Ali me enseñó a dar segundas oportunidades. Es a ella a quien se lo tienes que agradecer —responde Chris, besando mi sien.

—A los dos, gracias. Esa palabra no expresa todo lo que siento, pero no encuentro otra. Nos vemos mañana. Adiós, Ali. Y felicidades a los dos por la futura boda, de corazón espero que seáis

muy felices, os lo merecéis. —Lo veo marcharse y me siento orgullosa de mi prometido. Me abrazo a él y lo beso con emoción.

—Guau, eso me gusta, ¿por qué no pasamos el resto de la tarde en mi apartamento? —dice todavía muy cerca de mis labios.

—Creo que eso no será posible —habla Mila detrás de mí—. La organizadora ha aceptado trabajar con nosotras, está en camino.

Estamos a una semana de la boda y todo está marchando sobre ruedas, pero me falta hablar con mis padres: realmente quiero que mi papá me lleve hasta el altar. Aparco frente a su casa, agarro con fuerza el volante y apoyo la cabeza en este, intentando con ese gesto hacerme de valor para ir a hablar con ellos. De repente siento que alguien golpea el cristal de la ventanilla, me sobresalto y puedo ver a mi padre. Está sonriendo con amabilidad. Me bajo y él me guía en silencio hasta el jardín.

—Papá —digo una vez que nos sentamos y él prende un cigarrillo—, he venido a invitaros a mi boda. Realmente me hace ilusión que camines conmigo hasta el altar. —Él aspira el humo disfrutando del momento. Probablemente mi madre no está en casa y por eso está fumando. Exhala el humo mientras mira hacia la nada.

—Será un honor para mí —dice finalmente y tira la colilla entre las flores preferidas de Helena—. Estaba esperando que me lo pidieras y me hace muy feliz que hayas venido. —Me abraza y nos quedamos así un largo tiempo, en silencio, solo disfrutando de la vista y de la compañía.

—¿Helena está en casa? —le pregunto con duda. No sé si tendré la misma recepción con ella.

—No, está de viaje con unas amigas. ¿Te quedas a almorzar conmigo? Me siento muy solo en esta casa tan grande —dice acariciando mi hombro.

—Claro, me encantaría. ¿cuándo regresa? —pregunto mientras nos ponemos de pie para caminar hacia la cocina.

—En una semana —dice y abre la heladera—, pero la voy a llamar para que esté a tiempo para tu boda —habla con la cabeza dentro de la nevera—. No sé qué preparar, cuando no está tu mamá solo pido comida preparada, i no está la cocinera.

—Hazte a un lado, voy a preparar algo para nosotros, solo deja que avise a Chris para que no me espere.

—Estoy muy orgulloso de ti, no importa lo que diga tu madre. Tu empuje y decisión me hacen recordar mis años mozos. La empresa familiar la empecé desde cero con mucho esfuerzo y sacrificio. En su momento también tuve que hacer frente a mis padres, no solo con mis sueños emprendedores, sino que con lo de tu madre también —me habla mientras cocino. Miro su rostro y puedo ver un brillo especial en ellos, algo que nunca pude distinguir en él.

—Papá, siempre admiré tu forma de trabajar, aunque casi no tuvieras tiempo de estar con nosotros —digo mientras pico las verduras.

—No fui un buen padre, pero espero que John y tú lo hagáis mejor que yo. —Me observa con el codo sobre la mesada y el rostro apoyado en su mano—. He decidido jubilarme, dejaré todo en manos de tu hermano y espero que pronto lleguen los nietos, porque voy a tener mucho tiempo libre y puede que me redima con ellos.

—Me alegra saber que al fin vas a descansar. Tienes que viajar, revivir el fuego con mi madre. Yo no puedo quejarme, papá, hiciste lo que creíste era correcto. Nadie es perfecto y tampoco hay una escuela para aprender a ser padres. Lo que nunca debes dudar es que John y yo os queremos, a ti y a mamá. —Pongo el plato frente a él y le doy un beso en la mejilla. Él me abraza y llora; nunca lo había visto demostrando debilidad. Eso me entenece, así que le devuelvo el abrazo, un gesto que borra todo resentimiento y culpa.

Pasamos la tarde conversando, es como si nos estuviéramos redescubriendo. Él me cuenta sus anécdotas de sus años en el instituto y la universidad, de cómo conoció a mi madre.

—Helena no siempre fue tan fría. Cuando nos conocimos, su espíritu libre y loco fue lo que me conquistó. Ella me acompañó en muchas de mis aventuras, siempre me apoyó. Creo que fui yo el que colaboró para que ella cambiase tanto y extraño todo eso —dice con voz soñadora.

—Estoy segura de que podéis recuperarlo, vuelve a conquistarla, rememora aquellas épocas y haz todo de nuevo.

—Voy a intentarlo, mientras haya vida hay esperanza —me dice palmeando mi mano con cariño.

—Tengo que irme, pero te invito a desayunar mañana. Ven a conocer mi café, Estela hace los mejores pasteles que podrás probar. —Me levanto y camino a la puerta de salida.

—Gracias por venir, me has dado la mejor sorpresa y he pasado una de las mejores tardes en muchos años. Te quiero, hija, no suelo demostrarlo, pero es así. —Me abraza y luego toma mi rostro entre sus manos y besa mi frente. Veo una lágrima correr en su rostro. La seco con mi pulgar.

—Yo también te quiero. No olvides que mañana tenemos una cita, te estaré esperando —le digo y me voy.

De camino a mi apartamento. Me siento más libre, es como si me hubiese quitado un peso de encima. Me siento de mejor humor, más entusiasmada y positiva. Por lo visto el creer que mis padres no estarían presentes me estaba afectando de manera inconsciente. Todavía no sé si mi madre estará, pero espero que mi padre pueda convencerla de dar el brazo a torcer. Llego a casa y encuentro a Chris en el salón viendo la televisión. Al verme me hace señas para que lo acompañe. Me siento a su lado y empiezo a contarle todo lo sucedido con mi padre, él solo me abraza y asiente con la cabeza mostrando una sonrisa complacida.

—Estoy tan contento, Ali, sé lo importante que es para ti. Lo único que quiero es que ese día sea el mejor y, si tú estás bien, yo también lo estaré. Ahora, ¿puedo tener mi despedida de soltero? —me dice mientras me besa y cuela su mano debajo de mi blusa.

—Según entiendo —le digo antes de jadear al sentir la tibieza de su mano sobre mi seno—, la

despedida la deben hacer tus amigos.

—Me interesa más esta —añade antes de besarme.

Yo entreabro los labios un poco intentando tomar aire y él aprovecha para profundizar el beso; ya no existe espacio entre los dos, puedo sentir cada centímetro de su cuerpo. Al mismo tiempo nos deshacemos de nuestra ropa, fundiéndonos en un abrazo, y solo se escucha el sonido de nuestras respiraciones aceleradas por el deseo, por la necesidad del uno por el otro.

Con un movimiento rápido me pone a horcajadas sobre él y acaricia mi espalda con las dos manos, bajándolas lentamente hasta dejarlas sobre mis nalgas. Yo me separo un poco para observarlo: está con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el respaldo del sillón. Beso una cicatriz al lado de su hombro y voy subiendo mis labios por la curvatura del cuello hasta llegar a su rostro y luego a sus labios. Puedo sentir su excitación creciendo, apoyo las manos en sus hombros y lo ayudo a penetrarme, descendo lentamente hasta que lo siento completamente dentro de mí. Con él todo es tan suave, tan excitante.

El mundo parece detenerse a nuestro alrededor, me muevo suavemente de adelante hacia atrás, lo siento llenar cada espacio. Él se endereza un poco y empieza a besar mis pechos, lame con suavidad mis pezones y luego levanta un poco las caderas, profundizando. Los dos gemimos al mismo tiempo; él sostiene con fuerza mis caderas empujando cada vez más hasta quedarse totalmente quieto, yo rodeo su cuello con mis brazos pegando mi torso al suyo y puedo sentir su corazón palpar tan rápido como el mío, siento cómo la piel se me eriza ante el inminente estremecimiento que produce el éxtasis.

Un temblor sacude mi cuerpo y puedo sentir su tibia liberación en mi interior. A pesar de estar totalmente empapados en sudor nos quedamos así hasta que nuestras respiraciones vuelven a la normalidad. Entonces él me levanta y camina conmigo en sus brazos hasta el cuarto de baño. Después de ducharnos nos acostamos, él abrazado a mi espalda, como siempre.

—Te amo, Ali —susurra en mi oído.

—Yo también te amo —le digo en un bostezo—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —repite arrimándose aún más a mí.

Capítulo 24

Cuando conocí a Chris no imaginé ni por asomo que me casaría con él. Lo había soñado, eso sí, pero no creía que fuera posible, y ahora estoy a cuarenta y ocho horas de convertirme en la señora McMillin. Chris se está vistiendo cuando entro al cuarto y me quedo mirándolo apoyada en quicio de la puerta. Al terminar de ponerse unos vaqueros negros y su camiseta gris se queda mirándome con esos hermosos y penetrantes ojos celestes.

—Estás preciosa —me dice mientras camina hacia mí—, y cuando me miras de esa forma, siento que puedo hacer cualquier cosa.

—Chris, ¿me seguirás queriendo y mirando de esa forma, cuando esté vieja y arrugada? —le pregunto con una sonrisa torpe.

—Mis ojos siempre te verán bella, mi corazón mantendrá eternamente este amor como la primera vez que te vi, eres mi todo, mi complemento perfecto. A tu lado es donde quiero estar siempre. —Me abraza y besa con dulzura.

—Te amo tanto —le digo abrazándolo con fuerza.

—Te llevo a casa de Mila, que tengo que buscar a Felipe de paso —dice y sostiene mi mano.

—Está bien —le respondo.

Asiento resignada a las locas ideas de Mila. Ema y Darla han venido para participar en la despedida de soltera y la boda, y ahora mismo estamos en un bar de strippers. No era mi idea hacer esto, pero es imposible llevarles la contraria a mis amigas, cuando algo se les mete entre ceja y ceja no paran hasta conseguirlo. Me imagino que Chris estará haciendo lo mismo, por lo que no podré reclamarle nada después, ni él a mí. La música suena muy fuerte y hombres semidesnudos pasean por el lugar con bandejas en las manos sirviendo a los clientes.

—Bellezas, ¿qué les traigo para beber? —dice un moreno con el vientre tan marcado que hasta podría lavar su ropa en él. Nos mira con una sonrisa torcida esperando que hagamos el pedido.

—Para mí un refresco, por favor.

—No —dice Mila, arrastrando la palabra exageradamente—. ¡Tequila para todas! —grita entusiasmada—. Es la despedida de soltera de mi amiga, tenemos que festejar a la víctima —añade.

—Entonces será tequila, ¿algo más? —pregunta, mientras saca un bolígrafo y una pequeña libreta de la cintura de su tanga para anotar el pedido.

—Por ahora eso es todo, gracias, guapo —dice Mila. Yo estoy a punto de levantarme e irme.

El camarero aparece con las bebidas y otro hombre detrás que deja sobre la mesa un cotillón acorde a la ocasión.

—Me han dicho que hoy tenemos a una pobre mujer que muy pronto se echará la soga al cuello, así que le vamos a hacer un show especial para que recuerde lo que está dejando atrás. Quién

sabe, quizás le hacemos recuperar la razón —dice el hombre.

—¡Gracias! —chillan mis tres amigas, apoderándose del cotillón.

—¡Brindemos! —grita Ema para que podamos escucharla sobre la estridente música—. ¡Por Ali! —Levantamos los chupitos, los chocamos y bebemos de golpe el líquido—. Otra ronda — pide con el vaso en alto al camarero que pasa frente a nosotras.

Las luces del escenario se encienden y la música cesa por unos instantes. Entonces sale el que supongo es el presentador con el micrófono en una de sus manos, se para en el centro y empieza a hablar.

—Sean todas ustedes, mujeres hermosas y calientes, bienvenidas al show especialmente sexy del Dark Hot Club. Esta noche vendrá la policía, porque se cometerán muchos crímenes. Todas las mujeres a punto de casarse serán inmediatamente detenidas por nuestro equipo de fuerzas especiales. No intenten escapar, nuestros oficiales están armados y saben cómo usar su arma reglamentaria. —Las luces se apagan y empieza a sonar una música de fondo.

—Señorita Alice —me hablan desde atrás—. Queda detenida por alteración del orden público. —Un hombre disfrazado de policía me agarra del brazo. Yo miro a mis amigas como suplicando para que no me dejen hacer esto.

Ellas aplauden y chillan descontroladas en lugar de ayudarme. El hombre me lleva hasta el escenario, donde una luz alumbró una silla colocada en el centro de este, me hace sentar y el volumen de la música aumenta: «Addicted To Love» de Robert Palmer empieza a sonar. Mientras, el hombre cuyo rostro no puedo distinguir por el sombrero, los lentes y la luz que me encandila se coloca a horcajadas sobre mí sin apoyarse y meneó sus caderas sensualmente.

En un rápido movimiento queda de espaldas a mí, con su trasero rozando mi regazo, toma mis manos y las coloca sobre su torso, subiéndolas y bajándolas lentamente. Bruscamente abre su camisa y vuelve a repetir el movimiento con mis manos, ahora sobre su pecho desnudo. La música para y él se levanta.

Cuando el sonido regresa se agacha dejando sus nalgas prácticamente en mi rostro, pone las manos en sus tobillos y sigue meneando las caderas, se endereza y coloca las manos en la cinturilla del pantalón, amagando que se lo quitará. Las mujeres estallan en gritos, silbidos y aplausos desenfrenados, él levanta la mano y con el dedo índice niega como burlándose de todas.

Camina lentamente alrededor de la silla, quedando detrás de mí. Las mujeres enloquecen aún más, gritan y aplauden. Siento cómo coloca las manos sobre mis hombros y las desliza hasta los antebrazos, después sube una de sus manos hasta mi cabeza inclinándola levemente y exponiendo mi cuello por el que pasa la lengua y luego besa. Es cuando pienso mandar todo a la mierda, creo que esto ya no es parte del show. Intento levantarme, pero él me sostiene con fuerza y escucho que me habla.

—Ahora usted será llevada a la estación de policía —dice en mi oído. Giro un poco y veo a un sonriente Chris—. Está arrestada, señorita Diangelo, y no tiene opción a fianza.

Me levanta en sus brazos, mientras el público femenino aplaude y le grita cosas que ni yo me

animo a decir que quiero hacerle. Vamos tras bambalinas y me deja en el suelo con suavidad.

—Estás loco —le digo riendo—. Has estado a punto de llevarte un golpe.

—Tú me vuelves loco, ¿quieres acompañarme? Tengo un adelanto de tu regalo de bodas. —Me sostiene de la mano guiándome hasta la puerta trasera de salida.

—¿Y las chicas? —pregunto.

—No te preocupes, quedan en buenas manos —responde—. ¿Ya has cenado? —añade. Yo solo niego con la cabeza.

Nos subimos a su coche y conduce hasta su apartamento. Antes de bajar me entrega un sobre que saca de la guantera.

—¿Qué es? —pregunto.

—Algo muy especial, revisa el sobre —dice. Lo abro y dentro hay dos billetes de avión a Turquía.

—No hacía falta esto —digo—. Yo no tengo nada para darte —susurro bajando la mirada.

—El saber que estaremos juntos es suficiente. —Levanta mi mano hasta sus labios y la besa.

Hoy nos levantamos muy temprano; tengo que ir a retirar mi vestido y ultimar algunos detalles que faltan para la boda, por lo que llego tarde a la cafetería. Entro por la puerta de atrás y veo a mi madre en la cocina conversando con Estela y Nohemí. Como siempre, exagera con su saludo.

—Querida, estábamos a punto de llamar a la policía. Ya pensábamos que la loca de Susana te había secuestrado —dice mientras me abraza.

—Hola, mamá, cuánto tiempo —respondo, un poco sofocada porque no me suelta—. Hola, chicas —saludo a Estela y Nohemí.

—Hija, ¿no has oído las noticias? Está por todo internet y también salió en canal abierto.

—No, ¿qué ha pasado? —pregunto con curiosidad.

—El padre de Susana está metido en grandes problemas, creo que lo han perdido todo. Bueno, aunque se sospecha que tiene cuentas en Suiza o algún paraíso fiscal. Estafó a mucha gente, vendió un condominio o algo así, solo que nunca se construyó nada y ahora parece que se ha escapado.

—No puedo creerlo, después de haber acusado de lo mismo a Chris —digo mientras preparo un café—. ¿Quieres? —le pregunto.

—No, gracias. Estela ya me ha atendido y he probado su maravillosa tarta de manzana, tan alabada por tu padre. Hija, tenemos que hablar —dice.

—Claro, vamos a mi oficina. Estela, si viene el del catering me avisas, por favor. —Abro la puerta e invito a pasar a mi madre. Ella toma asiento en la silla frente a mi escritorio y mira todo

el lugar como inspeccionándolo.

—Alice, tu padre y yo hablamos largo y tendido de todo. Estoy de acuerdo con él, pero quiero que sepas que jamás tuve una mala intención. Yo solo quería lo mejor para ti, hija. Ahora me doy cuenta de que estuve equivocada y quiero que sepas que cuentas con mi apoyo, te amo y a tu hermano también. —Me siento enfrente y dejo la taza sobre la mesa.

—Como le dije a papá: Lo importante es que de ahora en adelante estemos juntos. Yo también os quiero y me hace mucha ilusión que me acompañéis mañana. Chris se pondrá muy contento, creo que hemos sido como su familia estos últimos años. —Me inclino un poco sobre el escritorio y pongo mis manos sobre las suyas.

—Me ha costado mucho tiempo darme cuenta del error en el que estaba viviendo y mientras tanto os alejaba a todos de mi lado. Pero creo que algo hicimos bien tu padre y yo, porque en serio estoy muy orgullosa de John y de ti. Os habéis convertido en adultos razonables, amables y cariñosos. Sois profesionales que estáis felices haciendo lo que más os gusta —dice sacando una de sus manos y secando una lágrima. Me levanto rodeando el escritorio y me acuclillo frente a ella.

—No soy nadie para juzgarte, mamá, habrás tenido tus razones para hacer lo que hiciste y creo que no fue con malas intenciones. Nadie es perfecto, ya no hablemos del pasado y miremos hacia adelante, yo te necesito a mi lado. Ni siquiera sé si he organizado o elegido bien todo para la boda, ¿podrías echarme una mano con eso? Por favor.

Ella se seca las lágrimas y sonrío de oreja a oreja.

—¿Puedo cambiar lo que no me guste? —pregunta.

—Puedes hacer lo que quieras, sabes que no sirvo para estas cosas —le digo antes de arrepentirme—. Pero la boda es mañana, no creo que puedas hacer gran cosa.

—He organizado mis mejores fiestas con menos tiempo, no te preocupes. —Coloca su mano en mi mejilla—. ¿Y tu vestido? Estela me dijo que fuiste a hacer la última prueba y traerlo, pero no lo veo —añade.

—Tengo que volver a por él en un par de horas, le van a hacer unos ajustes. Han tenido que soltar un poco la cintura —le digo.

—Um... —dice pensativa. Yo la miro y sonrío. Aunque ha cambiado un poco, no deja de ser la Helena que conozco en algunas actitudes.

—¿Quieres acompañarme? —pregunto.

—Obviamente, sí —responde emocionada—. Me tienes que dar el número de la organizadora de la boda y la dirección de dónde va a ser.

—Solo déjame que vea unos asuntos con Estela y deje todo en orden aquí para irnos con ella. Después podemos pasar a recoger el vestido —digo poniéndome de pie.

—Se te ha enfriado el café, pero creo que debes dejar de beber eso —dice levantando una

ceja. No sé por qué sale con eso ahora, pero es mejor que no pregunte.

—¿Me esperas? Vuelvo en cinco minutos.

—Te espero, no tengo prisa —dice y se acomoda mejor en la silla.

Estamos caminando por una de las avenidas más transitadas de Chicago y de repente un vehículo nos corta el paso casi embistiéndonos. Mi mamá me mira asustada y empieza a decirle cosas al conductor. Del coche baja un hombre que me mira fijamente y me toma del brazo obligándome a subir. Mi mamá empieza a gritar desesperada pidiendo ayuda.

Un hombre que no sé de dónde ha salido empieza a forcejear con el hombre del coche, que me suelta para defenderse y yo aprovecho para escaparme. El chófer arranca abandonado a su cómplice, que yace reducido en el asfalto. La policía no tarda en llegar y lo lleva detenido. Todavía temblando y nerviosa por lo que acaba de ocurrir, el oficial me dice que tengo que ir a presentar una denuncia por intento de rapto. Mi mamá me abraza e intenta calmarme, pero es imposible y empiezo a llorar.

—Deje que la lleve a urgencias, para ver si no la han lastimado. Que se tranquilice un poco y luego vamos a ir a la comisaria, oficial —le dice mi mamá.

—Está bien, vamos a acercarlas al hospital —indica el agente.

Camino al hospital le escribo a Chris, pero no le digo nada, pues es mejor que se lo cuente en persona.

—Está bien, hija, no ha pasado nada gracias al joven que nos ha ayudado. —Me acaricia el hombro intentando calmarme.

—Ya estoy más tranquila, no te preocupes —le digo, recostando mi cabeza en su hombro.

Capítulo 25

Cuando le dije a Chris que quería hacer la ceremonia en la terraza de su edificio no lo vi muy convencido, pero la hermosa vista que se tiene de Chicago desde ahí es un privilegio. Además, no son tantos invitados, solo familiares, amigos y algunos colaboradores de Chris, algo muy íntimo. Mi mamá no está muy contenta; ella quería una gran boda por todo lo alto, pero tiene la idea de que con John sí va a hacer una gran fiesta.

Bueno, John es una historia aparte y cuando hable con mis padres no sé qué pasará. Es por eso que le pedí que lo hiciera después de la boda, porque tengo miedo a la reacción de mi madre. Por otro lado, me entristece que la mamá de Chris definitivamente no me quiera en su familia y no haya aceptado estar presente hoy, como tampoco su hermano.

En lo que respecta a Susana, está acusada y buscada por intento de rapto, pues el hombre que fue atrapado por la policía declaró que ella lo contrató. También descubrieron al analizar las cámaras de los comercios vecinos que era uno de los hombres que causó los destrozos en el café, por lo que se suma otro delito al prontuario de Susana. Sospecho que ella y su padre creyeron que, si se casaba con Chris, solucionarían sus problemas económicos, pero el destino les jugó una mala pasada y hoy se encuentran en la ruina, no solo económica sino que también social.

El día de la boda, como nunca nada puede ser perfecto, estoy que vuelo de los nervios y para colmo mi amigo se ha olvidado de traer el ramo. ¡Solo eso le había pedido! Me pongo a su lado y le doy un golpe con el puño en el brazo.

—Pero ¿qué te he hecho? —me pregunta Emiliano.

—Nada, como a ninguna persona del sexo femenino —bromea Mila.

—¡Mila! —chilla Emma.

—¿Qué? No he dicho nada malo —replica Mila.

—¡Basta! Disculpa, Emiliano. Estoy muy nerviosa, es que te pedí encarecidamente que no olvidases el ramo —le digo preocupada.

—Ya te lo he dicho, lo trae John —responde exasperado.

—¿Cómo estoy? —les pregunto y giro para mirarme en el espejo.

—Hermosa —dice Darla acercándose por atrás para arreglar mi velo—. Con el ramo ya estarás perfecta.

—Lo único que falta es que empiece a llover —digo resoplando.

—Según el pronóstico tendremos buen clima, no te preocupes. Además, tu mamá hizo poner una gran carpa —comenta Emiliano.

—¿Ya está Chris? —consulto.

—¿Acaso lo dudas? No tienes salida, pero puedes hacerte la desmayada. Yo salgo a decirles a

todos que te has dado un golpe en la cabeza y no reconoces a nadie...

—¡Mila, cierra la boca, me estás poniendo aún más nerviosa...!

—¿Estás lista? —pregunta mi padre entrando a la habitación.

—No tengo el ramo —digo sentándome en una otomana frente al tocador. Todas las chicas dirigen la mirada hacia Emiliano.

—¡Qué mierda, ya está llegando John con el puto ramo! —grita—. Mirad, ahí está —dice señalando a un sudoroso y cansado John que entra respirando agitadamente y me entrega el ramo.

—Aquí... está... —dice entre respiración y respiración.

—Gracias, pero tienes que irte, eres el padrino del novio —le dice Emiliano, empujándolo hacia la puerta.

—¿Y mamá? —le pregunto a mi papá.

—Está torturando a la organizadora. Creo que las flores son de un rosa viejo, no del rosa claro que ella pidió —dice riéndose—. Pero es mejor que moleste a esa mujer que a nosotros. Ahora vamos, que todos esperan a la bella novia. —Suspira—. Estoy muy feliz, hija, sé que Chris es un buen hombre. Solo puedo darte un consejo: El matrimonio es algo que se edifica sobre la confianza, la comprensión y la empatía. Debes ser paciente y recordar que nadie es perfecto. —Besa mi frente con cariño—. No lo olvides, sobre todo cuando tengáis problemas, porque los vais a tener. La vida se trata de eso, pero cuando los problemas se comparten son menos pesados y entre dos todo se resuelve más rápido.

—Gracias, papá, te quiero.

—Yo también te quiero, mi princesa —dice—. ¿Eres feliz? —pregunta.

—Muy feliz, más que feliz —respondo sonriendo como una tonta.

—Entonces no hagamos esperar al novio, estaba sudando como un loco por los nervios —dice ofreciéndome su brazo. Lo tomo y caminamos hasta el lugar de la ceremonia.

Nos colocamos al comienzo del pasillo adornado con una alfombra roja y pétalos de flores. Las sillas blancas de los invitados se encuentran ubicadas a cada lado. No puedo creer lo hermoso que se ve todo, se nota el exquisito toque de Helena.

La marcha nupcial empieza a sonar y avanzamos lentamente por el corto pasillo. Mila y las chicas pasan primero. Observo a los invitados, que me miran con una sonrisa en los labios. Mi mamá está secando sus lágrimas de emoción y Chris, ¡por Dios! Está guapísimo en un esmoquin al estilo James Bond con John a su lado. Cuando nuestras miradas se encuentran, mis piernas empiezan a temblar y las manos me sudan. Mi papá me mira y palmea cariñosamente mi mano con la que estoy prácticamente sosteniéndome a él para no caer. Llegamos a la altura de Chris y mi padre me entrega. Antes de ir a su sitio junto a mamá, se acerca al oído de mi novio y le dice:

—Te estoy entregando mi tesoro más preciado, espero que sepas estimar y amar a mi hija, tanto

o más de lo que yo pueda llegar a hacerlo —le dice mi padre.

—Ella es y será todo para mí, no lo voy a decepcionar —responde recibiendo mi mano. Nos ponemos frente al sacerdote y empieza la ceremonia religiosa.

—Te ves hermosa, Ali —murmura Chris en mi oído.

El sacerdote da el discurso típico para una boda y llega el momento de los votos.

—Chris McMillin, ¿quieres recibir a Alice Diangelo como esposa y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad y así amarla y respetarla todos los días de tu vida? —habla el sacerdote.

—Sí, quiero.

—Alice Diangelo, ¿quieres recibir a Chris McMillin como esposo y prometes serle fiel en las alegrías y en las penas, en la salud y en la enfermedad y así amarlo y respetarlo todos los días de tu vida? —pregunta el sacerdote.

—Sí, quiero.

—El Señor bendiga estos anillos que vais a entregaros uno al otro

en señal de amor y de fidelidad. —John le entrega los anillos al oficiante.

—Alice, recibe este anillo como signo de mi amor y de mi fidelidad. —Chris coloca el anillo en mi dedo.

—Chris, recibe este anillo como signo de mi amor y de mi fidelidad. —Deslizo el anillo en el dedo de Chris.

—Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre. El novio puede besar a la novia —finaliza el sacerdote.

Chris levanta mi velo y nos damos un tierno beso en medio de aplausos y vítores.

En la recepción los padrinos dan sus discursos y luego llega la hora del baile. Chris toma el micrófono.

—Ali, eres la única que con solo una mirada puede llevarme a un lugar especial, un lugar donde todo es mucho mejor. Sé que al final del día a tu lado encontraré paz y fortaleza para hacer frente a cualquier problema, te amo y doy gracias a Dios por haberte encontrado. Quiero dedicarte esta canción que expresa parte de mi sentimiento hacia ti de una manera más elocuente y dulce, como lo eres tú. —Un hombre sentado al piano empieza a tocar los primeros acordes de «Sweet child o'mine», muy suave. Chris extiende su mano invitándome a bailar y me guía hasta el centro del salón. Empezamos a movernos lentamente y él susurra la letra de la música en mi oído:

Cuando la música termina nos perdemos en un profundo beso hasta que la voz de Mila nos saca de nuestra ensoñación.

—Probando, uno, dos, tres... probando. —Golpea el micrófono produciendo un sonido

molesto y chirriante—. Um..., disculpen. Me alegra tener la atención de todos, solo quiero decir que hace unos meses atrás no me imaginaba a Ali casada con McMier..., em... con Chris. Realmente no comprendía qué es lo que había enamorado perdidamente a mi amiga; en síntesis, el hombre no me caía bien.

»Pero ahora puedo decir, con conocimiento de causa, que Chris McMillin es un buen hombre. Demostró suficientemente ser una persona honesta, generosa y que se preocupa por los demás. Mi amiga no se queda atrás y merecía encontrar a alguien que realmente la adore y que le demuestre con hechos su amor. Chris, supiste qué pedir y te mereces ser feliz, los dos —dice señalándonos—, merecéis ser felices. Os quiero y no voy a llamarte McMierda nunca más. ¡Salud!

—¡Salud! —gritan todos levantando sus copas.

La fiesta continúa, todos se divierten, comen y bailan, hasta mi mamá. En un momento, Chris me aleja un poco del barullo para decirme que es hora de irnos. Mi madre, Mila y las chicas me acompañan a la habitación donde me había preparado para cambiarme, mientras John y Emiliano llevan mis maletas a la planta baja para que las suban al coche. Nos despedimos de todos para ir al aeropuerto. Ya en el vehículo me acerco a Chris, rodeándolo con los brazos y besándolo con locura. La emoción que siento es tan grande, que ni siquiera tengo vergüenza del chófer.

—Guau... me encanta y quiero más, pero no me gusta tener audiencia —dice Chris socarronamente.

—Chris, te dije que no tenía nada para darte como regalo de bodas, pero estaba equivocada, tengo algo muy especial —le digo y vuelvo a besar sus labios.

—Ya creo que sí y me gusta —señala.

—Es en serio, solo espera —le digo y busco en mi bolso. Saco un sobre y se lo entrego.

Él lo abre y empieza a leer, luego levanta la vista y puedo ver que tiene los ojos húmedos. Me levanta sentándome en su regazo, se abraza a mí y entre lágrimas empieza a hablar:

—¡Vamos a ser padres! —exclama—. Es de lejos el mejor regalo del mundo. —Toma mis manos y las besa, luego apoya su frente contra la mía mientras sostiene mi rostro y cierra los ojos—. Soy feliz, Ali, creo que es la primera vez en mi vida que realmente soy feliz. Eres mi esposa, mi bella y dulce esposa, voy a ser padre. Siente —me dice y coloca mi mano sobre su corazón que late rápidamente—. Eres la única que provoca esto en mí.

—Te amo, Chris. —Acaricio su rostro con ternura.

—Yo también te amo. —Nos besamos hasta llegar al aeropuerto.

—Señora McMillin, hemos llegado —dice Chris y me sostiene la mano para ayudarme a bajar del coche.

—La vida es generosa conmigo, debo dar las gracias cada día. Tengo que confesarte ahora que los peores momentos que pasé fueron los que estuve lejos de ti.

—Yo también, pero eso no volverá suceder. —Vuelve a besarme antes de bajar del coche.

Hoy empezamos a recorrer juntos el camino de la vida, un camino que en ocasiones puede ser sinuoso, con obstáculos y pruebas, pero estoy segura de que estando a su lado siempre saldremos adelante, juntos formaremos una familia hermosa. Criaremos y amaremos a este pequeño ser y a todos los que vendrán. Me siento orgullosa del hombre que tengo a mi lado y no me arrepiento de nada; todo lo que ha sucedido ha afianzado aún más este sentimiento, me ha ayudado a crecer y conocerme. Pero, sobre todo, a conocer a alguien realmente maravilloso. Tengo que decir que soy una mujer afortunada.

Aprendí que lo que realmente vale la pena a veces cuesta más de conseguir, pero que cuando lo tienes lo aprecias mejor. Que solo puedes amar verdaderamente a otra persona, cuando aprendes a aceptarte y amarte a ti mismo y que ese amor se extiende a todo tu entorno, mejorando tu vida y la de los que te rodean.

EPÍLOGO

Siete meses después...

—Chris, creo que he roto aguas. O es eso, o sufro de una gran incontinencia —le digo por teléfono.

—¿Dónde estás? Todavía no es la fecha, ¿qué hago? —me dice desesperado.

—Estoy en el café y me duele mucho la cintura. Ven ahora mismo y llévame al hospital —grito y corto—. Mierda, sí que duele. ¡Estela...! —grito por el dolor.

—Ali, solo respira con tranquilidad, vamos a caminar hasta el salón muy lentamente, apóyate en mí —me dice Estela—. Trae un vaso con agua —añade, dirigiéndose a una muy asustada Nohemí, y cómo no, Felipe está con ella.

—¿Puedo hacer algo? —pregunta Felipe.

—Llama a tu jefe y dile que se dé prisa —digo desesperada. El pobre me obedece—. Lo que no entiendo es, ¿qué haces todo el tiempo aquí? ¿Acaso no trabajas para Chris?

—Fui a hacer unos trámites y aproveché para venir a comer algo de paso —me responde.

—Ajá. Ay, por Dios, está a un par de manzanas, ¿por qué tarda tanto? —digo entre dientes.

Entonces Chris llega y me ayuda a subir al coche. Conduce como un loco, sorteando el fluido tránsito de la hora punta. No puedo creer que a mi hijo se le ocurra llegar en este momento. Las contracciones vuelven e intento no hacer tanto drama, pero es imposible, no lo soporto.

—Trata de respirar y grita en silencio, que me desconcentras. Podemos chocar —dice Chris sin apartar la mirada de la calle.

—Vete a la mierda, Chris, voy a gritar si quiero porque me duele y no pienso soportarlo en silencio. Para ti todo es muy fácil, no eres el que ha engordado once kilos y sufre contracciones, ni siquiera sé dónde me duele, o si quiero hacer caca o pipí. Así que cállate y conduce.

—El embarazo te ha vuelto grosera, Ali. —Lo miro y quiero darle un puñetazo. Creo que él siente mi mirada asesina y no vuelve a decir nada hasta que llegamos a urgencias.

Se baja y corriendo rodea el coche para ayudarme a descender, y un enfermero se acerca rápidamente con una silla de ruedas.

—Está embarazada y es peligrosa —bromea con el enfermero.

—No se preocupe, estoy acostumbrado y será mejor que, si aprecia su vida, no haga ese tipo de bromas, los puños de una embarazada pueden ser letales. —Ríe el enfermero, mientras empuja la silla de ruedas raudamente.

—No volveré a tener sexo contigo, Chris, eres un desconsiderado. —Otra contracción me

sacude.

—Solo bromeaba para que pienses en otra cosa, no he querido ofenderte. No te enfades, Ali.
—Sostiene mi mano y yo aprieto tan fuerte la suya que hasta puedo ver dolor en su rostro.

—No me dejes sola, por favor, tengo miedo y no quiero epidural. He leído que pueden dejarme parálitica si no saben ponerla, no lo permitas, Chris. —Vuelvo a apretar su mano con fuerza.

—Mami, es la hora, vamos a revisar tu dilatación y veremos cuánto falta para que tu dulce retoño conozca el mundo —dice el enfermero.

—¿Usted la va a revisar? —pregunta Chris, preocupado.

—Sí, señor, a eso me dedico. En un momento vendrán mis compañeras a ayudar —dice—. El ginecólogo de la señora está en camino, no se preocupe.

—Okey, está bien, lo importante es que Ali esté bien. Vas a estar bien, mi amor —me dice preocupado.

Después de unas largas horas de parto, unas cuantas maldiciones y de casi arrancarle el brazo a Chris, Matthew McMillin llega al mundo. Chris llora, yo lloro y el bebé llora.

—Si el bebé llora demasiado, posiblemente tenga hambre, Ali, es su manera de comunicarse, todavía no puede hablar —me dice Mila, acunando y meciendo a mi pequeño Matthew.

—Ya sé todo eso, pero nunca ha estado así. Es mejor que lo lleve al médico, ya le he dado de mamar, mira, mis senos están secos —le digo—. Ya le he cambiado el pañal, le he hecho eructar y le he quitado los gases. Nada funciona.

—Pues vamos al médico. Trae su bolsa, te acompaño —dice caminado y moviendo al pobre chico que seguro ha de estar mareado—. ¿Y el padre? —me pregunta levantando una ceja.

—Está trabajando, es lo que hace la gente normal —respondo juntando las cosas del bebé y colocándolas en la bolsa.

—No tengo la culpa de que me hayan despedido y no encontrar un buen empleo. Pero creo que empezaré a cobrarte por hacer de niñera —arremete con enojo.

—Discúlpame, hace dos noches que casi no duermo. No estoy pensando con claridad. —Me siento en la cama, dejando caer la bolsa estrepitosamente en el suelo.

—¿Acaso pensaste que tener un bebé sería como en los anuncios de pañales? Bienvenida a la realidad. Los bebés vomitan, hacen caca, chillan y babean. Obvio que ninguno con tanta gracia como mi sobrinito hermoso —dice, mirando y haciendo caras a Matthew—. ¿Verdad, mi bebé hermoso? Lo que pasa es que estas personas no te entienden. Tía Mila va a cuidarte, no te preocupes. Mira esos cachetes, mira esos cachetes...

—Le hablas como a un estúpido. Es un bebé, Mila, puedes hablarle normal...

—Pero qué falta de amor de madre, solo soy cariñosa con mi bello niño. No la escuches, Matthew. —Tapa sus oídos.

—Si le hablas así luego va a seguir tu ejemplo. Leí que no hay que hablarle así...

—No me importa, Ali, yo voy a hablarle como me dé la santa gana. Si no te gusta, tapate los oídos. Fíjate, se ha calmado. Ahora vamos al médico antes de que vuelva a llorar. —Camina con el bebé hasta la puerta.

—Señora McMillin, el niño está completamente sano. Es una etapa de adaptación de ambas partes, intente mantener durante el día la habitación del niño iluminada con luz natural o téngalo cerca de usted, que se vaya acostumbrando poco a poco a la rutina de usted y su marido. En poco tiempo sus horas de sueño se normalizarán —dice el pediatra.

—O sea, que sufre algo así como el jet lag de los bebés —pregunta Mila seriamente. El doctor contiene su risa.

—Nunca me habían planteado eso, pero es una forma de explicar lo que le sucede —responde —. Disculpe, no escuché su nombre —dice mirando a Mila.

«Por Dios, qué falta de profesionalismo, está coqueteando con mi amiga».

—Mila —dice ella, pestañeando tontamente.

—Disculpad por interrumpir vuestro momento, pero estamos aquí por mi hijo —replico indignada.

—Señora McMillin, simplemente siga haciendo lo que hace; el niño está sano y su desarrollo para un niño de un mes es el correcto. Si vuelve a inquietarse, masajee su vientre así y doble las piernecitas del bebé apretándolas contra su panza con movimientos circulares suaves. También puede darle té de manzanilla y, sobre todo, cuide su alimentación: intente no comer picantes.

—Espero al campeón el próximo mes para ponerle sus vacunas. —Coloca su mano sobre la panza de mi bebé.

—¿Te has dado cuenta de que el doctor no llevaba anillo y es guapo? —dice Mila.

—Hace tiempo que no me fijo en esos detalles —hablo mientras coloco al bebé en su asiento.

—Podrías hacerlo por tu amiga, tienes voluntaria para acompañarte a todos los controles —dice pensativa.

—Está bien, espero que no quieras cobrar por eso —le digo con ironía.

—Amiga, no te tomes en serio todo lo que digo, tú empezaste con eso de que la gente normal trabaja, no yo —dice y abre la puerta del acompañante.

—El próximo control le toca a Chris. Si no te molesta acompañarlo, por mí está bien —le digo una vez que me siento al volante.

—Por ese hombre podría aguantar a Chris un par de horas. Si tú lo haces, yo también soy capaz. —Ríe mientras busca algo en la radio.

—¿Sigue en pie lo de la cena de esta noche? —me pregunta.

—Claro, van a estar todos. Ya que no pude tener el baby shower, mi madre ha organizado lo de la cena —le digo mientras pongo en movimiento el coche.

—Bienvenidos —dice mi mamá mientras recibe a mis amigos. Papá está en el salón viendo un partido de fútbol con Chris—. ¡Todos al comedor! —grita tan fuerte que hace que mi padre se sobresalte y derrame un poco de su bebida.

—Mejor vamos, déjalo grabando y lo terminamos de ver después —le dice mi padre a Chris.

Cada uno ocupa su lugar y lo único que yo quiero hacer es comer lo más rápido posible antes de que el bebé se despierte, pero mi mamá empieza con sus discursos y todos la escuchan con atención. Entonces John se levanta para hablar y ya me veo venir el drama. Carraspea y mira a Emiliano que abre muy grandes los ojos.

—Bueno, aprovechando que estamos todos reunidos, quiero comunicaros una decisión muy importante para mi vida. Sabéis que todos los presentes —pasea su mirada por todos y cada uno de nosotros—, sois muy importantes para mí y espero vuestro apoyo incondicional. Emiliano y yo hemos decidido sacar a relucir nuestra relación; hace años que nos amamos y por miedo al rechazo y al qué dirán decidimos separar nuestras vidas. Pero en el corazón no se manda y, bueno, aquí estamos, juntos. —Mira a Emiliano, que se queda tieso; me da miedo que le dé algo.

Silencio, no vuela ni mosca. Entonces Chris habla.

—Te felicito, hermano, los dos sois muy valientes y espero que seáis muy felices —dice Chris—. A la salud de John y Emiliano. —Levanta su copa y todos, menos mi mamá, lo imitan.

Terminamos de comer en un ambiente un poco denso e incómodo: mi padre trata de hablar de fútbol con Chris y los chicos, Mila solo traga todo lo que se le pone delante y Helena apenas prueba bocado. Cuando llega la hora de irnos, mi madre se levanta.

—Vosotros dos no os vais a ir todavía —dice dirigiéndose a Emiliano y mi hermano.

—No quiero ir a casa de tu madre —le digo a Chris—. Además, el bebé es muy pequeño para viajar.

—Tampoco iremos al otro lado del mundo, ya le pregunté al pediatra y me dijo que no hay problema con eso. Hablando del pediatra, me preguntó por Mila —dice Chris, que está echado en el sillón con Matthew durmiendo sobre su pecho.

—Sabes que lo estás malcriando, ¿verdad? —le recrimino.

—¿Al pediatra? —bromea.

—¿Has desayunado payaso hoy? Estás muy chistoso —le digo con sarcasmo.

—No lo estoy malcriando, le estoy dando tiempo de calidad —responde acariciando suavemente la espalda de nuestro hijo—, aprovechando que los brazos me funcionan

correctamente después de que casi me los arrancas durante el parto. —Se ríe y el bebé se inquieta por el movimiento.

—Ser padre te ha vuelto muy frágil, creía que eras un macho de pelo en pecho y te quejas por un par de estirones. He sido engañada por tu aspecto —le digo sentándome a su lado.

—Prepara tu equipaje y el de Matthew, hazlo por mí. Te necesito a mi lado. —Estira su mano y acaricia mi rostro.

—Jamás te dejaría ir solo. —Recuesto mi cabeza en su hombro.

—Gracias, amor. —Rodea mi hombro con su brazo libre acercándose más a él.

El vuelo a Boston fue muy tranquilo, Matthew se comportó como todo un hombrecito. Lo único es que casi no soltó mi pecho, pero, bueno, por lo menos no lloró. Llegamos a la casa de la familia de Chris y es hermosa, todo en ella demuestra el buen gusto en decoración de su madre. Nos atiende un mayordomo con cara de estirado.

—Joven Chris, es bueno tenerlo de nuevo en casa —dice haciendo una reverencia.

Mi familia es adinerada, pero nunca tuvimos un mayordomo. Este parece salido de una película inglesa y habla muy raro.

—Señorita —me saluda.

—Estamos casados, Frank. Ella es Alice, mi esposa, y este hermoso y fuerte hombrecito es Matthew, mi hijo —le dice Chris, golpeando la espalda del hombre con familiaridad.

—Entonces, sean bienvenidos. Es un bebé hermoso —dice haciendo una mueca algo parecida a una sonrisa.

—Gracias —le digo y extendiendo mi mano libre para estrechar la suya. Él duda un poco y luego toma mi mano.

—Yo no sabía que traería compañía y solo dispuse su vieja habitación. Pero si me dan unos minutos, mando acondicionar la habitación de invitados. Creo que en el ático está su vieja cuna, la haré limpiar de inmediato.

—No es necesario, estamos en un hotel. Solo necesito hablar con Grace y luego nos vamos.

—Lo está esperando en su habitación, si me siguen...

—Frank, recuerdo el camino, ¿quieres ofrecerle algo de comer y beber a Ali? Yo iré a hablar con mi madre. —Me besa y luego al bebé—. No voy a tardar —añade.

—Con mucho gusto, joven —responde Frank—. Por aquí —dice, señalándome el camino con las manos.

Después de casi una hora, Chris entra a la cocina donde estoy hablando con Frank y Ana, la cocinera, que tiene a Matthew en sus brazos. Tiene los ojos rojos y llorosos. El corazón me aprieta de solo ver su aspecto, seguro que la madre ha sido cruel con él. Eso me pone rabiosa y

pienso seriamente en ir a decirle unas cuantas verdades a esa horrible mujer.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto—. Te ha tratado mal, no le ha gustado que yo venga —afirmo—. Sabía que esto pasaría.

—No es eso, ¿podemos hablar a solas? —me pregunta.

—Claro, Ana, ¿puedes cuidar a Matthew un momento? —pregunto a la mujer, que solo asiente con la cabeza y sigue meciendo al niño.

Caminamos hasta el jardín trasero y nos sentamos en unas sillas bajo una sombrilla. Él me cuenta todo lo sucedido y no puedo evitar sentir pena por esa mujer que se está muriendo.

—Cáncer, ya no hay quimioterapia o ningún otro tipo de tratamiento que pueda ayudarla; fue diagnosticada muy tarde, ya ha llegado a varios órganos, como mucho le dan un par de meses —dice Chris lagrimeando—. Sé que ella nunca se portó como una buena madre, pero en honor a la verdad, debo estar agradecido. Tal vez otra hubiese sido mi suerte si ellos no me hubiesen adoptado, gracias a ellos hoy en día tengo una carrera y nunca me faltó nada. Además, me pidió que ayude a Alex con la empresa, va a dejarme su herencia y con ella me convertiré en el mayor accionista.

—¿Eso implica mudarnos aquí? —le pregunto.

—No, voy a poner un buen CEO que maneje la empresa y me encargaré de hacer personalmente las auditorías trimestrales. Tengo que hablar con Alex de todo eso, espero que no arme un escándalo.

—Ojalá que no. Lo siento tanto, mi amor. Siento mucho todo esto, pero sabes que cuentas conmigo. Si necesitamos mudarnos, yo te apoyo —le digo abrazándolo.

—Gracias, sé que cuento contigo y eso me da seguridad, pero no quiero mudarme. Seguro que encuentro una solución, tú no te preocupes por nada, me encargaré de todo. —Besa mi frente—. Quiere conocer a su nieto y hablar contigo, ¿podrías? Por favor —me dice.

—Claro que sí, vamos —le digo parándome.

—Mientras tanto iré a hablar con Alex. ¿No es un problema que te quedes sola un par de horas?

—Haz lo que tengas que hacer, yo no tengo problema. Además, Frank y Ana son muy amables, creo que ya le han cogido cariño a mi pequeño.

—Me besa despidiéndose y se va.

En esta ocasión encuentro a una Grace demacrada, apenas puede hablar. Me pide que me acerque con el bebé, pasa sus manos temblorosas por su mejilla y empieza a llorar.

—Necesito que me perdones, no puedo irme de este mundo sin por lo menos en mis últimos momentos hacer lo correcto. Me di cuenta muy tarde de la manipulación de Susana. Lo siento tanto, nunca fui una madre para Chris. Eso es algo me tortura cada noche, él siempre fue un chico

muy cariñoso. Intentaba hacer lo correcto y yo nunca quise admitirlo, hasta es mejor persona que mi hijo a quien parí. Eso me daba rabia.

»Matthew se parece mucho a él. Estoy segura de que vosotros sabréis guiarlo. Chris será un padre excelente, de eso estoy segura. —Señala un cajón de su mesita de luz—. Ahí hay un álbum con fotos de Chris, es tuyo ahora si lo quieres.

—Sí, me encantaría —le digo. Abro el cajón, lo saco, me siento en una silla al lado de su cama y acomodo a mi bebé de manera que pueda hacer reposar el álbum en mi regazo y hojearlo con la mano libre—. Es verdad, es muy parecido a Chris, pero eso no puedo decírselo a mi mamá; ella cree que Matthew solo ha sacado los buenos genes de su familia —bromeo y veo que Grace sonrío.

Los últimos meses hemos venido cada fin de semana a visitar a Grace, y ella ha podido disfrutar de su nieto y su familia. Alex aceptó de buena manera todo el tema de la herencia, creo que hasta lo noté un poco más relajado sin tener toda la presión sobre él. La última semana decidimos quedarnos, pues el doctor ya nos dijo que esperemos lo peor para cualquier momento. El funeral fue rápido, ella pidió ser enterrada junto a su marido. Los días posteriores noté la tristeza de Chris y también la de Alex; se hicieron un poco más cercanos a raíz de tan triste experiencia, eso es lo único rescatable de esta tragedia.

La semana siguiente, ya estando en nuestro hogar, recibimos la noticia de que la policía había encontrado a Susana. Nos citaron y dieron fecha para el juicio. Todo fue muy rápido, pues las pruebas y declaraciones de los hombres que contrató jugaron en su contra. Le dieron tres años sin derecho a fianza ni a libertad condicional. Eso me ha dado un poco de tranquilidad, espero nunca más volver a cruzarme con ella.

Un mes después las noticias me sorprendieron: Susana se había suicidado en prisión. Evidentemente algo no estaba bien con ella y a pesar de todo lo que hizo, lo siento por ella. La vi muy sola el día del juicio, ningún familiar o amigo que la acompañase.

—Ali —me llama Chris desde nuestra habitación.

—Shhh..., no grites —le digo asomándome por la puerta.

—Entonces ven aquí. —Palmea un lugar en la cama a su lado—. Aprovechemos que el pequeño monstruo chupador se ha dormido —susurra.

—Me parece una idea genial —respondo subiendo a horcajadas sobre él.

Todo por ahora está en aparente calma, pero como dice mi padre: La vida tiene sus altibajos, eso nos recuerda que estamos vivos.

FIN

